OBRAS
DE
ISMAEL QUILES S. J.

(20)

CÓMO SER SÍ MISMO



EDICIONES *Depalma* BUENOS AIRES

CÓMO SER SÍ MISMO

OBRAS DE

ISMAEL QUILES, S. J.

Vol. 1. — ANTROPOLOGÍA FILOSÓFICA IN-SISTENCIAL (1978).
1. Más allá del existencialismo (Filosofía in-sistencial).
2. Tres lecciones de metafísica in-sistencial.
3. La esencia del hombre.

Vol. 2. — LA PERSONA HUMANA (1980).

Vol. 3. — INTRODUCCIÓN A LA FILOSOFÍA (1983).

Vol. 4. — FILOSOFÍA Y RELIGIÓN (1985).

Vol. 5. — FILOSOFÍA DE LA EDUCACIÓN PERSONALISTA (1981).

Vol. 6. — FILOSOFÍA Y VIDA (1983).
1. Filosofar y vivir (Esencia de la filosofía).
2. ¿Qué es la filosofía?
3. Ciencia, filosofía y religión.
4. Clasificación y coordinación de las ciencias.

Vol. 7. — PERSONA, LIBERTAD Y CULTURA (1984).

Vol. 8. — QUÉ ES EL CATOLICISMO (1985).

Vol. 9. — ARISTÓTELES (1986).

Vol. 10. — PLOTINO (1987).

Vol. 11. — QUÉ ES EL YOGA (1987).

Vol. 12. — EL ALMA DE COREA (1987).

Vol. 13. — FILOSOFÍA DE LA PERSONA SEGÚN KAROL WOJTYLA (1987).

Vol. 14. — ESCRITOS ESPIRITUALES (1987).
Mi ideal de santidad.
Marietta... flor de santidad.
Espero en Dios.

Vol. 15. — EL EXISTENCIALISMO (1988).

Vol. 16. — FRANCISCO SUÁREZ, S. J. SU METAFÍSICA (1989).

Vol. 17. — LA INTERIORIDAD AGUSTINIANA (1989).

Vol. 18. — FILOSOFÍA LATINOAMERICANA EN LOS SIGLOS XVI A XVIII (1989).

Vol. 19. — LA ESENCIA DE LA FILOSOFÍA TOMISTA (1990).

Vol. 20. — CÓMO SER SÍ MISMO (1990).

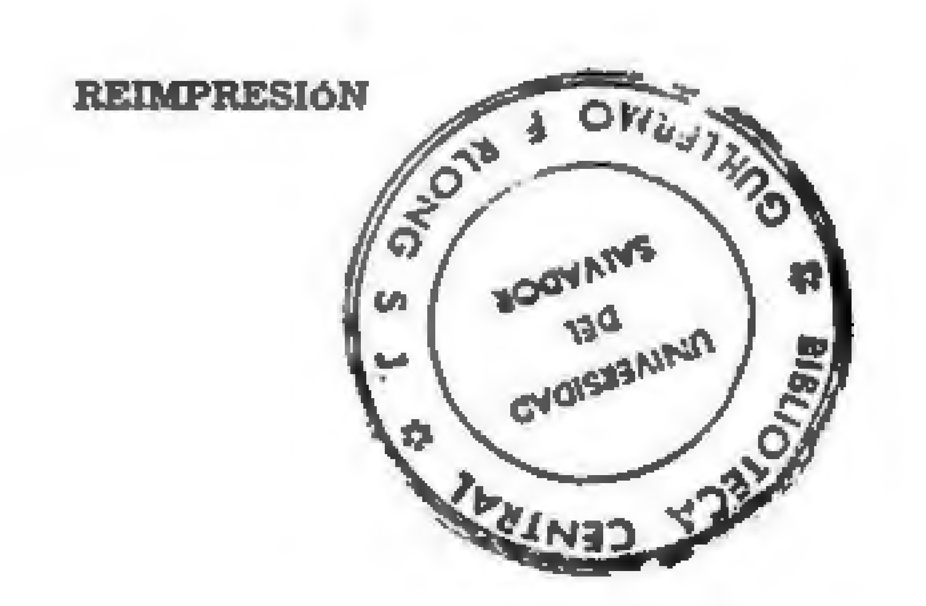
Auspicia la Fundación "Ser y Saber"

OBRAS DE
ISMAEL QUILES, S.J.

20

CÓMO SER SÍ MISMO

REIMPRESIÓN





EDICIONES *Depalma* BUENOS AIRES
1991

1ª edición: 1990.

A San Ignacio de Loyola.

En el 5º centenario de su nacimiento (1491).

En los 450 años de la Aprobación
Pontificia de la Compañía de Jesús.

ISBN 950-14-0009-3 (ob. compl.)
ISBN 950-14-0571-0 (vol. 20)



EDICIONES Depalma BUENOS AIRES

Talcahuano 494



PRÓLOGO

¿Soy yo mí mismo?

1. La pregunta del hombre

Es la pregunta permanente que me acompaña en mi vida. ¿Qué soy yo?

¿Cuál es el sentido de mi vida?

¿Cuál es el ideal de mí mismo?

¿Cómo realizarlo?

Tal vez es usted un brillante profesional, hombre de negocios, profesor, investigador científico, ejecutivo, político, industrial, religioso, joven estudiante...

Pero, a pesar de ello, se siente inquieto, insatisfecho de sí mismo, desbordado por su actividad, asediado por los problemas que lo acosan sin dejarle un espacio a su paz interior.

Los estados de frustración en la vida, las neurosis, esquizofrenias, depresiones y todas las consecuentes angustias y sentimientos de infelicidad por no sentirse realizado, más bien extraño a sí mismo, lo obligan a preguntarse día y noche: ¿por qué no he de poder realizar ese ideal de mí mismo al cual aspiro?

¿Ha sentido a veces el impulso de huír de sí mismo? Pero ¿adónde puede huír donde no esté usted mismo?

Cuando los primeros sabios griegos proclamaban como el primer precepto de la filosofía el "conócete a ti mismo", recogían una profunda aspiración de todo ser humano.

2. La respuesta

La pregunta por el sí mismo ha sido repetida, a través de la filosofía, con la misma ansiedad, en todos los tiempos. No sólo por los filósofos, sino por cada uno de los hombres.

El ser humano siente el impulso de "conocerse a sí mismo" para poder orientarse a sí mismo y ser más sí mismo.

Y cada uno debe, a su manera, contestar a este interrogante, porque cada uno es quien se siente en último término afectado por este problema común.

En otros escritos anteriores he tenido como objetivo principal recorrer los diversos intentos de respuesta y los caminos experimentados para ello, frente a esta urgente pregunta: ¿qué soy?, y las consiguientes ¿qué es mi sí mismo?, ¿cuál es mi destino?, ¿cómo alcanzarlo?

La respuesta básica la recibí con mi formación religiosa, pues la fe cristiana, con su concepción del hombre, del universo, de la historia y de la humanidad, me iluminaba el origen, el principio, el fin y el ideal del hombre, así como el camino de su realización.

Pero el estudio de la filosofía me obligó a una búsqueda más sistemática de los últimos elementos que la experiencia y la razón humanas me entregan para poder responder a esos exigentes interrogantes.

El resultado final fue mi filosofía in-sistencial, que intenta descubrir la más íntima esencia, las más profundas estructuras metafísicas del ser humano, y desde ellas iluminar los acuciantes e íntimos problemas de la vida humana. (En la bibliografía final figuran las obras fundamentales sobre este tema).

3. Una filosofía para el hombre actual

En realidad, esta filosofía in-sistencial trata de precisar con el mayor rigor cuál es la "verdad" del hombre, es



decir, su realidad, llegando hasta lo más profundo y esencial de él.

Por lo tanto, es una filosofía para el hombre de todos los tiempos, ya que se focaliza en el hombre en cuanto tal, que siempre ha buscado la paz y la felicidad, aunque se halle rodeado de un mundo perturbado que no contribuya a su ansia de paz interior.

Sea el griego o el latino, el europeo o el asiático, el americano del norte o el latinoamericano, el africano o el oceánico, todos, con mayor o menor intensidad, experimentan el afán de la verdad de sí mismos y de su felicidad, como un sueño permanente que deben realizar.

Por supuesto, esta filosofía que refleja la esencia del hombre, y por ello aparece en alguna forma en todas las épocas y culturas, es apta para iluminar los problemas de cada época, antigua o moderna, según su etapa de desarrollo.

Así ha resultado la filosofía apropiada para la interpretación de los problemas del hombre moderno en esta era de la supertecnología, de los medios de comunicación que han penetrado la mentalidad del mundo, realizando una especie de conciencia planetaria al estilo de la "noosfera" de Teilhard de Chardin. Han relacionado más al mundo, pero dando mayor resonancia a todos los problemas humanos que unen y, a la vez, aturden a todos y cada uno de nosotros, incapaces de asimilar tantos problemas y tanta información fragmentaria, proveniente de las direcciones más diversas.

Esto ha creado el alto grado de tensión de la conciencia del hombre actual, que perdida la perspectiva total, y por ello el equilibrio interior psicológico y aun biológico, lo patentiza como estando fuera de sí mismo.

Un filósofo italiano ha sintetizado la especial importancia de la filosofía in-sistencial para el hombre moderno:

"La filosofía de la in-sistencia como remedio contra la alienación".

"El vasto sistema filosófico que el P. Quiles construye logra de esta manera satisfacer al mismo tiempo la instancia «antropológica» y «antropocéntrica» del pensamiento moderno, y la instancia metafísica y trascendente del pensamiento cristiano" ("L'Osservatore Romano", 5/10/1983).

"El Padre Quiles ha madurado su antropología in-sistencial, como un correctivo, como un tratamiento, como un remedio a las gravísimas y múltiples alienaciones en que vive —disgregado, trastornado, disperso y tal vez hastiado y desesperado— el hombre de nuestro tiempo" (Pontificia Università Urbaniana, Roma, 1984).

4. Pero, ¿"cómo"?

Pero ¿cómo alcanzar ese estado ideal de paz y felicidad, de dominio de sí mismo en el desequilibrado mundo actual?

Ante esta situación dramática *del hombre que aspira desde el fondo de su ser a un ideal que parece imposible, con frecuencia he oído exclamar a mis oyentes: ¡Pero eso es muy difícil!*

¿Quién puede alcanzar esa serenidad de la autoconciencia, ese autocontrol de sus impulsos y ese autodominio de sí mismo en sus decisiones? Además, ¿cómo elegir entre mis impulsos cuál es aquel que verdaderamente más conviene a mi realidad y cuál es negativo?; ¿cuál es el que más me integra y cuál el que menos me integra? ¿Por qué el hombre tiene ante sí mismo una tarea, al parecer, imposible?

Estas estructuras que por un lado mantienen y exigen mi ideal y por otro están bloqueadas por impulsos internos que le cierran el paso, son, sin embargo, el punto de partida único y permanente del cual dispongo para intentar superar los obstáculos que encuentro "en mí mismo".

Tanto más cuanto ellas me constituyen, son "mi ser", "mi sí mismo", y, por ello, es mi propia realización, mi vida, mi felicidad, las que están en juego.

Era, por lo tanto, necesario buscar el método *para aprovechar las bases propias de mi ser, con sus peculiares impulsos ónticos para avanzar hacia mi "sí mismo ideal".*

Ese método, *ese camino, nos lo ofrece nuestra propia naturaleza, pues sólo al modo humano podemos crecer y avanzar.*

En principio, creemos que el método natural y necesario es aplicar concientemente nuestras energías y nuestros impulsos, esa energía óntica latente en nuestras estructuras íntimas; es decir, poner en práctica *lo que experimentamos como "nuestro sí mismo ideal".*

5. Con el "ejercicio de ser más sí mismo"

En una palabra: ¿cómo hacerlo? La respuesta "haciéndolo", "practicándolo", tratando de ejercitarlo, *tratando de practicarlo.*

Es decir, con el ejercicio constante y metódico.

Todo ejercicio tiene dos principios de eficacia: debe ser constante y metódico.

En otras palabras, que se cumpla con un ritmo de continuidad y teniendo a la vista la meta a que aspiramos.

Por la constancia, *en la repetición de un acto, alcanzamos la facilidad, cada vez mayor, de hacerlo.*

Por el método *seguimos el camino apto hacia la meta.*

¿Cuál es el ejercicio concreto para crecer en el ideal del sí mismo?

Sin duda, puede haber varios ejercicios que apunten a la verdadera realidad del hombre.

Nosotros presentamos un esquema de lo que puede ser el "ejercicio de ser más sí mismo".

Se basa en la naturaleza de las estructuras humanas que describimos en nuestra filosofía, según la cual la esencia del hombre es "su capacidad de estar-en-sí" que llamamos in-sistencia.

Describimos nuestro ejercicio en el último capítulo.

Requiere ser constante en practicarlo, con un ritmo diario, aunque sean pocos minutos.

Y con el método debido, exigido por la misma esencia del hombre.

Como nota importante, advertimos que los ejercicios propuestos no pueden resolver todos los problemas psicológicos o espirituales que perturban nuestra salud corporal o nuestra paz espiritual.

Pero la práctica constante, diaria, con seguridad mejorará sus dificultades y sentirá más fuerza e iluminación.

Así aumentará su paz, su libertad, su eficacia en el trabajo, su satisfacción de existir, su felicidad de ser más sí mismo.

Dios nos ha creado para la felicidad, aunque en grado limitado.

Que Él nos bendiga para acercarnos cada vez más a ella, por el crecimiento de nuestro sí mismo, que es crecimiento del ser, del saber y del amar.

I. Q.



INDICACIONES
PARA LA LECTURA DE ESTE LIBRO

1. El presente libro es una *síntesis* de nuestros estudios anteriores sobre la esencia y el destino del hombre, en los cuales hemos expuesto nuestra filosofía, denominada "in-sistencial".

2. Ha sido pensado y redactado en estilo sencillo, sin aparato de referencias a otros autores, fuera de algunas pocas ocasionales, para facilitar la continuada exposición de nuestro pensamiento y centrar la atención del lector en el objetivo técnico-práctico que su título mismo sugiere.

3. Al escribirlo hemos ido repensando o reviviendo, una vez más, nuestra experiencia interior, con lo cual hemos ahondado algunas exposiciones anteriores y agregado algunos matices de la esencia del "sí mismo" para mejor clarificación.

4. Por el carácter de *síntesis*, ha resultado *denso* en su contenido, por lo cual su lectura no será, al principio, fácil para los lectores que no están familiarizados con nuestra filosofía.

5. Por lo mismo, recomendamos una primera lectura general. Y luego una segunda lenta para una mejor comprensión, reflexionando simultáneamente sobre la propia experiencia del "sí mismo" en una meditación tranquila sobre el fondo del propio ser y en interrelación con los demás seres y circunstancias particulares.

6. Este método de llamamiento a la meditación vivida de su "sí mismo" y de su intervivencia e interdependencia con los otros "sí mismos", explica las "repeticiones" de ciertos conceptos y fórmulas en la redacción, para ayudar a profundizar algunos aspectos. No olvidemos que la "repetición" con atención concentrada permite profundizar e iluminar más una vivencia o concepto.

7. Por lo mismo, nos permitimos recomendar mantener el libro a mano y releer con frecuencia algunos de los temas que necesitemos comprender o practicar mejor.

8. El libro es teórico-práctico, pero su objetivo final es proponer la "práctica" que facilite cada día "ser más sí mismo". Ésta es la condición de su autorrealización, su paz, su felicidad.

9. Cada uno debe aplicarlo a su sí mismo "personal", pero como todos tenemos la misma esencia de ser humano, nuestra condición de felicidad consiste en acercarnos al ideal de esa esencia lo más posible.

OBRAS DEL AUTOR ESPECIALMENTE REFERIDAS AL TEMA DEL PRESENTE LIBRO

Antropología filosófica in-sistencial, Depalma, Bs. Aires, 1989.

La persona humana, Depalma, Bs. Aires, 1980.

Filosofía y vida, Depalma, Bs. Aires, 1983.

Filosofía de la educación personalista, Depalma, Bs. Aires, 1981.

Filosofía de la persona según Karol Wojtyla, Depalma, Bs. As., 1987.

Persona y sociedad hoy, en *Persona, libertad y cultura*, cap. II, Depalma, Bs. Aires, 1984.

Qué es el yoga, Depalma, Bs. Aires, 1987.

Filosofía budista, Troquel, Bs. Aires, 1968.

La interioridad agustiniana, Depalma, Bs. Aires, 1989.

Introducción a Teilhard de Chardin. El cosmos, el hombre y Dios, Tea, Bs. Aires, 1975.

(Información de las varias ediciones en la bibliografía final).

PARTE PRIMERA

"CONOCETE A TI MISMO"

Capítulo I

QUÉ SE ENTIENDE POR EL "SÍ MISMO"





1. *Etimología y descripción general.*

"Sí mismo" es un pronombre reflexivo que aplicamos a todo hombre para significar que él es un individuo humano, particular y distinto de todos los demás. A veces esto se expresa más enfáticamente diciendo: "es sí mismo y no otro", contraponiéndolo más a los "otros" y afirmando con mayor profundidad su mismidad.

El "sí mismo", la mismidad, se llama también "autenticidad", de la raíz griega *autós*, que significa *mismo*. Mi *mismidad* se contrapone a la *alteridad*, del latín *alter: otro*. Así, cuando uno deja de actuar por sí mismo, decimos que está "alterado", es decir, que está como siendo "otro". El ser sí mismo implica ser dueño de sí mismo, no sólo como distinto de los otros y único e irrepetible, sino también como afirmación de que es señor de sí mismo y de que es y actúa bajo su responsabilidad.

Este sentido general se aplica en primera, segunda y tercera persona del singular y del plural, por los términos "ser yo mismo", "ser tú mismo", "ser él mismo", "ser nosotros", "vosotros" y "ellos mismos".

Así, pues, los términos *mismo* y *mismidad* acentúan un aspecto fundamental del ser humano, de cada ser humano. Es su unidad, su unicidad, como vamos a ver más adelante. Por eso, "mismidad" también se expresa por el término "identidad". Identidad es "ser verdaderamente uno consigo mismo", idéntico, del latín *idem*, "mismo", "igual".

Por ello, cuando hablamos del sí mismo, hablamos de algo tan importante y central para "cada uno" cual es su identidad, su yoidad, su autenticidad, su unidad de ser, con su correspondiente afirmación de que "yo soy yo",

"dueño de mí mismo", y por eso tiendo a ser y actuar por mí mismo.

Hemos señalado lo que entendemos por "sí mismo" en general. Pero debemos distinguir *tres niveles* que llamaremos *individual, integral y esencial*. Cada uno los puede comprobar por sí mismo.

2. *Tres niveles del "sí mismo".*

1) *El "sí mismo" individual o personal.*

En sentido primario y estricto, el "sí mismo" sólo existe en "singular", pues en la realidad sólo existen los "sí mismos" singulares o individuales. Pues el "sí mismo" colectivo o social presupone la existencia de dos o más "sí mismos" individuales, que se unen con algún lazo común, característico del grupo, sea por interés o por modo de ser o de actuar.

El "sí mismo" es, pues, de suyo originalmente, individual, personal, en su realidad. Por eso a él nos referimos en este estudio, a no ser que directamente indiquemos que hablamos en su significado posible plural, como es el natural, social, cultural, etc. Quedando bien aclarado, desde ahora, que todo "sí mismo" con significado colectivo tiene su fundamento último en el "sí mismo" individual o personal, único que tiene realidad ontológica con propiedad.

Incluso cuando tratamos el tema central de este estudio, que es el "sí mismo esencial", lo hacemos porque es fundamental que conozcamos "la esencia" de ese yo "individual", intentando responder a nuestra pregunta "qué soy yo", en la cual el "qué" se refiere a mi "esencia".

Ahora bien, nuestra primera comprobación es el hecho de que "yo" soy un "individuo" y, por lo tanto, me doy cuenta de que soy un ser "único", numéricamente único, y me reconozco como distinto de todo otro ser.

"Individuo" significa que soy uno, contrapuesto a la pluralidad, y además que soy indivisible en partes de la misma clase o especie de ser.

Esto, tan obvio, tiene, sin embargo, una importancia muy peculiar para mí, para ti y para todos y cada uno. Para ti, al hablar de "ti mismo" estás afirmando que tú eres distinto o distinta de todos los demás y de todo lo demás. Tú eres ti mismo y distinto de todo lo que te rodea en el mundo, personas y cosas. Tú eres unidad única en medio de todo, pero distinta de todo. Una unidad propia y exclusiva, nada ni nadie puede ser tú, nada ni nadie puede sustituírte; si se intentase y tú lo aceptaras, tu ser quedaría forzado interiormente, como una anulación, negación o alienación de tu ser. Pues justamente éste es el hecho de quitarte tu identidad para que no sea tuya, lo cual es un estado de contradicción interna. Esto parece extraño, pero en realidad es una de las enfermedades del hombre moderno, la de debilitar la propia unidad y vivir como si fuera otro, es decir, como un robot manejado desde afuera. Ya decía San Agustín: "Qué cosa más tuya que tú", y "qué cosa menos tuya que tú cuando lo que tú eres es de otro" (In Ioan., Tract. 29).

Como ves, el "sí mismo" es lo más íntimo de tu ser. Nada ni nadie puede ser tú. Es cada uno el que es sí mismo y cada uno es el único que se da cuenta de que es sí mismo, no otro, y se experimenta como distinto, diferente, irrepetible, simplemente "otro". Éste es un hecho de experiencia que cada uno puede constatar, que siempre sentimos presente. Tú mismo en este momento. Pero, por su esencial importancia, volveremos sobre el tema con frecuencia a lo largo de estas reflexiones, que sólo pretenden ser una meditación sobre el *ser sí mismo*. Es un acto personal que cada uno tiene que hacer por sí mismo y de ninguna manera puede delegar en otro.

Mis acciones son mías y nadie las puede hacer por mí. Por ejemplo, si yo no estudio y no comprendo una lección, nadie puede sustituírme en esa función, en "mi" acto personal: mi maestro tendrá su comprensión, mis padres tendrán la suya, pero "mi" comprensión es un acto que nadie puede hacer por mí, porque es un acto que debe llevar el sello de mi mismidad, para que sea "mío".

Con frecuencia se dice: "nadie es insustituíble". Esto es verdad respecto de las acciones humanas que tienen un objetivo externo a mí, con un resultado sobre las personas y las cosas. Así, si yo no cuido una planta, habrá otro que la cuide. Si mueren los padres de un niño, aunque sea muy difícil sustituírlos, en una forma u otra, aunque menos efectivamente, otros de la familia o fuera de ella pueden hacerlo. En estas acciones somos sustituíbles y se entiende que nadie se considere necesario, imprescindible y único. En realidad, "mis" acciones sólo yo las puedo hacer, y el "otro" sólo me sustituye con "sus" acciones para lograr determinado efecto.

Pero en las acciones que yo realizo en el interior de mi mismidad, en nada puedo ser sustituído: no puedo querer trasferir mi amor a una persona para que ella lo cumpla por mí, porque mi acto de amor es "mío", único, y el de la otra persona será "su" acto de amor. En eso somos tan irremplazables que ni Dios mismo nos puede sustituír. Como ha dicho San Agustín: "Dios te ha creado sin ti, pero no te salvará sin ti". Lo cual es comprensible, por cuanto la salvación de mí mismo implica actos personales de mi voluntad y de mi inteligencia, de fe y de amor, que ninguna otra persona puede hacer, porque no serían actos de la "mismidad" que tiene que salvarse.

2) *El sí mismo integral.*

Esa realidad que soy yo mismo, distinto de todo lo demás, es, por un lado, muy unificada en la mismidad que

verifico de mi yo, a la cual distingo de todas las demás unidades y mismidades que me rodean. Pero, al mismo tiempo, es una unidad constituída por un complejo de muchas realidades que constituyen mi yo, mi sí mismo, distinto de lo otro.

Por de pronto, un constitutivo importante de mí mismo es "mi cuerpo". El cuerpo de cada uno es parte de su mismidad, y es como la base vital de su ser. Además, mi cuerpo tiene, por así decirlo, su mismidad propia y es una parte de mi mismidad por la que yo, con mi cuerpo, me distingo de los cuerpos de los demás. Todos los cuerpos son distintos y se distinguen de los demás, tienen su individualidad de líneas, de formas externas e internas.

Además integra mi yo, mi mismidad, mi estructura psicológica, mi carácter, mi estructura biopsíquica, mi ritmo fisiológico, etc.

También forma parte de mi yo el entorno que me rodea, pues, en cierta manera, mi yo y su entorno van interactuando con un resultado distinto para cada individuo, para cada yo. Con buena parte de verdad dijo Ortega y Gasset: "yo soy yo y mi circunstancia". En esa circunstancia incluyo, sobre todo, el ambiente natural y cultural en el cual vivo y me voy realizando, como es la familia y la sociedad de amigos y conciudadanos entre quienes y con quienes hago crecer, madurar e intensificar mi mismidad.

Es, pues, evidente que nuestro sí mismo incluye múltiples elementos constitutivos e interactuantes y que debo tenerlos en cuenta a todos ellos cuando hablo del mí mismo. Lo podemos llamar el *sí mismo integral*, que incluye todo cuanto en alguna forma es constitutivo de mí mismo.

Sin embargo, toda esa complejidad de realidades que me configuran o con las cuales convivo y forman mi sí mismo" no son todavía mi realidad ni mi mismidad más profunda. Ésta es lo más hondo de mí mismo. Mi verdadero

"yo" es algo más profundo, es la "esencia" de mí mismo aquello por lo cual yo, en último término, yo soy mí mismo.

¿Será posible que con mi cuerpo y con mi sistema nervioso, y mi rostro y mis sentidos, y mi carácter y mi buena o mala memoria, y mi buena o mala inteligencia, no sea ya mi verdadero sí mismo? No, todo esto forma parte de la totalidad del yo, de mi yo, total o integral. Por éste me distingo de los demás. Sin embargo, en el sentido en que ya Platón decía: "los brazos y las piernas no son mi yo" (y así de las otras partes), no son el *fondo* de mi yo (*Alcibíades*, I, 130 c). Porque, aun sin ellos, mi personalidad, mi yo subsiste por cuanto aquéllos son sólo *partes integrantes*, y lo mismo digamos de las líneas de nuestro rostro o de las cosas, personas y accidentes que nos circundan.

3) *El sí mismo esencial.*

Entonces, ¿cuál es "mi yo" en realidad? Digamos que es aquello por lo cual *en último término*, y *en el fondo de mi ser*, yo me doy cuenta de que todo esto que me constituye está unido y se mantiene unido coherentemente, formando la totalidad de mi ser, como desde su *última base* de sustentación. Sin esto todo lo demás se desintegra, degrada y derrumba y aniquila porque deja de formar esa totalidad de mi yo, al perder su último fundamento.

Éste sería el *sí mismo esencial*, la esencia de mi yo, aquello por lo que yo en último término soy yo, ese yo que experimento y por el cual me doy cuenta de que soy distinto de los otros y me afirmo distinto de los otros; por eso soy mí mismo, y no otro, es una identidad radical. Estamos hablando de aquello que es mi esencia, el *sí mismo esencial*, lo más recóndito de aquello por lo que yo me siento yo y me contrapongo a todo lo demás, incluso a mi cuerpo. Yo digo, mis pies son míos, mis brazos son míos, mi cara es mía, mi casa es mía. Pero, no digo mis pies son mi yo, por-

que sin los pies yo seguiría siendo yo, siendo mí mismo, y así de las demás cosas.

Yo vivo, en síntesis, en mí mismo *algo* que es como la *base* más profunda y el *principio* más hondo de mi mismidad, aquello por lo cual todo lo demás está sellado, marcado y sostenido como mío, como formando parte de mi ser y de mi individualidad humana.

Esto lo llamó ya Aristóteles el *principio*; es decir, aquello de donde todo en último término en mí procede y a lo cual en último término es reducido, porque si no tiene la marca, el sello, de este punto originario (es decir, el primero) en el cual yo digo *yo*, ya de ninguna manera forma parte de mi yo.

Por eso lo podemos llamar el *sí mismo esencial*, es lo que constituye la esencia de mí mismo, mi mismidad, mi yo, la esencia de mi personalidad íntima: a la vez lo más profundo de mi ser y también lo más culminante. En esa profundidad yo digo, *yo soy yo, yo mismo y único.* Y ahora podemos repetir, *yo soy yo, yo mismo y único*, y todo en mí está relacionado con este yo, de lo contrario no entra en la realidad esencial de mi mismidad.

Mírate hacia adentro y lo comprobarás y te darás cuenta de que desde que tienes conciencia, te acuerdas de que sentías ese tu yo y tu mismidad en el centro de ti mismo y desde ahí te referías a todo, asumías o rechazabas, disfrutabas o sufrías, te sentías dueño o dueña de tus pies y de tus brazos, pero no del de tu hermano o de tu hermana o de los demás de tu familia, exactamente como lo estás experimentando en este momento. Estás apuntando hacia el "centro" de ti mismo o de ti misma, a tu *yo esencial*, al cual tienes que cuidar y desarrollar, mantener y salvar. Esa profunda mismidad por la cual eres simplemente *tú, y no otro, ni otra.*

Ahora bien, cuando yo hago la pregunta ¿qué soy yo?, ¿cuál es mi esencia y mi destino?, estoy preguntando por

la esencia y el destino de ese mi "yo" profundo, *esencial*. La esencia de *mi mismidad esencial*, simplemente de mi auténtico *ser un yo*, y, por tanto, de mi destino individual. Todos mis constitutivos y mis circunstancias tienen sentido por su dependencia o relación con ese mí mismo; tienen valor tanto y cuanto me sirven para mantener y desarrollar esa *mi mismidad esencial, mi yo esencial.*

Al "ti mismo esencial" es al que se refiere el precepto griego "Conócete a ti mismo", que fue retomado por la filosofía occidental griega y latina. (Un estudio exhaustivo de las diversas fórmulas e interpretaciones del precepto se debe a Pierre Courcelle, *Connais-toi toi-même.* De Socrate à Saint Bernard. Études Augustiniennes, Paris, 1975, 2 vols.).

¿Qué es esa *mi mismidad esencial*? ¿Cómo es? ¿Cómo soy yo en el fondo de mi yo? ¿Cuál es mi estructura? Tú la puedes encontrar en ti mismo, en ti misma. Meditémoslo en el capítulo siguiente.

Capítulo II

LA BÚSQUEDA DEL "SI MISMO ESENCIAL"



Hemos tratado de precisar la idea del "sí mismo esencial": la que tiende al núcleo más profundo de mi mismo ser, de mi mismidad.

Ahora debemos encontrarlo y reconocer en lo posible cómo es su estructura íntima, cómo soy yo en la esencia de mí mismo, en el fondo de lo más íntimo de mí. ¿Qué es y cómo es aquello por lo que yo soy yo? ¿Cuáles son los impulsos más profundos y urgentes de mí mismo? ¿Cuál es mi constitutivo más hondo?

Es mi trabajo, nuestro trabajo más importante, más esencial. Porque si no me conozco bien a fondo a mí mismo, no puedo guiarme ni manejarme en mi vida, en mis aspiraciones. Estoy perturbado si no puedo conocer mi camino. Estoy alterado, alienado, me siento mal, fuera de mí y, por tanto, insatisfecho.

Como aquí estamos preguntándonos por lo más íntimo de nuestro ser, estamos en un nivel filosófico, porque la filosofía es la que tiene como fin aclarar la última estructura de la realidad, *lo último*. Aquí estamos buscando justamente lo último de nosotros mismos: yo, lo último de mí mismo; tú, lo último de ti mismo. Eso último es *tu esencia como ser humano.*

Vamos a preguntar a los filósofos, quienes han intentado siempre dar lo que es la esencia del hombre, aquello por lo cual el hombre es hombre, aquello por lo que yo soy yo y tú eres tú en última instancia. Es, por tanto, la pregunta por la esencia. Esencia es una palabra latina que viene del verbo latino *esse*, que significa *ser* como verbo, y el sustantivo *esencia* significa acto de ser.

1. *Definiciones de la esencia del hombre según los filósofos.*

En la historia de la filosofía desde los griegos a los modernos en Occidente y desde los orígenes hasta nuestros días en Oriente, la pregunta por la esencia del hombre ha sido constante; en cierta manera, es la primera y permanente pregunta de los filósofos. ¿Qué es el hombre? ¿Qué soy yo en mi esencia, es decir, en mi íntima realidad?

Vamos a enumerar algunas de las definiciones clásicas y modernas, para ver lo que nos dicen de la esencia, de lo más íntimo y último de todo hombre.

— *El hombre es animal racional.* Es la clásica definición asumida por Platón y Aristóteles y repetida a lo largo de la historia. Sin duda es una definición cierta, en cuanto me dice algo real del hombre y me señala que el hombre es un animal que se diferencia de las otras especies animales por su racionalidad. Pero, yo todavía me pregunto, con ulterioridad, ¿cómo es el ser del hombre en sí mismo para poder realizar actos racionales e intelectuales? ¿Cómo es la estructura de mi ser de hombre para poder actuar como racional? En otras palabras: ¿dónde está en el ser del hombre la fuente de la racionalidad?

Por este motivo esta definición no llega a darme el fondo del fondo del hombre, la esencia de la esencia del hombre y, por lo mismo, no me da la esencia de la esencia de mi yo. En otras palabras: deja esa definición sin aclarar el sí mismo esencial. Hay que seguir la búsqueda para poder dar, de acuerdo con la exigencia de la filosofía, del saber último, la *última respuesta.*

Nos hemos detenido en mostrar como esta clásica definición no nos da la respuesta última a la esencia del hombre, y lo mismo podríamos repetir de las definiciones que a continuación recordamos.

— *El hombre es animal social.* Es también buena definición en cuanto señala que la moralidad es peculiar al hombre. Pero, está en pie la pregunta, cómo es en su estructura íntima el hombre para sentir la conciencia moral.

— *El hombre es libre.* La misma pregunta. Es cierto que el hombre es libre, capaz de elegir entre varias opciones; pero, la libertad supone que el hombre se instala en sí mismo y, desde sí, decide esto o aquello, pero queda por responder la pregunta, qué es ese sí mismo del hombre, mi sí mismo.

— *El hombre es animal religioso, animal técnico, animal estético.* Es la *existencia* misma según las filosofías existencialistas. *El hombre es Dios mismo,* según algunas filosofías orientales y occidentales, etc., etc.

Pero, todas estas características dejan de señalar cuál es la estructura íntima del sí mismo, por lo cual el hombre puede ser llamado "inteligente", "moral", "libre", etc. Todas las definiciones suponen *un punto de referencia* como condición de la posibilidad de esas características reales del hombre, pero que en sí mismas suponen una estructura ulterior de la cual brotan. Es decir, dejan sin responder, a nuestro parecer, la pregunta por el "sí mismo esencial", que sería el punto de referencia y de apoyo de todas las demás características.

2. *Qué es y cómo es el sí mismo esencial.*

Debemos, por tanto, continuar la búsqueda del qué y cómo es el sí mismo esencial, el último porqué, el *núcleo* de donde todo surge y en donde todo se apoya y a lo que todo se refiere en último término en el hombre, en mí.

Esta búsqueda es una tarea estrictamente personal de cada uno. Todo ser humano tiene la urgencia de conocerse a sí mismo: ¿qué soy?, ¿cuál es mi destino?, ¿cómo tengo que realizarme? Ésta es una exigencia íntima de

cada uno que emerge del fondo de su ser y a la cual es cada uno quien tiene que responder, es decir, dar respuesta a la exigencia de su propio ser. Otros pueden ayudarme, pero si yo mismo no la encuentro o la intuyo, nadie me puede sustituír, y como este "sí mismo esencial" lo tenemos en nuestro propio ser, el único camino es dirigir nuestra mirada interior al fondo de nuestra experiencia del sí mismo, cada uno a su propia experiencia. Invito a cada lector a que dirija su atención interior hacia su experiencia del sí mismo interior y a que realice la búsqueda de sí mismo. El precepto de la antigua sabiduría no es otro que *"conócete a ti mismo"*. Pero hay que cumplirlo hasta el peldaño más profundo de la experiencia que vivo en mí mismo, en el fondo de mí mismo.

Como un impulso e incitación a la búsqueda, lo que yo puedo ofrecer es el análisis de mi propia experiencia: cuál es y cómo es ese punto esencial de referencia de toda mi realidad, que llamo el "sí mismo". Cada lector puede intentar el propio itinerario interior. Mi experiencia es intrasferible. Cada uno puede irla confrontando con la suya y, según ella, irse iluminando en el conocimiento del propio sí mismo esencial.

3. *Mi experiencia de mi "sí mismo esencial": mi itinerario interior.*

Ante todo, aun cerrando los ojos, tengo yo la experiencia de mí mismo como una realidad compleja, como algo que hemos llamado antes el sí mismo integral.

a) Mi cuerpo, límite o frontera de mi "exterioridad".

Experimento *mi cuerpo* como parte de mí mismo, y tengo conciencia, me doy cuenta, de sus diversos miembros y de que es una realidad que tiene su forma propia, su contorno, sus lineamientos, sus características de estatura, de

peso, de color. Además puedo hablar de que al cuerpo lo experimento como sumergido en un conjunto de realidades distintas del mismo cuerpo, que tienen también forma y peso. Estas realidades, como la brisa mueve las plantas, envuelven también mi cuerpo. Con esto, estoy diciendo que el cuerpo marca los límites exteriores de mi mismidad. que está dentro de mis límites externos corporales.

b) Mi "interioridad".

En esta *interioridad* yo experimento una corriente compleja de realidades, es una especie de continua efervescencia, en la cual en una simbiosis aparecen realidades *físicas*, sentimiento de malestar, de placer, como el dolor o bienestar en mis miembros, realidades *psicológicas* como las sensaciones, imaginaciones, impulsos de atracción y repulsión de las cosas y de las personas, de amor y de odio, de simpatía, de intuiciones, de conceptos abstractos, de ideas. Es todo un mundo que está entre sí conectado y forma el mundo de *mi interioridad*.

c) Mi "centro interior": mi mismidad esencial.

Ahora bien (y esto es un factor fundamental de mi experiencia total), todas estas circunstancias externas, toda esta corriente dentro de mi cuerpo, las experimento conectadas con un *punto*, en esta interioridad, en el cual y desde el cual yo las asumo como mías, es decir, pertenecientes a mi mismidad, a mi sí mismo. En ese "centro interior" yo me siento "yo", y desde él tomo conciencia y me atribuyo mi dolor de muelas como *mío*, me atribuyo mi cuerpo como *mío* y los miembros de mi cuerpo como *míos*, como de mi exclusiva propiedad, al cual todos tienen que respetar. Y las acciones que hago hacia afuera me las atribuyo como *mías* desde ese centro. Si no son asumidas desde ese centro no las considero mías, son *un acaso*. Pero, si yo previén-

dolo desde ese centro interior, golpeo a otra persona o tiro un objeto, esa acción la considero *mía* porque está conectada con ese centro interior. En ese centro interior está el punto a que se refieren todas las realidades que constituyen mi *sí mismo integral*: las que siento, las que hago y las que padezco por mí mismo en mi interior o las que recibo *desde afuera*.

En ese centro yo me experimento *yo* y me siento *yo* y me afirmo *yo*: ahí digo —*yo soy yo*— y desde ahí pongo el sello a todo lo demás que siento como mío. Ahí está *mi mismidad esencial*.

Si ahora dirijo mi atención a ese centro compruebo que desde él, desde esa mismidad y por esa mismidad, yo soy quien conoce por la razón, quien se da cuenta de la relación con los otros, y *por eso soy social*; me doy cuenta de que sus acciones tienen un sentido y por eso soy moral; y me doy cuenta de que puedo modificar mi entorno exterior e incluso, en parte, mi propio cuerpo, y por eso soy técnico, etc., etc.

Según esta experiencia, ese centro interior es mi realidad más profunda de la cual surgen y a la cual se refieren todas las demás realidades que me constituyen, cual es la inteligencia, la voluntad, la moral, la estética, etc., etc.

Éste es mi *sí mismo esencial*, es decir, el que *en último término me constituye a "mí mismo" con mi mismidad humana individual, única y exclusiva*.

Pero ahora aparece naturalmente mi inquietud, mi pregunta y mi respuesta: ¿*cómo es*, en su estructura, ese centro interior?; ¿cómo se me aparece en mi experiencia ese centro interior? Estoy preguntándome por lo más íntimo de mi mismidad. Cada uno que lo compruebe mirando a su propio centro interior.

Capítulo III

ESTRUCTURA DE MI "CENTRO INTERIOR"

I. *Las estructuras ónticas básicas.*

II. *La estructura óntica más profunda*:
La in-sistencia y la personalidad.





I

LAS ESTRUCTURAS ÓNTICAS BÁSICAS

Yo experimento ese centro interior como el punto con el cual están conectadas todas mis complejas realidades, algo así como el centro de una circunferencia del que parten todos los radios de ella.

Como es natural, en cuanto es el "centro" de mi ser, experimento en mi interioridad un *solo único* centro, el que da sentido y coherencia a todo el resto de los componentes de mi mismidad integral. Mi experiencia es muy compleja, pero toda está conectada con un solo y único centro.

Ahora bien, sus características o estructuras más importantes son las siguientes:

1) *Es uno.*

Ese centro lo experimento no sólo *único* respecto del todo, sino en sí mismo *uno*, es decir, tiene una unidad en sí muy apretada, que lo define y lo distingue de todo otro centro o realidad, dentro y fuera de mí. Ésta es una propiedad primaria y fundamental. *Uno* significa, según la definición de Aristóteles, lo que en sí mismo no incluye división, sino que todo su ser o sus partes están formando una coherente y ajustada realidad, que está toda como concentrada en sí misma. La unidad es la base del ser. Es lo que constituye su "individualidad", significa no dividido, y lo distingue de todo otro ser. Por ser *uno* y sentirme *uno*, yo me distingo de todo lo que no soy yo. Ahí está la raíz

óntica más profunda de mi ser, lo que llamamos *mi mismidad*, mi *identidad*, eso que yo llamo mío y trato siempre de salvar, *mi identidad*, que es mi *íntima unidad*. Por eso mi impulso, mi vocación, mi ideal de ser cada vez más mí mismo, consiste en ser cada vez más *uno*, como en salvaguardar mi unidad y fortalecerla.

Esta que parece una disquisición metafísica sin importancia, es, sin embargo, la que me muestra el fondo de mi ser, y cuando hablamos de la identidad estamos apuntando a la unidad, al ser totalmente consistente en mi interior y y a mantener esa consistencia mía interior frente a todo lo otro.

Por eso en mi experiencia interior esa unidad es *la última raíz óntica* de mi mismidad, o de mí, por la cual en último término "yo" soy "yo".

2) *Simple.*

Ese centro lo experimento como *simple*. Es una realidad conectada con mi interioridad y exterioridad complejas, pero en sí ese centro lo experimento *simple*, es decir, sin partes. Simple se opone a compuesto, en que no existen diversas partes. Por eso mismo en ese centro no experimento forma, ni medida, ni peso, ni arriba, ni abajo, ni derecha, ni izquierda ... Es puntual, como un simple punto matemático; sin embargo, es la fuente de todo mi dinamismo interior. Es el punto de referencia en el cual se encuentran y adquieren sentido, como pertenecientes a mi mismidad, todos mis actos, todas mis sensaciones, mis alegrías, mi amor, mis penas, mi felicidad de ser.

Por lo mismo, ese centro, como tal, no puede ser localizado en ninguna parte, ni en ningún órgano especial de mi cuerpo. La base biológica corporal es necesaria como su campo de actuación y aun de sustentación, pero es curiosamente una realidad ese centro que escapa a toda estruc-

tura captable por los medios más sofisticados de la técnica, de la biotécnica, debido a su singular simplicidad. Así experimento esta curiosa simplicidad que está en el fondo espiritual de mi centro interior. Por cierto que no hay términos en el lenguaje humano, sobre todo aquellos que significan lo material, que puedan ser aplicados a este centro, debido a su estricta simplicidad.

3) *Autotrasparente.*

El centro se me muestra por completo trasparente en sí, como traslúcido a sí mismo, es decir, que mi centro interior se da cuenta de sí mismo. Hay un término técnico para decirlo filosóficamente: *autoconsciente*, que tiene conocimiento de sí mismo, lo que significa que se afirma a sí mismo, como quien se apoya con firmeza en sus propios pies Esta autotrasparencia y autoconciencia la expreso con mi afirmación interior, por la que digo *yo soy yo*, y me afirmo como *yo* frente a todo. Es decir, yo afirmo mi mismidad, mi unidad inconfundible e irrepetible, por la cual soy *este ser determinado* y me asumo y afirmo como tal.

Consideramos que fue don Miguel de Unamuno quien afirmó esta experiencia de autoconciencia, dándose cuenta de sí, cuando decía: "Yo, Miguel de Unamuno por toda la eternidad". Ese centro por su autotrasparencia o autoconciencia se afirma a sí mismo, como una realidad que debe ser respetada y reconocida por todos.

Una observación: El yo ¿es un misterio?

Me pregunto: pero si yo experimento este centro como autotrasparente, ¿por qué se repite que el hombre es un misterio para sí mismo?

Es un hecho que hay muchos aspectos de mi realidad interior que quedan en la penumbra o en la oscuridad. Pero, también es un hecho que la realidad de ese centro y estas características fundamentales entran dentro del campo de mi experiencia más inmediata.

Me respondo que una cosa es que no conozcamos plenamente *toda* la estructura y todas las fuerzas que se mueven dentro de nuestro ser, y otra que, sin embargo, conozcamos *algunos* aspectos de nuestra realidad con claridad acerca de ciertas características lo bastante conocidas para afirmarlas y para actuar con una aproximación *suficiente*, para caminar por nuestra cuenta en la autoconducción, parcial al menos, de nosotros mismos, de nuestro sí mismo.

4) *Autónomo.*

El término significa "tener su propia ley". Quiere decir que yo me siento en ese centro interior, mejor dicho, ese centro interior se siente a sí mismo como una realidad que tiene su estructura *propia*; y aunque en muchos aspectos sea para sí un misterio, en otros se da cuenta de que él es dueño independiente y señor de sí mismo. Yo en ese centro me siento en muchos aspectos interdependiente; pero, en el aspecto fundamental de ser yo mismo y de sentir el impulso de actuar por mí mismo, me siento sustentado en un círculo autónomo, en el cual estoy *yo solo*, para tomar por mí mismo mis decisiones.

Esta experiencia de autonomía es consecuente con la experiencia de autotrasparencia o de autoconciencia, revela la dignidad de mi centro como individuo que en último término tiene que decir *sí* o *no*, para afirmarse, defenderse y desarrollarse a sí mismo. En esta forma yo suelo expresar mi experiencia diciendo: que me siento en mi centro interior, autónomo, como único señor en el interior de mí mismo, pero también con la consecuente soledad, porque soy yo *solo* quien tiene que tomar en último término mis decisiones. Con frecuencia expreso esta experiencia con el símil del gobernante, que está solo como único y último responsable, sin que otro pueda tomar por él las decisiones

finales. En esa interioridad y soledad, no hay más testigo de mis actos interiores que yo. El único testigo trascendente es Dios, cuya presencia y cuya palabra escucho sólo en mi interior. He aquí mi experiencia de la autonomía y de la responsabilidad, dignidad y soledad de mi centro interior.

En esta autonomía de mi ser se muestra mi imposibilidad de trasferencia a otro ser. *Soy intrasferible.* Yo soy único en mí mismo y nada ni nadie puede sustituírme. Mi autonomía llega a esa profundidad y surge de esa unidad de mi ser, que es mi sí mismo: un centro interior que no puede ser sustituído por otro. Si yo no estudio, otro no puede estudiar por mí. Si yo no decido, otro no puede decidir por mí. En este caso sería del otro, no mía; no sería una autodecisión, y, por tanto, no respondería a la estructura de este centro interior que se siente autónomo.

5) *Dinamismo esencial de mi centro interior: "autoconciencia", "autocontrol" y "autodecisión".*

Las cuatro estructuras de este mi centro interior antes mencionadas, yo las experimento como base constitutiva de mi mismidad: la *unidad* estricta de mi centro interior, su *simplicidad*, su *autotrasparencia* y su *autonomía.*

La *unidad* es la base, lo que constituye mi ser de centro interior por su coherencia interna, por su firme cohesión del ser, que llamamos por lo común *unidad*, lo que también tiene su sentido profundo como término metafísico. La *simplicidad*, que es el resultado óntico de la unidad estricta de mi centro interior. La *autotrasparencia* o *autoconciencia*, por lo que me doy cuenta de mi unidad, de mi ser, de mi sí mismo único; y la *autonomía*, por la cual me experimento como dueño de mí mismo, para tomar mi autoposesión y sentirme y afirmarme, *yo soy yo.*

Esta estructura profunda de mi unidad la expreso en tres actos que constituyen mi dinamismo humano fundamental. Los sintetizamos en tres palabras:

autoconciencia, autocontrol y *autodecisión.*

Mi capacidad de estas tres actividades surge de la unidad perfecta de mi ser, de la simplicidad de mi ser y de la autonomía de mi ser, es decir, de mi centro interior, donde está el núcleo más íntimo de mi ser y la realidad más íntima de mi yo, de mi sí mismo, de mi mismidad. Por eso, ante mi experiencia, yo me siento y me afirmo, "yo soy yo".

6) *Libertad.*

En la experiencia de la autonomía de mi centro interior está, de hecho, incluída la experiencia de mi libertad. En ese centro y desde ese centro yo me encuentro ante diversos impulsos de admitir o rechazar ciertas aspiraciones que surgen desde mi centro o que vienen desde fuera de mí y experimento la posibilidad de *elegir* entre esas opciones. Mi centro tiene permanentemente la necesidad, la posibilidad de admitir o rechazar por sí mismo los diversos impulsos, y esto me obliga a una "elección permanente" entre opciones múltiples y con frecuencia incompatibles. V.gr., quedar en casa o salir, estudiar o jugar, etc., etc. La actividad o dinamismo del centro consiste en una permanente opción, es decir, un constante ejercicio de su autonomía, de su mismidad, de su profunda unidad de ser. En este sentido la libertad es el ejercicio de la estructura más característica del *sí mismo*, de aquello por lo cual yo me siento ser humano, persona humana.

7) *Limitación.*

Pero la experiencia de mi libertad me abre horizontes paradójicos, una perspectiva, en cierta manera, contradic-

toria; por un lado se me presentan aspiraciones ilimitadas, yo quiero cada vez más ejercer mi autonomía y mi unidad, ser más *mí mismo*, pero a la vez experimento límites, no puedo elegirlo todo, y por lo mismo me siento con cierta *angustia* interior, con cierta *interdependencia* interior, con cierta precariedad en mi ser y en mis posibilidades.

Es una experiencia profunda, que me inquieta, y que, permanentemente, me impulsa a superar en alguna forma mi propia limitación, buscando un punto de apoyo seguro a esta debilidad y precariedad de mi ser. Y aquí en ese horizonte paradójico de ser y no ser de mi centro interior, es donde siento que aparece la luz de un destello infinito del Ser, del Absoluto en el cual tiendo a apoyarme y con el cual de hecho me siento, desde mi centro interior, conectado.

Ésta es la apertura del centro interior hacia el punto de apoyo infinito, absoluto en su ser, es decir, Dios. Pero este tema lo analizaremos más adelante siguiendo la experiencia de nuestra mismidad.

II

LA ESTRUCTURA ÓNTICA MÁS PROFUNDA: LA IN-SISTENCIA Y LA PERSONALIDAD

1. *La in-sistencia.*

Estructura óntica más profunda de mi "sí mismo".

La experiencia de mi "sí mismo" es el *hecho primero* y *más íntimo* que he descubierto en el fondo de mi interioridad.

Se me ha presentado como mi "centro interior", con el cual están conectados todos mis actos, pues aparece como el sujeto y el actor de ellos. En efecto, yo me siento como

fuente activa y soporte de mis actos. En ese "centro interior" me experimento como un "yo", que se da cuenta de sí mismo y se afirma a sí mismo, distinguiéndose de todos los demás seres o acontecimientos que lo rodean. Inconfundible en sí, y por eso lo llamo "sí mismo", "sí mismo esencial".

He analizado sus características constitutivas básicas: *unidad*, *simplicidad*, *autotrasparencia*, *autonomía*, *libertad*, *limitación*, *angustia*; pero del fondo de esta angustia, me surge un impulso a superar mi limitación y la necesidad de apoyarme o afirmarme en un Absoluto, en Dios.

Todo ello aparece como la estructura óntica de mi ser, de mi "yo" o mi mismidad.

Pero, estas características ¿descubren un modo de ser propio de ese mi "centro interior"?

Porque esta misma estructura de "centro" es relativa, en cuanto nos sugiere la relación del centro con su periferia.

En realidad es "centro" de mis actos y de todo lo que me rodea. Frente a sus propios actos y a todo lo que no es mi "yo", se distingue por ser su "sí mismo", sintiéndose su "yo", su "sí mismo", como "punto de referencia".

Queda, sin embargo, por contestar la pregunta formulada: ¿*cómo es* ese "centro interior" en su estructura más íntima? Y, en consecuencia, ¿con qué nombre lo puedo designar que me indique su *modo propio de ser*?

Yo lo he llamado "in-sistencia". Este término, en el uso corriente tiene el significado de "volver sobre lo mismo"; pero, según su etimología, significa "estar firme dentro de sí".

En efecto, cuando miro mi centro interior lo experimento como un ser que *está firmemente replegado sobre sí mismo*, o, con más precisión, *replegado hacia adentro de sí mismo*".

El término "in-sistencia" se forma con la preposición "in" que tiene sentido de interioridad, pues procede de la

forma primitiva latina *intu*, la cual a su vez viene del griego *endon*, "dentro"; y la palabra "sistencia" es sustantivo del verbo latino *sistere*, que significa "estar firmemente".

Por ello el sentido original de "estar firmemente dentro", aplicado al "centro interior", que es un "sí mismo", significa "estar firmemente dentro de sí mismo".

Éste será, pues, el *fondo último* del ser del "centro interior". Es un "ser-en-sí", un ser que está dentro de sí firmemente, como replegado o recogido o vuelto ónticamente sobre sí mismo.

Algo así como el Sol es el centro de todo el sistema solar, con sus planetas y satélites, porque el Sol en sí mismo está afirmado en su propia estructura potente, y por eso tiene la fuerza inmensa de atracción para ser el centro de gravedad de todo el sistema.

El nombre "in-sistencia" tiene además la ventaja de ofrecer un sentido metafísico en términos simples o primarios, como el *ser* y el en-sí, que son los primeros, y no presuponen ninguna teoría filosófica previa. Por eso puede ser el *punto de partida* para comprender toda la realidad compleja del ser del hombre.

Por lo mismo, la "in-sistencia" es el foco iluminador de la problemática del ser en la vida del hombre, por cuanto nos señala la *última estructura óntica* del ser del hombre, en la cual se apoyan todas las demás estructuras.

Basta reflexionar sobre la importancia que en la vida práctica adquiere el hecho de que yo actúe de acuerdo con mi estructura profunda de ser-en-sí. Cuanto yo estoy más afirmado en mí mismo y actúo conforme a esta estructura, muestro más personalidad, ser más yo mismo, y la eficiencia de mi accionar es mejor para mí y para los demás. Ante mí y ante los demás, yo me valoro a mí mismo por el grado en que efectivamente "estoy en mí", y lo mismo hacen los demás.

2. *In-sistencia y unidad.*

En realidad, el "ser en sí" o "in-sistencia" es una expresión equivalente de la característica *primaria* que hemos experimentado en el análisis del "centro interior", es decir, que dicho centro es *uno*.

Ser-en-sí, o "in-sistencia", indica lo mismo que *unidad*, que *identidad* y que *mismidad*.

Por eso el principio o estructura óntica de "ser-en-sí" o "in-sistencia" tiene una aplicación permanente en la vida psicológica, ya que las perturbaciones o patologías del carácter no son más que fisuras o fracturas de la estructura de la unidad del "centro interior", es decir, una deficiencia del "ser-en-sí" o la "in-sistencia", o el "sí mismo".

No hace falta que subrayemos la importancia que en nuestra vida práctica adquiere el hecho de que tengamos conciencia de nuestra unidad o *coherencia interior* en nuestra acción, por cuanto el tener conciencia de que al actuar conforme a nuestro modo de ser, exigido por nuestra estructura óntica, estamos ejerciendo lo más característico de nuestra identidad, de nuestra personalidad, de nuestro "sí mismo", y por lo mismo reforzamos y enriquecemos nuestro ser en su base más profunda, su *núcleo último*.

Es cada uno quien debe cuidar, fortalecer y desarrollar su unidad de ser. Podemos lograrlo en nuestras acciones diarias y así facilitar cada vez más nuestra paz, autodominio y serenidad interior.

En nuestra *Antropología filosófica in-sistencial* hemos tratado de analizar e iluminar los problemas centrales de la vida del hombre a la luz de la in-sistencia. Nuestro actuar en el mundo material con las cosas, en el mundo social con los prójimos y en nuestra relación con Dios.

Nota: En cierto sentido todos los seres tienen su propia *unidad*, su "ser-en-sí". Así, la piedra, la planta, el animal,

son "seres en sí", con un cierto grado de interioridad. Pero mi experiencia humana de "ser-en-sí" tiene un grado de profundidad, de propia unidad interior, que no aparece en los seres distintos del hombre.

En otras palabras, el hombre es un ser con una perfección de unidad mayor que la de los seres inferiores. Éstos son "en-sí", en cierta manera, pero no tienen la unidad o coherencia del "en-sí", tan elevada para "darse cuenta" o "tener conciencia" de sí mismos. Por eso, la piedra, la planta y el animal reaccionan en forma distinta que el ser humano, el cual defiende y exige más respeto a sus derechos individuales.

Los seres inferiores al hombre no están tan *unificados* en su interioridad como el hombre, y por eso, éste es el "ser en sí" con mayor propiedad. En síntesis, al hombre se aplica con más exactitud y precisión mayor la estructura de "in-sistencia".

En la filosofía escolástica se ha admitido la distinción aristotélica de "sustancia" y "accidente" del ser. La primera es el ser que "está en-sí", es decir, que existe en-sí-mismo y no necesita de otro al cual se adhiera, como lo es un objeto material, el jarro, la mesa, el animal y el hombre.

El "accidente" es lo que "está en otro", como son las cualidades, el color, la extensión, la forma, etc. En este sentido se aplicaría a toda sustancia la fórmula "estar en sí" con la cual nosotros definimos la "in-sistencia".

Pero, la in-sistencia del hombre no es cualquier "estar-en-sí", sino que incluye el sentido de interioridad perfecta, la autoconciencia. El hombre es un *ser-en-sí* más profundo que las demás sustancias.

En cuanto al término *sustancia*, tampoco es tan adecuado para expresar la esencia del hombre, porque de suyo significa "lo que está debajo", debajo de otro (sub-stare), y no lo más fundamental, que es el "estar en-sí por sí-mismo" y, más aún, "dentro de sí".

En todo caso la "in-sistencia", según la entendemos nosotros, significa un grado de "estar-en-sí" superior al de la sustancia en general, y por lo mismo un grado superior de *unidad* y de perfección en el ser.

Ortega y Gasset ha mostrado con brillantez literaria y profundidad metafísica que el "ensimismamiento" distingue en su esencia al hombre del animal, porque el hombre tiene un en-sí en el cual recogerse y el animal está siempre "alterado", como volcado hacia la pura exterioridad.

3. *Mi "sí mismo" y mi "personalidad"*.

¿Qué relación hay entre mi "sí mismo" y mi "personalidad"?

El hombre se diferencia de los demás seres del universo, incluso de los animales superiores, porque es "persona". Todos reclamamos los derechos esenciales como personas. Yo mismo me siento "persona" y aspiro a ser una persona lo más relevante posible.

Pero, ¿qué es ser persona?; ¿qué agrega la persona a mi mismidad o al ser-sí-mismo de la persona?

Mi primera preocupación acerca del hombre fue considerarlo como "persona". El primer estudio de mí mismo fue dirigido a conocer mi esencia de "persona".

Así lo hice en 1942 en la obra *La persona humana*, a la luz de la experiencia humana, analizando en el hombre la *personalidad psicológica*, la *personalidad fenomenológica* (la que se muestra en la experiencia interior), la *personalidad ontológica*, la *personalidad metafísica* y la *personalidad moral* (Ed. Espasa-Calpe, Bs. As., 1ª ed., 1942; Ed. Depalma, Obras completas, vol. 2, 4ª ed., 1980).

Entonces no habíamos llegado a la intuición de la insistencia como el fondo más íntimo de la esencia del hombre, que podemos llamar "la esencia de la esencia del hombre". Sin embargo, ya nuestra conclusión fue que la esencia

del hombre como persona, consiste en la *unidad perfecta de su ser*. Ahí estaba su valor y su dignidad: en su mayor *unidad de ser*, su mayor *coherencia interna* que le da la conciencia de sí mismo (inteligencia) y la autonomía en el obrar (libertad).

Trascribimos aquella *conclusión*: "En los demás seres existe la unidad de ser, pero ellos no tienen conciencia de ella. Son *unidad*, pero no se conocen como tal. El hombre es el único, entre los seres del mundo sensible, que es capaz de conocerse a sí mismo, de situarse a sí mismo frente al mundo, como un todo independiente. He aquí la característica propia de la unidad de la persona humana: es trasparente a sí misma, tiene conciencia de sí misma o, en otras palabras, es inteligente, es espiritual. La conciencia, que implica una reflexión o retorno completo del hombre sobre sí mismo, una toma de posesión de *sí mismo* frente al mundo, le da a la persona humana esta íntima unidad e identidad ontológica, le otorga un estatuto de autonomía y de privilegio entre los seres del cosmos" (o.c., p. 159).

Se comprueba fácilmente que la unidad profunda del ser del hombre, ya entonces era evidente para nosotros, y que al formular después la esencia del hombre como "in-sistencia", no hicimos sino explicitar con más precisión cuál es la última estructura óntica del hombre. Así lo aclaramos en la 3ª edición (Ed. Kraft, Bs. As., 1967), con un agregado cuyo título trascribiremos: *La razón última en la unidad ontológica del ser: la in-sistencia óntica* (ed. citada, ps. 172-182; 4ª ed., ps. 220-231). Recomendamos su lectura.

Como es sabido, el término "persona" no tiene de suyo un significado metafísico. Se usó en Roma para designar a determinados "personajes" en el teatro cuya voz resonaba (*personare*) a través de las máscaras que los caracterizaban. De ahí pasó a significar el ciudadano, en sentido jurídico, y luego a todo individuo humano.

Sentido que más tarde adoptó la filosofía occidental, como característica esencial del hombre. Cuanto más acentuada es esa característica en un individuo, se dice que tiene más personalidad. De este modo, "personalidad" y "ser-sí-mismo" coinciden. Mi "sí mismo" tiene más "personalidad" cuanto más soy mí mismo.

Mi aspiración a tener más personalidad, a desarrollar mi personalidad, coincide con la de "ser mí mismo", y al acentuar la unidad interior de mi ser, acentúo mi "in-sistencia" y mi personalidad, soy más mí mismo. Realizo más plenamente mi centro interior, estoy más en-mí, soy más "in-sistencia". Reiteramos que el ser-en-sí o "in-sistencia" es la esencia de la persona, porque la in-sistencia subraya al máximo la unidad perfecta de "mi ser" o "mi mismidad".

De este modo aparece claro que en el fondo todos los términos que tratan de expresar el núcleo esencial más profundo del hombre, vienen a expresar su *unidad superior* o *más perfecta*.

Podemos establecer las siguientes igualdades: unidad = in-sistencia = ser-en-sí = sí mismo = persona.

En la realidad de mi vida, cuanto más mantengo o desarrollo mi unidad óntica, soy más in-sistencia (ser-en-sí); cuanto más soy in-sistencia, soy más mí mismo (mismidad, identidad, uno consigo mismo); cuanto más desarrollo y afirmo mi mismidad, soy más persona.

Me preguntan cómo ser más *uno, más in-sistencia, más mí mismo, más persona*. Esta es la tarea de mi vida, el fin de mi educación, la realización de mis aspiraciones como ser humano, como persona. En el último capítulo de esta meditación sobre el *sí mismo* trataremos de contestar esta pregunta que surge en cada momento de mi vida desde el fondo de mi ser.

Pero, antes vamos a reflexionar sobre las etapas de la in-sistencia para realizarse, para crecer y ser más sí misma.

¿Cuál es y cómo es el *dinamismo de crecimiento del sí mismo*?

Cada uno que lo contemple en su ser, y tome conciencia de sí mismo, por sí mismo. Tú toma conciencia de tu ti mismo, por ti mismo, y comprueba cómo creces y cómo te sientes más satisfecho de tu propio ser.

Capítulo IV

EL "SÍ MISMO" Y SU "CIRCUNSTANCIA"

(La "interioridad" como centro de apertura e interacción con la "exterioridad")



1. *El sí mismo es interioridad, circundada por una triple exterioridad.*

Pasemos ahora de la "interioridad" del sí mismo, a la "exterioridad" de sus circunstancias. El "sí mismo" constituye una interioridad, en la cual es el único habitante, dueño y señor. Pero está rodeado por la "exterioridad" de realidades que constituyen su entorno.

La fórmula acuñada por Ortega y Gasset "Yo soy yo y mi circunstancia" tiene una base sólida, aunque, como suele suceder con todas las definiciones, es indispensable entenderla y precisarla bien.

En el capítulo anterior he tratado de describir mi experiencia de mí mismo, de lo más esencial de mi yo, de mi mismidad. Tal ha sido la descripción de las estructuras de mi "centro interior", que para mí es *mi sí mismo.* Aunque sea con redundancia, debo decir que es el *sí mismo esencial*, y, por tanto, el núcleo último de mi ser individual como humano.

Pero este núcleo, esta esencia de mi *sí mismo*, no está aislada en el vacío, como flotando sin conexiones y relaciones con otras realidades. Al contrario, hay algunas que me integran, como es el caso de mi cuerpo, y otras muchas que me rodean y como que me envuelven "desde fuera" a mí mismo.

El término *circunstancia* significa lo "que está alrededor", el entorno. Pero, normalmente el estar alrededor y constituír mi entorno implica una *interacción* y una *intercomunicación* con el ser mismo de mi mismidad.

Yo respiro el aire, el ambiente que me rodea; siento el frío y el calor; siento la pesadez de los objetos sobre mi

cuerpo, que a veces me causan placer o me molestan y me hieren; siento infinidad de objetos materiales, de cuerpos insensibles, como las piedras, y de plantas que se desarrollan ante mí y que me atraen, como también de los árboles y sus frutos con los cuales me siento conectado con un impulso desde mi interior, porque siento hambre y debo alimentarme.

Asimismo siento alrededor de mí seres humanos, otros "centros interiores" que actúan sobre mí atrayéndome o despertando mi rechazo por su incompatibilidad con mi cuerpo y con mis aspiraciones.

Y todavía más en mi centro interior, que experimento limitado e insuficiente, con la angustia de no sentir cumplidos todos mis anhelos, se destaca la conciencia de que hay algo en mí y en mi entorno que está sosteniendo mi precariedad y la de todas las cosas y seres que me rodean, un *principio* que aparece ordenando, sosteniendo y manteniendo, todo desde el fondo de todos los seres y desde el fondo de mí mismo. Es un Principio Absoluto que parece el fundamento y el origen de todo, en el que todo y sobre todo se apoya. Siento que es el apoyo último de mi centro interior. De él dice el mismo San Pablo: "en Él mismo vivimos, nos movemos y somos", refiriéndose a Dios.

He señalado que, según mi experiencia, mi centro interior se halla, no sólo rodeado, sino íntimamente entrelazado y aun como sumergido en *tres grandes circunstancias* que están en mi entorno natural. En las cuales, de las cuales y con las cuales actúa, vive y crece, alimentándose, siendo cada vez más sí mismo, cuando las sabe aprovechar, dirigir y moldear para su propia existencia, desarrollo y autorrealización. Esas tres, que llamamos grandes circunstancias de mi mismidad esencial, de mi centro interior, son: el *cosmos material*, con su inmensidad de espacios y de fuerzas físicas, vitales (vegetativas y sensitivas o animales), el entorno del *mundo humano*, del *prójimo*, con su vida espiritual, ya que

desde que tengo conciencia de mí mismo, me siento abierto a otros centros o "sí mismos" esenciales, que atraen y actúan sobre mi centro interior; y finalmente la tercera gran circunstancia, que más bien deberíamos llamar "super-circunstancia", que es Dios, presente y actuante como origen, ordenador íntimo y trascendente del cosmos, de los otros centros interiores y de mí mismo.

Hemos desarrollado el encuentro del sí mismo con estas tres grandes realidades que nos rodean en nuestra *Antropología filosófica in-sistencial*, en sendos capítulos dedicados a los temas *In-sistencia y mundo, In-sistencia y prójimo, In-sistencia y Dios* (Ed. Depalma, Bs. As., 1978; reimpresión 1983; caps. III, IV y V). Aquí ahora sólo vamos a sintetizar esta relación, que significa el encuentro y la interacción del sí mismo con el mundo, con el prójimo y con Dios.

2. *Mi sí mismo y el mundo.*

Es un hecho de mi experiencia, como ya lo hemos notado, que, desde mi mismidad esencial, me encuentro rodeado por una infinidad de realidades materiales, que contrapongo en mi experiencia a mi cuerpo, y, sobre todo, a mi centro interior. Es la experiencia de "ser en el mundo". Yo estoy en mí mismo, pero al mismo tiempo me siento entre las cosas, relacionado con ellas, con un impulso óntico dinámico que surge de mi ser hacia las cosas. Éstas me atraen; y condicionan mi realidad, llamándome, en cierta manera, como para salir de mí mismo hacia ellas. No sólo porque las necesito para desarrollarme, sino porque tengo el impulso interior de estar con ellas, de sentirme parte de ellas, y con cierta comunidad de ser y de destino. Mi cuerpo es material.

El mundo es mi "escenario de acción" y me atrae para trasformarlo, cosa que hago sintiéndome a la vez diferente de él, por la autoconciencia de mi mismidad, y por mi capacidad de trasformarlo según mis inclinaciones y mi mismo

modo de ser. Trasformo el mundo a mi imagen y semejanza, dejando el sello de mi mismidad en la materia trasformada. Por lo mismo me siento, en cierto modo, dominando al mundo, y hasta como centro del mundo.

Todavía más: hay algo en mí que está por encima del mundo material, algo super-mundano, como que saco la cabeza sobre la superficie del mundo y lo contemplo, sintiendo mi centro interior esencialmente distinto, por cuanto comprendo la diferencia entre mi mismidad y las cosas. Las cuales están ahí, sin un centro interior, sin iniciativa propia. En cambio, mi centro interior se da cuenta de sí mismo y es dueño de su imaginación y de proyectar y realizar su acción creadora. Esta experiencia la ha descrito, con su acostumbrada precisión, Ortega y Gasset, quien usa el término "extra-natural", en su *Meditación de la técnica* (Ed. Rev. de Occidente en Alianza Ed., 1982, ps. 47 y ss.).

Es cierto que, por sentirme parte del mundo, tengo que instalarme en el mismo orden que impera en el fondo del universo. Ese orden que ha establecido a cada cosa su modo de ser y de actuar. Es el orden mundano, que no invento sino que encuentro. Pero, yo me siento dentro de ese orden, con la característica esencial de esa posibilidad que surge en mi interior, de recrear el contorno mundano conforme a mis propias iniciativas, originando nuevos modos de ser de las cosas, aunque deba trasformar el mundo dentro del mismo orden mundano.

3. *Mi sí mismo y el prójimo.*

En mi experiencia del centro interior, también encuentro interferencias que me vienen "de fuera", pero con una característica especial: no como las cosas materiales que no tienen un centro autoconciente, sino que se trata de otros centros interiores, los cuales se me hacen presentes y ejercen

una atracción sobre mí, al mismo tiempo que yo me siento atraído por ellos.

Es una *atracción ontológica mutua*, es una presencia ontológica que anuda estrechamente un centro con otro, todos los centros entre sí, en una especie de coro universal, cada uno afirmando su sí mismo y al mismo tiempo sintiéndose solidario con todos.

Es el encuentro de mi mismidad con la mismidad del otro. Es el encuentro del *yo* y del *tú*, en una relación personal, que es comunicación y complemento para el desarrollo de mi mismidad.

Mi identidad se repliega sobre sí misma y se afirma a sí misma, acentuando el inconfundible sello de la unidad de su ser. Tiende a estar siempre firme en sí misma. Pero tiende también a comunicarse. Pues, al mismo tiempo, siente el "horror al vacío de la soledad". Y por eso yo tengo un impulso óntico en mi ser, en esa misma mismidad, a comunicar mi presencia diciendo *yo soy yo* y *aquí estoy*.

Esta actitud es una "expansión" de mi ser, de mi mismidad, un crecimiento de mí mismo al cual aspiro permanentemente. Esto lo logro, no sólo por la utilidad o ayuda material que pueda prestarme el otro centro, el tú, sino porque la mera presencia, la mera intercompañía del sí mismo y del otro, es una realización, mejor dicho, una autorrealización. Tanto para mí como para el otro, tanto para mi *yo* como para el *tú*, que a su vez haciéndose presente y reconociendo *mi* presencia siente una plenitud óntica, se siente más ser y más sí mismo.

Ésta es la segunda circunstancia, que tiene un valor inmensamente superior a la primera, es decir, la del mundo y de las cosas. Por eso, el encontrarme desde mi centro interior con las personas me enriquece ónticamente, y, viceversa, enriquece a los otros centros interiores con un mutuo crecimiento del sí mismo. Es compleja esta relación, pero

de una riqueza de matices sólo realizable en y por la intercomunicación de centro a centro.

La experiencia del prójimo es un tema infinito por su profundidad de contacto de mi sí mismo con el otro. Aquí sólo lo hemos apuntado. Volveremos en el capítulo siguiente a tocar el nivel óntico del sí mismo, que denominamos la *trascendencia.*

4. *Mi sí mismo y Dios.*

En la experiencia de mi sí mismo, además de sentirme rodeado, circundado y, más aún, sumergido en el mundo natural de las cosas (el cosmos) y en el mundo social de "otros centros interiores" (personas), (otros "yo"), me experimento desde lo profundo de mi mismidad, particularmente *religado*, comunicado, pendiente de una Realidad inefable y misteriosa, cuya presencia desbordante y actuante siento en mi interior, tanto más cuanto más adentro me miro a mí mismo. Pero la siento también presente mirando hacia el exterior, en todas las realidades que me circundan.

Está presente fuera de mí, en el centro de todas las cosas y personas. Se me aparece como el principio último que sostiene cada cosa y que conserva en su ser a la "totalidad" de todo lo que existe, en que vivo, me muevo y me esfuerzo por desarrollar mi vida, por ser más mí mismo, y por su medio trato y uso de todo lo que me rodea.

Yo, desde mi centro óntico, desde mi mismidad, la siento en el centro del universo, y la experimento como manteniéndolo en un orden maravilloso, dándole su ser, su estabilidad, perduración y desarrollo, desde el cosmos material hasta el mundo de la vida biológica y de la vida espiritual. Los santos y los sabios, los místicos y los filósofos, lo invocan, más que lo nombran, pero es para todos el Principio Último, el Padre y Señor de todo lo que existe, el Infinito y el Inefable, el Absoluto. En nuestra obra *La persona hu-*

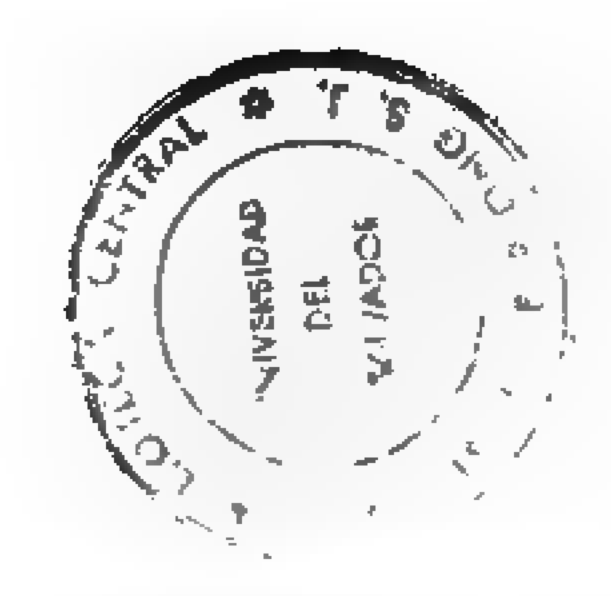
mana nos hemos referido a las experiencias de algunos filósofos, teólogos y místicos cristianos, referencias que podrían multiplicarse y también completarse con las de autores no cristianos de Oriente y Occidente (ver, por ejemplo, el inspirado estudio científico-filosófico-teológico-místico de Pierre Teilhard de Chardin *El Medio Divino*).

Capítulo V

¿SE PUEDE "SER MÁS SÍ MISMO"?

(Etapas del crecimiento del sí mismo)





1. *Cómo crece el sí mismo: de la "in-sistencia" a la "ex-sistencia".*

He recorrido ya un largo "camino interior" para encontrar y reconocer el fondo más íntimo de mí mismo.

Mi conciencia de "mi yo" distingue una línea divisoría entre mi interioridad y mi exterioridad, se concentra primero en la profundidad de mi "centro interior", donde yo digo "yo"; y he contemplado el punto preciso de mi "sí mismo", su ser único, intrasferible e insustituíble, que se encuentra con la responsabilidad de construírse a sí mismo, por el hecho de que se siente autónomo y libre; pero a la vez limitado, sin poder realizar plenamente sus propios impulsos, unos nacidos del fondo de su ser, y otros provocados desde el exterior del sí mismo.

He encontrado su estructura última como ser, es decir, su "ser-en-sí" o "in-sistencia", que me muestra una coherencia interna, un repliegue sobre su sí mismo, un ensimismamiento, un ineludible "estar-dentro-de-mí", como necesario punto de apoyo de todo mi ser, de mis impulsos, actividades o intentos de crecer y ser más "mí mismo", en mí mismo, desde mí mismo y por mí mismo.

Por esa *interioridad, in-sistencia, unidad* y *coherencia estricta*, me he reconocido como "persona" con la aspiración a un ideal de persona cada vez más fuerte y más sí misma.

Pero desde esa misma interioridad ineludible, desde mi mismidad, me he encontrado inmerso, casi confundido, sin solución de continuidad, con *otras realidades que me circundan*, las cuales, en relación con mi interioridad, son como "circunstancias", como mi "exterioridad". Realidades que

me atraen; atracción a la cual, a mi vez, respondo desde dentro de mí, con impulso espontáneo.

En primer lugar, el mundo material del cual forma parte mi cuerpo; luego otros centros interiores, otros sí-mismos, otros seres humanos, que me atraen más fuertemente que el universo de los cuerpos; y, como fundamento, finalmente esa Realidad Trascendente y misteriosa, que capto fuera de mí y que siento más todavía dentro de mí como el apoyo último de toda la realidad de mi experiencia humana dentro y fuera de mi "sí-mismo".

En síntesis, en mi experiencia humana he encontrado:

1) *Mi interioridad*:
— mí sí-mismo esencial, mi centro interior;
— por su estructura óntica es *uno, simple, autotrasparente, autónomo, libre, limitado*, y que aspira a apoyarse en el Ser Absoluto, Dios;
— su más profunda estructura es la *unidad óntica especial* de su ser;
— la *in-sistencia* o ser-en-sí, como su expresión más apropiada como raíz esencial de lo que llamamos
— *la persona* o el individuo humano, el yo.

2) *Mi exterioridad* circundante:
— el mundo material;
— los otros "centros interiores" o "in-sistencias humanas";
— la Realidad Trascendente, Dios;
— la síntesis interior, a la que he llegado por mi experiencia de mi "sí-mismo" como el centro de mi interioridad.

Más aún, mi "sí mismo" es, a la vez, *mi primer conocimiento del que tengo conciencia*, y, además, está *presente en todo otro conocimiento.*

En todo conocimiento o experiencia me doy cuenta de que yo siento, por ejemplo, dolor o placer, y de que yo soy

el sujeto de mi sensación de dolor o placer. En las experiencias exteriores: me doy cuenta de que yo soy quien las contempla, o las soporta. Pienso, siento, amo, sueño, resuelvo, acciono, comunico.

Pero se me presenta un interrogante que a veces con dramatismo, pero aun en el hombre común, no deja de plantearse con natural curiosidad.

Puesto que mi "sí mismo" está dentro de mi interioridad, ¿cómo puede relacionarse con mi mundo exterior, con los otros centros interiores que también, a su vez, están cerrados en sí mismos? Cada uno está y yo estoy en mi propia interioridad y sólo cada uno en la suya.

Con frecuencia, pues, me han preguntado, a propósito del análisis de la esencia íntima del hombre como in-sistencia, y, por tanto, como el "centro" que puede recogerse en el interior propio de un sí mismo: ¿no estaremos encerrados en un mundo que nosotros mismos armamos con nuestra subjetividad aislada en sí misma, sin puertas y ventanas hacia el exterior? Es éste un problema que se presenta en casi todos los filósofos.

2. *¿Cómo se comunica el "sí mismo" con su "exterioridad"?*

¿Cómo se entiende la relación entre nuestro sí mismo y lo "otro", entre mi interioridad y el mundo exterior, mi "estar-en-mí" y el "otro" que está "fuera de mí"? Si al "estar-en-sí" lo llamamos "in-sistencia", al salir de sí para conocer y para reconocerme en el mundo exterior, relacionarme o actuar en él, ¿hablaremos de "ex-sistencia"? ¿Cómo salir de mi "in-sistencia" hacia la ex-sistencia?

1) *El hecho vivido.*

Es una vivencia que todos comprobamos, el hecho de nuestra doble experiencia de interioridad y de exterioridad de mi interioridad y de mi exterioridad.

2) *La repetición, la espontaneidad y la complementariedad.*

El hecho de ambas experiencias, interioridad y exterioridad, se repiten continuamente, es tan natural que lo vivimos con espontaneidad y permanencia: nuestra "in-sistencia" y nuestra "ex-sistencia", sin impedirse una a otra, más bien se confirman y afirman como realidades en una totalidad compuesta de los dos modos, interior y exterior, que se complementan entre sí y parecen entrecruzarse sin confundirse.

3) *El impulso de la interioridad a la exterioridad.*

Sentimos "dentro de nosotros" un impulso hacia el mundo de afuera, que nos lleva de la "in-sistencia" a la "ex-sistencia".

Es de notar que lejos de sentirme "cerrado", experimento mi mismidad como "abierta" hacia afuera.

4) *Del interior hacia el exterior.*

El impulso hacia afuera *sale del interior hacia el exterior*, surge del "interior" como un mensaje dirigido afuera, presupone un previo ser sí mismo o in-sistencia para poder salir de sí mismo hacia la exterioridad.

En este sentido, la "in-sistencia" es el "punto de partida", necesario para la experiencia de la "ex-sistencia".

5) *El estar hacia afuera sin dejar de ser en sí mismo.*

Ésta es la originalidad de nuestra mismidad que para salir de sí a conocer y actuar fuera de sí, no sólo no deja de estar en sí en ningún momento, sino que nuestro estar en sí es condición previa para conocer y actuar fuera de sí.

La existencia pierde su sentido si no se apoya en la insistencia. No sólo pierde su sentido, sino que es imposible, casi diríamos metafísicamente imposible.

Una "ex-sistencia" que no surge de su apoyo en la "in-sistencia", no es conciente y por ello no responde a la experiencia del hombre; por lo mismo no la registra "mi" conciencia, y, por ello, no la reconoce como "mía".

El "ser afuera" sin seguir siendo en "sí mismo", es un ser o conocer en el vacío, en la nada, y, por ello, no es ser, ni conocer, ni hacer.

6) *¿Qué es lo primero: la ex-sistencia o la in-sistencia?*

La tentadora pregunta aparece sola. ¿Qué es lo primero, el impacto que nos llega de afuera o el impulso que nos viene desde dentro? En realidad, ambas son simultáneas en una unidad de experiencia formando una *totalidad*. Podemos decir que sin el *impulso del interior* no habría capacidad de sentir la *recepción del exterior*. Sin nuestra estructura "in-sistencia" o ser-en-sí, somos como la piedra, insensible frente al mundo exterior, porque aquélla no tiene un estar-en-sí o in-sistencia capaz de recibir el llamado del exterior.

3. *La culminación del crecimiento del sí mismo en el diálogo del amor (cuando el exterior a mi interioridad es otro "centro interior").*

El juego de la interioridad y la exterioridad, de la insistencia y la ex-sistencia, del "yo" y del "tú", aparece con toda nitidez en el amor entre dos personas (cuando el exterior a mi interioridad es otro "centro interior"). Entonces el "sí mismo" alcanza la plenitud de su propio crecimiento experimentándose en una interioridad más profunda, una mismidad más auténtica, un *ser más* sí mismo. Lo

mismo sucede en el "otro centro interior". Es la conjunción ontológica consciente de dos "sí mismos".

Pero el "diálogo del amor" tiene sus leyes ontológicas que se deben respetar y vivir sagradamente, pues de lo contrario ya no se intercambia el amor puro sino el que sólo es apariencia y falsificación. Ya no se puede hablar del "amor" ni esperar la sublimación del sí mismo.

Convendría recordar qué es amor.

Amor es querer bien a quien se dice amar.

Pero, ¿qué es querer bien?

Querer lo que es bueno para el amado.

¿Qué es bueno para el amado? Lo que le da satisfacción, y le hace sentirse bien. Lo que le ayuda a crecer en su ser, en su sí mismo, sentirse más sí mismo, integrado en su ser.

Entonces esta *satis-factio* es decir que se siente suficientemente (*satis*) hecho.

El amor deja de ser verdadero para tornarse escoria cuando yo busco para el otro lo que lo desintegra, lo que disminuye o avasalla su sí mismo. Yo no lo trato como un sí mismo sino como una "cosa" de la cual uso y abuso.

Ahora tratemos de formular las leyes ónticas del amor-amor:

Primera ley.

La primera ley para que el amor a otra persona sea válido es que yo sea mí mismo, que me apoye en mí mismo, que yo esté-en-mí-mismo. Porque si estoy "fuera de mí" dejo de actuar como "yo", y entonces mi acto de amor no es válido porque no es "mío".

Ésta parece una ley obvia, un punto óntico de partida y apoyo necesario.

La persona o el "tú" a quien intento dirigir mi acto de amor no admite el acto de un enajenado, de un alienado, de uno que verdaderamente no está en sí. En nuestra terminología diríamos que no es "in-sistencia".



Segunda ley.

La segunda ley óntica del amor es que yo re-conozca el valor de la otra persona a quien me dirijo. Reconocer es algo más que el simple conocer. Reconocer significa que conozco y aprecio en sí el valor del "tú" al cual dirijo mi amor.

Si no reconozco que el "tú" tiene su propio valor, que respeto y admiro, no lo trato como persona sino como cosa y la cosa no tiene "centro interior", capaz de responder a mi acto de amor.

El "tú" es la segunda cabeza de puente del diálogo del amor.

Tercera ley.

La tercera ley óntica del amor es la *comunicación mutua* a través del puente establecido entre el "yo autoafirmado" y el "tú" debidamente reconocido, como cabezas necesarias del puente de comunicación del amor.

Esta comunicación mutua debe servir y tener como *fin último* que el "yo" y el "tú" sean más "sí mismos"; el "yo" debe *estar más en sí mismo*, vivir su mismidad, es decir, su autorrealización, que es su felicidad.

4. *Dinámica triple: in-ex-insistencia.*

En términos de nuestra comprobación de la esencia del hombre como "in-sistencia", diremos que el *primer paso* es afianzarse en la in-sistencia; el *segundo*, extenderse en la ex-sistencia; y el *tercero*, el retorno de cada uno a su sí-mismo, aumentando y enriqueciendo la "in-sistencia" del "yo" y del "tú".

Así, la dinámica del ser del hombre es un movimiento con *tres momentos*:

— parte de la in-sistencia;
— realiza la ex-sistencia;
— para terminar reafirmando más su in-sistencia.

Más rica ésta en su ser y más plena en su autoconciencia, porque en el amor se siente con más y más realidad la in-sistencia de ambos.

Así, pues, el amor (como toda nuestra relación con la exterioridad) es el dinamismo del ser según este triple movimiento:

— in-sistencia, ex-sistencia, in-sistencia.

El punto de partida del amor es la in-sistencia, ser-en-sí.

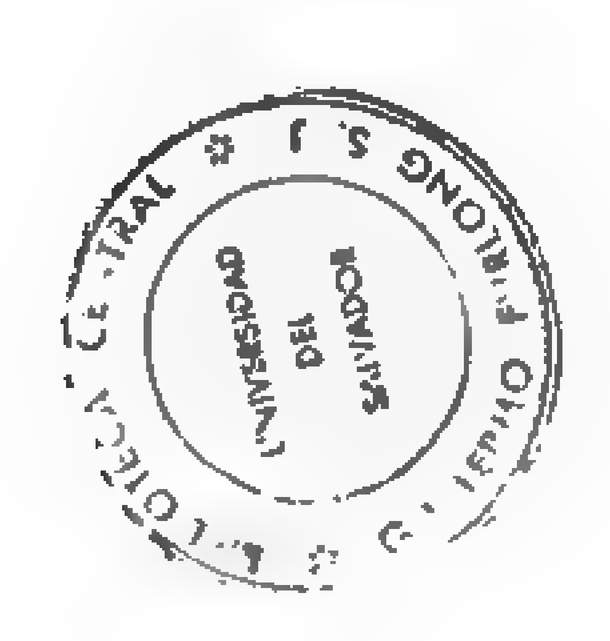
El término intermedio a que se dirige es la ex-sistencia (ser con otro).

El punto final de retorno es la in-sistencia (ser ambos más en sí).

Este *ritmo triádico*, siempre en dirección ascendente (ser más sí mismo), es el que a la vez muestra y realiza la esencia del ser del hombre, desde su "sí mismo" hacia su plenitud y felicidad, su unidad interior, su paz.

Parte segunda

EJERCICIO DE SER MÁS SÍ MISMO



Capítulo I

RECAPITULACIÓN



El título del presente libro (*Cómo ser sí mismo*) es una fórmula abreviada de su principal objetivo. En realidad, podría también titularse "Cómo ser más sí mismo". Otro título que lo muestra, podría ser "La autorrealización integral", y, en fin, también podríamos ponerle "Ejercicios para ser más sí mismo".

En la parte primera he tratado de describir mi sí mismo. He hecho un viaje hacia el interior de mi ser, para tener una conciencia más clara de mi mundo interior, del cual poseo en general una conciencia difusa; por ello, con frecuencia me veo perdido dentro de mí mismo, como en un laberinto sin salida.

En ese estado difuso de conciencia no acierto a vislumbrar el fondo de mi propio ser, no encuentro, a veces, el sentido de mi vida. Tal vez eso le ha pasado también a muchos de mis lectores.

Vamos primero a *recapitular* el camino recorrido.

1. *Sí mismo integral y sí mismo esencial.*

Para ordenar la búsqueda de mi ser interior he tratado de aclarar lo que entiendo por el "sí mismo" (cap. I); luego he distinguido el "sí mismo esencial" (cap. II), el núcleo más profundo de mi mismidad.

Como este último es la meta de mi viaje interior, he seguido la ruta de mi experiencia interna para precisar ese mi "sí mismo esencial" en su ser más profundo, en su estructura óntica última y fundamental, porque de ella surgen y en ella se apoyan todas las demás experiencias, actividades y estructuras que descubro (cap. III).

2. *In-sistencia y persona.*

Así he tenido conciencia de que mi "sí mismo" que experimento como un "centro interior" en el cual yo me siento yo, es un ser uno, único, irrepetible, inconfundible, intrasferible, distinto de todo otro ser, cuales son las cosas y los otros yo; he comprobado que soy un *ser-en-sí* o "in-sistencia" con una *unidad óntica* muy perfecta, y por eso puedo tener conciencia y dominio de "mí mismo" (cap. IV).

Me he reconocido como "persona", por ser esa unidad óntica perfecta y yo experimentarme como "centro interior" uno; autotrasparente y autónomo en su ser y en su obrar, en lo cual consiste el ser persona.

3. *Angustia y limitación.*

Por mi experiencia de limitación, y a la vez con mi *impulso de ser más*, siento la angustia óntica que me mueve a satisfacer y compensar mi limitación, y, por ello, surge el aguijón para ser una mismidad más fuerte, auténtica, ser más mí mismo, más autónomo, más libre, más cercano de la in-sistencia ideal que vislumbro y que quiero para mí. ¿Quién no ha sentido en su vida deficiencias que querría superar, siendo más plenamente sí mismo? ¿Ser su "sí mismo ideal"?

4. *In-ex-insistencia: dinamismo de la interioridad.*

Y también he comprobado mi *apertura hacia lo exterior* de mí, mi impulso de *trascenderme hacia afuera* de mí, pero sin dejar mi firme interioridad o mi "estar-en-sí". Mi dinamismo óntico me impulsa a salir de mí mismo, pero sin dejar de estar en mí, para volver desde afuera hacia mí mismo, afirmándome con mayor fuerza y con una mismidad más enriquecida. Siempre más mí mismo.

El ritmo de ser de mi sí mismo parte de la in-sistencia, hacia la existencia, para replegarse más fuertemente en su in-sistencia, siendo cada vez más sí mismo mediante su ritmo de in-ex-in-sistencia (cap. V).

5. *La pregunta del "cómo".*

En este último capítulo buscamos nuestro *método* de "ser sí mismos", o más propiamente "ser más sí mismos".

Pero el ideal de mí mismo tiene una extraña lejanía, pues cuando más me voy acercando, me muestra siempre una nueva meta interior, a la cual constantemente vislumbra como su ideal.

Por ello "nuestra realización y plenitud" ha de ser la de *crecer siempre más*, y ésa es la autorrealización siempre permanente y siempre posible. Ése es, pues, nuestro reino de la paz: *ser más sí mismos*. La felicidad de nuestro avance y nuevo impulso para *ser* más y para *hacer* más, con más eficacia, con más satisfacción. Es una plenitud siempre en desarrollo.

Muchas veces, al expresar la experiencia de la esencia del hombre, me han preguntado: ¿cómo se puede realizar *en la práctica* la esencia del estar-en-sí, del dominio de sí mismo, del autocontrol y crecimiento con serenidad e identidad? Parece muy difícil.

6. *La respuesta.*

La respuesta, sin embargo, es muy sencilla: *practicándolo.*

Así como en cualquier arte o ejercicio la facilidad y la perfección se las obtiene con la *práctica repetida y metódica,* de la misma manera que para ser un buen pianista se ha de dedicar largas horas al *ejercicio metódico* de tocar el piano,

también para alcanzar un buen nivel de ser sí mismo (buen nivel de autoconciencia, de estar en sí, de autocontrol, de ser dueño de sí mismo, etc.), se requiere un ejercicio metódico y constante. Toda ciencia, técnica, arte, deporte, etc., y cualquier especialidad teórica y práctica exige el adecuado ejercicio permanente para adquirirlos, conservarlos y aumentarlos.

Cada uno hemos recibido nuestro ser individual, nuestro "sí mismo", en nuestro nacimiento por el cuerpo y el espíritu que Dios nos dio; su evolución depende de la educación que recibimos y del cuidado con que cada uno de nosotros tratamos de fomentar su mejor desarrollo, su mejor ser y su mejor actuar.

El autoanálisis de nuestra mismidad (que en varias de mis obras he realizado más sistemáticamente y con mayor aporte de información) era necesario para poder presentar algún ejercicio práctico dirigido a profundizar, dinamizar y realizar, con más eficacia, el "sí mismo" de cada uno.

Para ver aquello que su ser aspira a ser.

De esta forma trataremos de cumplir con lo que promete el título del presente libro por su palabra clave: *cómo,* cuando se pregunta "*cómo* ser sí mismo".

La respuesta implica dos requisitos:

1) *Adquirir conciencia lo más clara y precisa posible* de lo que es mi "sí mismo", sobre todo mi *sí mismo esencial.*

Para ayudar a cumplir este primer requisito he tratado de analizar y describir, con la mayor fidelidad posible, la estructura de mi "sí mismo" esencial, aquello por lo cual soy más yo mismo, único y distinto de todo "otro" yo. Nuestra fuente de información y comprobación han sido los datos que nuestra propia experiencia nos ofrece, sobre todo la experiencia *interior.*

2) *Un ejercicio práctico* (técnica, método) que desarrolla más ese *"sí mismo esencial"* del cual he tomado conciencia.

Sin duda que son innumerables las prácticas aconsejadas para desarrollar y conservar mi "sí mismo" integral: salud o bienestar total de mi ser, que comprenden las normas de salud corporal, de educación física, intelectual, moral, espiritual, religiosa, que aparecen en los libros de ascética y mística.

Aquí voy a limitarme a señalar los aspectos o estructuras más fundamentales de mi "sí mismo esencial". Así podré centrar mi atención en esos pocos, pero, a mi parecer, los más importantes, para promover su desarrollo, ya que en ellos, ante todo, consiste el *crecimiento* más íntimo, y auténtico de mi "sí mismo".

Ellos responden a la descripción que hemos hecho de nuestro "centro interior" en el cual "mi yo" se revela como "mi yo" el cual muestra su estructura óntica como "insistencia" o "estar-en-sí". Y ello con una *unidad de ser*, tan perfecta, que por sí misma se abre al acto de *autoconciencia*.



Capítulo II

EJERCICIO PREVIO PSICOFÍSICO Y ESPIRITUAL

1. *Observaciones.*

1) Mi objetivo es cómo estimular o ayudar a mi sí mismo esencial a desarrollarse, a crecer, a ser yo más sí mismo.

2) Siendo mi realidad total integrada por el cuerpo y por el espíritu, he de tratar que todo en mí ayude al desarrollo de mi sí mismo esencial, que es la cumbre de mi ser.

3) Por eso, los maestros del espíritu recomiendan el debido cuidado del desarrollo corporal, psicológico y espiritual. El cuidado implica el debido control, es decir, autocontrol, para que tanto el cuerpo como la parte psicológica o el espíritu actúen en forma que se integren más en mi sí mismo esencial. La salud corporal, psicológica y espiritual son condiciones para sentirse en paz interior y poder concentrarse en el perfeccionamiento del sí mismo.

4) Por eso son necesarios algunos ejercicios que mantengan nuestras facultades corporales, psíquicas y espirituales en equilibrio para que puedan actuar positivamente en la vida esencial del sí mismo.

5) Por cierto que dichos ejercicios están, en su mayor parte, basados en la experiencia elemental humana y en el buen sentido común.

6) El cristianismo ha tenido sus maestros de la vida ascética desde los primeros siglos en que se inició, en forma metódica, cierta vida monástica. Naturalmente, las religiones evolucionadas han creado siempre algunas normas ascéticas, que en general han incluído técnicas corporales y espirituales, junto con la vida moral y la práctica metódica de la oración, contemplación y concentración.

7) Como preparación psicofísica y espiritual previas al ejercicio del sí mismo esencial puede servir el siguiente modelo, pero cada uno tiene que seleccionar aquellas técnicas que a él individualmente más le ayuden.

8) Como norma general, permitida por los maestros de la vida ascética y espiritual, no se debe hacer ningún esfuerzo violento, pues más bien perturba que ayuda a la concentración, a la paz y a la autointegración. San Ignacio de Loyola dice claramente que en todo se debe tener cuidado para que el sujeto no se desintegre.

2. *Ejercicio inicial. Concentración corporal y espiritual.*

Este ejercicio es recomendado por San Ignacio en el libro de los Ejercicios en la llamada "Adición tercera, para mejor hacer los ejercicios y para mejor hallar lo que se desea":

"Un paso o dos antes del lugar donde tengo de contemplar o meditar, me pondré en pie por espacio de un Padre Nuestro, alzado el entendimiento arriba, considerando como Dios Nuestro Señor me mira, etc., y hacer una reverencia o humillación".

Y más adelante, hablando también de la "preparación" para los modos de orar, expresa: "antes de entrar en la oración, reposen un poco el espíritu, sentándose o paseándose, como mejor le pareciera; considerando adónde voy y a qué".

En la práctica, ese ejercicio puede hacérselo de pie o sentado, concentrando en el centro interior la atención, moviéndose a sí mismo y tratando de dirigirse a Dios Nuestro Señor que está mirándome, y así unido a mí y unido a Dios hacer a Dios una reverencia.

Como se ve, es, a la vez, un ejercicio de concentración psicológica, de unión consigo mismo y de unión con Dios,

acto profundamente espiritual, que ubica al hombre en sí mismo y en Dios; así puede estar por espacio de un "Padre Nuestro", como dice San Ignacio, con el espíritu reposado.

3. *Ejercicio corporal (asana).*

Elegir alguno de los ejercicios corporales recomendados en el yoga, que nosotros describimos en nuestro libro *Qué es el yoga.* En especial recomendamos el nº 1, que se llama el "saludo al sol", el cual implica las flexiones fundamentales del cuerpo y puede unirse a ellas la concentración psicofísica, concentración en sí mismo, la respiración (pranayama) y la oración o invocación a Dios por la recitación de las palabras o frases cortas con sentido religioso que estimulan la unión consigo mismo y con Dios.

Trascribimos el ejercicio nombrado.

Técnica:

1º forma (saludo simple).

Colocarse de pie con los talones juntos, erguido el cuerpo, pero sin violencia, la cabeza levantada.

Juntar las manos ante el pecho.

Inspirando, levantar las manos hacia arriba encima de la cabeza, manteniendo unidas las palmas de las manos y levantándolas todo lo posible, de manera de tener el cuerpo lo más estirado hacia arriba.

Retener un momento el aliento.

Luego separar las manos volviendo las palmas hacia adelante y, espirando lentamente, curvar el tronco hacia adelante hasta tocar, si es posible, el suelo con las manos.

Mantenerse así un momento sin respirar.

Levantarse, inspirando, dejando caer suavemente los brazos hacia los lados.

Respirar.

El ideal es llegar a tocar el suelo con las palmas de las manos, pero aunque ello no pueda lograrse, sobre todo al principio, no hay que forzarse.

Con el tiempo puede no sólo lograrse esto, sino también ir juntando poco a poco las palmas de las manos hacia los pies, de manera de colocarlas junto a éstos y la cabeza tocando las rodillas.

2ª forma (saludo completo).

Después de hecha la primera parte del ejercicio anterior, es decir, cuando se ha llegado a tocar el suelo con las manos, extender la pierna derecha hacia atrás todo lo posible, hasta llegar a apoyarse solamente con las puntas de los dedos del pie derecho.

Entonces doblar la pierna izquierda de manera que forme un ángulo recto y al mismo tiempo ir tirando hacia atrás la pierna derecha todo lo posible. Queda entonces el cuerpo apoyado con la pierna derecha hacia atrás sobre el pie derecho y las manos. En esta posición se levanta la cabeza hacia arriba todo lo posible, irguiendo el pecho.

Luego se pone recta otra vez la pierna izquierda, se tira la pierna derecha hacia adelante recobrando la posición primitiva del saludo y se hace la misma operación, pero ahora con la pierna izquierda.

Efectos:

El gran saludo tiene un conjunto de ventajas, por lo cual es sumamente recomendado por los maestros yogas. Además, la flexibilidad que da a la columna vertebral favorece la irrigación cerebral, da flexibilidad y fuerza a los músculos del abdomen, de las piernas y de los brazos.

Este ejercicio pueden hacerlo todos, pero quienes tengan algún defecto en la columna vertebral han de tratar de hacerlo con la mayor suavidad, sin forzar mayormente [1].

[1] *Qué es el yoga*, Ed. Depalma, Bs. As., 1989, ps. 97-100, 3ª ed.

Nota: El ejercicio puede hacerse con el sentido de adoración a Dios, sintiendo su presencia y haciendo las inclinaciones o flexiones, repitiendo internamente alguna invocación o mantra, como "Padre", "Santo", "Señor", "Padre Nuestro", "Venga tu Reino", "Señor Jesús", "Amor", "Paz". . . .

Para el cristiano es aconsejable la repetición del nombre de "Jesús", "Sagrado Corazón de Jesús en vos confío".

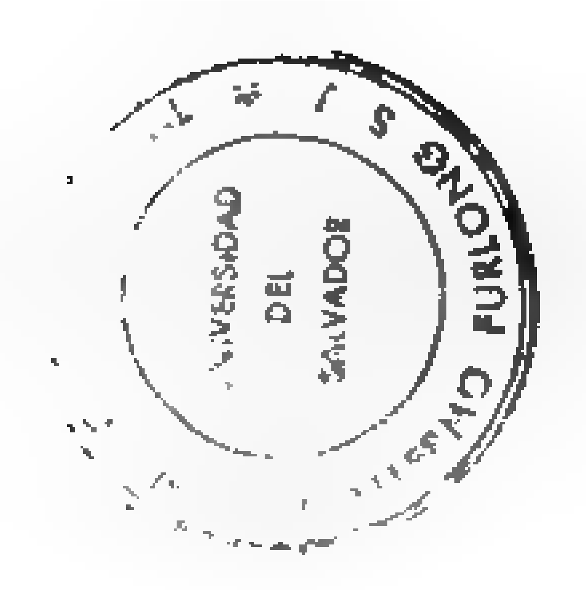
Al incorporarse se puede repetir "fe, esperanza, amor, paz, paz, paz", tratando de vivir en el centro interior de sí mismos estas virtudes.

Se puede hacer otro ejercicio físico, según le ayude a cada persona. Recomendamos también el llamado *triángulo*, que en nuestro libro está en el nº 21, p. 124.

El ejercicio puede repetírselo dos o tres veces, y entre cada uno se recomienda una pausa haciendo ejercicio de respiración (pranayama) normal, concentrándose en la inspiración y la expiración, lo cual ayuda a que el cuerpo y la serenidad interior favorezcan la actitud mental y espiritual para "ser sí mismo esencial".

CAPÍTULO III

EJERCICIO DEL SER "SÍ MISMO ESENCIAL"



Observaciones previas.

— Debe hacérselo con un estado de ánimo sereno, y con distensión corporal, para lo cual ayudará hacer una previa preparación, como la indicada anteriormente (en el capítulo II, sección 2) u otra que elija cada uno.

— Puede realizárselo en la postura corporal que sirva más a cada uno para su concentración: de pie, sentado al estilo occidental, sentado en postura oriental, de rodillas o acostado.

— A cada punto se le pueden dedicar dos o tres minutos. Por la repetición diaria se llega finalmente a concentrarse en la vivencia que cada palabra sugiere. Puede repetirse la "palabra" o "frase", al estilo de una invocación o mantra, en la forma que más convenga a cada persona.

El ejercicio está resumido en las *palabras claves* impresas en mayúsculas, como títulos en los párrafos correspondientes.

Antes de haberse familiarizado con el contenido total de cada párrafo, pueden ejercitarse diariamente sólo algunas de las partes.

Con la práctica se logra mayor facilidad y profundidad en el ejercicio, y se puede cumplir íntegro en 15 o 20 minutos:

Después de cada parte dedicar un momento para *respirar rítmicamente*, a fin de que se profundice la vivencia interior lograda, además del efecto sedante y revitalizante que tiene la respiración en sí misma; si se pone atención, se comprueba que "respirar es una felicidad", por su sensación de bienestar.

1. IN-SISTENCIA.

Me concentro en mi "centro interior", donde yo digo yo.

Me siento en mí mismo. Mi ser está todo recogido en "sí mismo". Estoy todo unificado en mí mismo. Estoy-en-mí.

Repito la palabra "in-sistencia", internándome en mí mismo, centrándome en mí mismo: in-sistencia, in-sistencia, in-sistencia..., ser mí mismo.

Siento mi identidad interior, la fuerza de ser mí mismo, la paz, la seguridad de estar-en-sí.

Respirar sin esfuerzo, dejando profundizar la experiencia.

2. AUTOCONCIENCIA.

Sentirme presente en mi sí mismo.

Me doy cuenta de mi mismidad, me afirmo a mí mismo, yo soy yo.

Repito autoconciencia..., autoconciencia..., autoconciencia. ...

Es mi autoafirmación de mí mismo. Es mi reconocimiento de mí mismo.

Siento mi autotrasparencia interior: mí sí mismo está presente a sí mismo.

Siento la firmeza de mi ser, la seguridad de mi ser-en-sí, la sobreabundancia de bienestar y la felicidad de ser mí mismo: uno, distinto de todo lo otro, intrasferible, inconfundible, irrepetible. Sentirse "sí mismo" en mi interior, en mi ser que *es* sí mismo. Siento el *impulso* interior a *ser más* mi "sí mismo", a afirmar y mantener mi mismidad, identidad, in-sistencia, autotrasparencia; mi centro interior lo vivo en sí mismo y experimento la vida fluyente de mi ser.

3. AUTOCONTROL.

Siento, me doy cuenta de que surgen, en mi interior, diversos impulsos: de atracción y rechazo de cosas y personas, de simpatía o antipatía, de envidia o admiración. Tal persona me crea problemas y siento impulso de reaccionar con violencia. Voy a dejar quietos esos impulsos hasta que vea su verdadero valor.

A veces, con impaciencia, con inquietud, siento que me impiden realizar mis planes. Me surgen impulsos de reaccionar con furia, decir a tal persona expresiones duras, aislarla, despedirla, acusar, hacer juicios. ... Otras veces el impulso es de atracción o de temor, que me hace depender demasiado de ello, que me impide ser mi sí mismo... Una mirada a las situaciones del día, a los impulsos que en este día me rodean.

Frente a todos ellos, intentaré permanecer en mi "sí mismo", detenerlos, controlarlos, sentirme con sosiego, estar en mí y desde mí mismo sentirlos controlados, tener yo las riendas, y no ellos. Repetir: autocontrol, autocontrol, autocontrol...; paz, serenidad, tranquilidad, que los impulsos no me dirijan desde afuera, sino tomarlos todos en mis manos para regirlos yo desde adentro.

Es un esfuerzo interior, pero en cambio logro paz, equilibrio, ahorro choques inútiles, que aumentan los problemas para el desarrollo de la vida... ¿Cuántas enfermedades nerviosas, depresiones, nacen por esta falta de autocontrol en el momento preciso?

4. AUTODECISIÓN.

Después del autocontrol de los impulsos por mi "sí mismo", debo considerar los que significan una orientación positiva para mí mismo, los que sirven para ser más, más

mí mismo, más mi ser, más en mi identidad, más yo. Entonces es cuando puedo yo "decidir", desde mí mismo; decido, pues, yo mismo; tal es el acto de autodecisión; es al mismo tiempo autoposesión de sí mismo. A cada impulso digo, esto sí, esto no, esto no vale la pena que me preocupe.

Esta autodecisión dentro de sí mismo es el acto de libertad interior del sí mismo por el cual me siento realizado, satisfecho, soy más mí mismo, siento más plenitud en mí, más perfección, felicidad, paz... Es el autodominio, es la autoposesión de mí mismo, lo que me mantiene en "mí mismo", ser-más-en-mí. Es la *realización de mi esencia*; esa realización me da felicidad.

Ésta es la culminación del proceso de *autorrealización*.

Todo acto de autorrealización se realiza en la libertad, es decir, el autodominio y la autodeterminación hacen más perfecto mi ser, y, por tanto, me hace "ser mí mismo", "ser más mí mismo".

Esto equivale a decir que mi *perfección óntica (mi ser) ha crecido*, que soy más mí mismo y tengo un nivel de ser superior. Porque cada vez que realizo actos más valiosos, yo soy más mí mismo, soy una mismidad, una in-sistencia, una identidad, un "yo", un "sí mismo" más valioso, más perfecto.

Esta práctica de la in-sistencia me hace crecer cada vez más en la dirección propia de mi ser.

Es una autorrealización ascendente del "sí mismo", la cual, como al final veremos, es impulsada por el principio supremo del ser, que es el *Amor*.

5. LIMITACIÓN Y ANGUSTIA.

Pero, en el fondo mismo del "centro interior", junto con el impulso en pos de este ideal ascendente por el auto-

control, por la autoposesión del sí mismo, sentimos un intenso y permanente impulso que nos perturba. Aquella autoposesión y autodecisión tropieza con el peso de nuestra impotencia para mejorarnos a nosotros mismos tal como aspiramos. Siento una "limitación" que me impide realizar en su totalidad mis mejores impulsos y aspiraciones.

El "sí mismo ideal" parece tener un horizonte que siempre se muestra lejano, por mucho que trate de acercarme. Esta limitación constitutiva de mi ser clava la espina de la angustia en mi interioridad, en lo más hondo de mi mismidad.

Tomo conciencia de mi limitación y mi angustia. Veo lejos el ideal. Sé que no lo puedo alcanzar nunca. Pero tengo conciencia de que *siempre puedo acercarme un poco más*. Éste es un imborrable anhelo y fuerza que llevo en mi "sí mismo" para seguir siempre adelante hacia mi ideal. Siempre más con energía pero con paz; como aspiración para avanzar que también es un gran esfuerzo. En cada acción lo que pueda. Pero, cada vez más "sí mismo".

Es más fuerte el impulso del ser "sí mismo" que la angustia de la limitación porque no lo soy del todo.

Y repito y reafirmo, ante la limitación, el impulso óntico de ser más sí mismo: in-sistencia, in-sistencia, in-sistencia...

6. IMPULSO AL ABSOLUTO.

Siento la aspiración de salvación y el impulso del Absoluto en quien apoyarme, para compensar mi limitación y para superar mi angustia. Esta vivencia del Absoluto nunca se puede arrancar de mi misma experiencia interior. De hecho es la presencia activa de Dios en nuestro ser, en nuestra mismidad, que se hace sentir en nuestra interioridad.

Hemos vivido el "sí mismo" en su "in-sistencia", en el centro más interior de su identidad, en su estructura óntica de ser-en-sí, autoconciencia, autocontrol, autodecisión y su limitación, angustia y ansia y presencia del Absoluto.

Pero, además de ese dinamismo que se realiza en el *interior* (mis impulsos y actos interiores que tienen como meta el mismo sujeto de su actividad) *siento el impulso óntico de salir más allá de mí mismo y comunicarme con otros* seres que capto desde mi interior pero *fuera* de mí mismo.

Es el dinamismo de *ex-sistencia*, de ser-afuera-de-mí-mismo, aunque siempre *desde mí*, sin dejar de *estar-en-mí*. Si dejo de estar en mí ya no es "mi" actividad, ni tiene sentido la relación misma con el exterior de mí, por la existencia.

Más aún, es la experiencia de mi interioridad la que es el origen y la posibilidad misma de la exterioridad. Sin el sí mismo previo en mi estructura óntica de ser-en-sí, no puede haber relación a la exterioridad, a la ex-sistencia.

Lo mismo experimento en el acto de *trascendencia*, de trascenderme o sobrepasarme "más allá" de mí mismo, o "fuera de mí mismo". La trascendencia tiene el sentido de dar el *salto hacia afuera*, al otro, y así realiza el existir (*ex-sistere*), estar fuera de sí, en lo otro.

Hemos visto que son tres las circunstancias básicas que rodean circundando, y dan vueltas alrededor de mi interioridad: el mundo material, el mundo de las personas y Dios.

Ejercitemos su vivencia.

7. TRASCENDENCIA Y MUNDO.

Desde mi centro interior impulso mis brazos hacia afuera para abarcar todo ese inmenso mundo de objetos en que me siento sumergido y del cual formo parte, con infi-

nidad de seres, unos inmensamente grandes y otros inmensamente pequeños, unos inmensamente lejanos y otros tan cercanos que parecen estar en mí; con variedad de formas y colores y sus luces y sombras; los innumerables seres inertes al parecer, y por otro lado los movimientos particulares, dentro de un movimiento cósmico y universal que desborda mi comprensión. ¡Maravilla de infinitas maravillas! ¡Qué plan y qué orden universal! Frente a él, en cierto modo me siento muy pequeño y a la vez como si se agravara mi ser, mi mismidad, al comprobar mi ser captando desde el mirador de su ultramicroscópico "centro interior" esta infinita lejanía de millones y millones de años-luz del espacio. Lo siento, lo toco, lo acaricio con placer, con respeto, con éxtasis de mi vida interior. Todas las cosas las abarco. Adoro y glorifico a Dios, que es su Creador y Señor. Evoco el canto a las creaturas de San Francisco de Asís, en el cual todas parecen brillar con luminosidad divina.

8. TRASCENDENCIA Y PROJIMO.

Más profundamente siento en mi "sí mismo" el llamado de los otros centros interiores, otras in-sistencias, respondiendo a un impulso óntico de captar la misteriosa realidad íntima, el calor y la luz de otros "sí mismos". La comunicación, el diálogo y la unión o abrazo misterioso, profundo, vivificante, que me hace sentir más ser mí mismo.

Extiendo ahora los brazos infinitos de mi interioridad a todos los "sí mismos" humanos que me rodean; todos los que han sido y serán mis hermanos en la "humanidad", son maravillosos hijos de un mismo Padre infinito, nuestro Dios y Señor.

Todos son objeto de mi afecto, respeto, admiración. Doy gracias a Dios por todos. PAZ Y FELICIDAD ETER-

NA EN EL CIELO Y EN LA TIERRA. A pesar de que muchos de estos centros interiores son misteriosas fuentes de sufrimiento por sus torturantes reacciones, *su convivencia* es una parte esencial de nuestra felicidad y plenitud.

9. TRASCENDENCIA Y DIOS.

Mi primer encuentro y vivencia en Dios, el Ser Absoluto, que compensa mi limitación y es el fundamento último de mi mismidad infinitamente pequeña, lo siento en mi interioridad. Como San Agustín, exclama: "Fui entrando en mí mismo, sobrepasando lo más íntimo y sumo de mí mismo, y trascendiéndome más allá de mí mismo, donde te encontré a Ti, mi Creador, mi Verdad, mi Hermosura, siempre antigua y siempre nueva" (Conf., II, 2, 3, 10).

Si Dios está conmigo, es mi Pastor, nada me puede faltar; mi limitación, mi angustia, se compensa ante el rostro infinito de Dios.

Paz en mi espíritu, en mi ser íntimo, confianza y esperanza, Dios mío y Señor mío. Repetirlo, vivirlo.

Pero, si encuentro en lo profundo de mi interioridad a Dios, también lo veo en todas las creaturas del universo que fuera de mí constituyen la inmensidad infinita de la Creación. Dios aparece como el punto de creación y organización, el centro magnético espiritual de atracción y de consistencia, el primer principio que todo lo sostiene, dando a todo el ser y el obrar.

Voy por el mundo viendo desde mi centro interior a Dios en todas las cosas y personas, y, en cierta manera, caminando por las calles de la ciudad de Buenos Aires y de todas las ciudades del mundo en cada una de sus creaturas, con esa belleza deslumbrante que cada una tiene a su manera, desde la mirada y la sonrisa del niño pequeño hasta el esplendor de la santidad de los seres humanos más admirables.

Multitud de millones de creaturas que, como los cielos, cantan la gloria de Dios. Los siento con paz y alegría y deseo a todos alegría y paz.

Apenas se puede intentar sólo un esbozo de esta vivencia inefable o presencia activa de Dios en el mundo.

10. AMOR.

Desde mi íntima "in-sistencia" he trascendido a una "ex-sistencia" que me hace sentirme más inefable todavía en mi mismidad, en mi "sí mismo" autorrealizado en mí y fuera de mí en el mundo, en Dios y en todos los seres en Dios. Los abrazo en un éxtasis de amor, amando a ese principio del amor que es Dios, que todo lo rige dentro y fuera de Dios mismo.

Pero, *¿qué es el amor?*

Amar es "querer bien". "Querer bien" es querer lo que integra al ser que amo. Incluso cuando se trata de mí mismo.

Por el amor tengo que querer todo lo que existe, con respeto, admiración, cariño, delicadeza. Cada cosa como ella lo es en sí, el vaso como vaso, la planta como planta, el rosal como rosal, el astro como tal, el arbusto y los animales, cada cosa con la delicadeza y respeto que la integre en sí misma.

Sobre todo las personas, los otros centros interiores o in-sistencias que son una realidad misteriosa y atractiva para mí; las abrazo con gran respeto y amor para que les ayude todo a ser más sí mismos. Siempre con mansedumbre, paz, serenidad, cariño, paciencia, humildad y generosidad. Todos los dones del Espíritu que enumera San Pablo. Es una revelación sobrenatural de la plenitud del "sí mismo" en Cristo. Pero San Pablo está también describiendo la culminación de lo humano.

Así "mi sí mismo" es más sí mismo. Pero, no por un sí mismo egoísta, sino para poder ser mejor y ayudar a los demás a ser mejores. Sin perder la paz, la paciencia, el amor, la sonrisa, el optimismo.

Así, desde mi "centro interior", "mi sí mismo esencial", he recorrido mi camino de autorrealización conforme al impulso óntico de "mi sí mismo": *in-sistencia* (ser en mí) — *ex-sistencia* (ser con todos los seres, culminando en los "otros" y en Dios por el Amor) — in-sistencia (retornar a ser más en mí). Siendo cada vez *más sí mismo.*

Termino con esta oración de la in-ex-in-sistencia: DIOS PADRE, DADME FUERZA; DIOS HIJO, DADME SABIDURÍA; DIOS ESPÍRITU SANTO, DADME AMOR; Y QUE SEPA TRASMITIR FUERZA, SABIDURÍA Y AMOR A TODOS Y A TODO LO QUE ME RODEA. AMÉN.

31 de julio de 1990.
Fiesta de San Ignacio de Loyola, maestro del autocontrol, del seguimiento de Cristo y de la contemplación para alcanzar amor.

HIMNO AL AMOR

(San Pablo, 1ª Cor., 13, 1-7, 12-13)

Este inspirado texto tiene especial resonancia para el hombre cristiano; pero refleja la plenitud y la culminación de todo corazón humano por el amor.

"Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo caridad, soy como bronce que suena o címbalo que retiñe. Aunque tuviera el don de profecía, y conociera todos los misterios y toda la ciencia; aunque tuviera plenitud de fe como para trasladar montañas, si no tengo caridad, nada soy. Aunque repartiera todos mis bienes, y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo caridad, nada me aprovecha".

"La caridad es paciente, es servicial; la caridad no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe; es decorosa; no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta".

"Ahora subsisten la fe, la esperanza y la caridad, esas tres. Pero la mayor de todas ellas es la caridad".

(*Biblia de Jerusalén*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 1975, ps. 1646-7).

Parte tercera

ANEXOS

Temas complementarios

Anexo del capítulo II de la parte primera

EL "SÍ MISMO" ¿ES EL ALMA?

Naturalmente, la pregunta la hacemos acerca del "sí mismo esencial e individual".

Con frecuencia surge la pregunta entre mis oyentes y lectores acerca de lo que es el alma, en relación con el "sí mismo" o con el "centro interior" de nuestra experiencia humana.

Bien sabemos, por nuestra experiencia permanente, que el hombre es una realidad compleja. Consta de un cuerpo con vida vegetativa, sensitiva, y un espíritu con vida afectiva, intelectual. . . .

Todo constituye una "totalidad". Es lo que hemos denominado el "sí mismo integral".

1. *El alma, según Platón.*

El precepto grabado en el templo de Apolo, en Delfos, "Conócete a ti mismo", obligaba a los filósofos a explicar qué se entiende por el "ti mismo".

Bien sabido es que Platón entendía por el "sí mismo" el alma (*psykhe*), por contraposición al cuerpo. En realidad, para Platón el "alma" era, propiamente hablando, el "hombre". Así, en el diálogo *Alcibíades*, I, nos dice que "el precepto de conocerse a sí mismo se refiere, no precisamente al cuerpo, sino al alma: lo que se nos recomienda es conocer al alma" (*Alcibíades*, I, 130, *e*). Allí, con clari-

dad, excluye que el hombre sea el cuerpo o alguno de sus miembros. "El alma es el hombre" (ibíd., 130, *c*).

En el *Fedón*, Platón contrapone la inmortalidad del alma a la del cuerpo mortal.

Platón parece reconocer tres clases de alma en el hombre: vegetativa, sensitiva y racional. El alma que correspondería, según Platón, al "sí mismo" se refiere sólo a la superior, es decir, la racional. Ésta sería, según Platón, la "esencia" del hombre, el "sí mismo" a que se refiere el precepto de Delfos.

2. *Los filósofos escolásticos.*

Según la mayoría, el hombre tiene *un solo principio vital o alma*, que cumple las funciones vegetativa, sensitiva y racional.

Como se puede comprobar, el término "alma" es complejo, y lo más característico a que se apunta es su naturaleza de "principio vital" de todo hombre. Es claro que, por la unión íntima entre el alma y el cuerpo en el hombre, se realizan múltiples actividades vitales, y, por ello, entre éstas se distinguen niveles de vida inferior, como el vegetativo y superiores, cuales son el sensitivo, afectivo, intelectual, emotivo, etc. Las actividades más elevadas, como son las de la inteligencia y la voluntad y el sentimiento, con la correspondiente conciencia del "sí mismo". En todas ellas nos muestra su relativa independencia del cuerpo, y, por carecer de las características de la materia común (forma, medida, peso), nos revela una estructura que corresponde al concepto de espíritu, por contraposición al cuerpo material.

3. *El "sí mismo", el "centro interior" y el "alma".*

Los lectores habrán observado que en la descripción de la experiencia del "sí mismo" hemos utilizado el término

"centro interior". Esa realidad que captamos y a la cual conectamos todo lo que nos sucede en nuestra interioridad: "centro" en el cual decimos "yo" y desde el cual nos apropiamos de lo que es "mío" y distinguimos lo que no lo es.

Ese "centro interior" nos da la primera visión precisa de lo que es el "sí mismo" esencial. Y nos muestra la parte superior y más importante del alma, que Platón llama racional.

Nuestra respuesta al interrogante planteado en el título de este anexo es que el "sí mismo esencial" es lo más profundo o superior del alma, y que es reflejado por nuestra expresión de "centro interior", porque en él aparece el alma en su función más característica de *principio de unidad* de todo nuestro ser humano, como principio de unidad de todo lo que constituye el "sí mismo" integral.

En nuestra obra *Introducción a la filosofía*, parte IV, hemos tratado el problema del alma, sus actividades y su naturaleza (ps. 120-162).

ANEXO "A" DEL CAPÍTULO V DE LA PARTE PRIMERA

DINAMISMO DEL SÍ MISMO

La in-ex-in-sistencia

I

La in-sistencia como base originaria dinámica del "sí mismo"

El sí mismo, por su estructura óntica última como *in-sistencia*, tiene, según hemos visto, un dinamismo de crecimiento propio, en tres movimientos o impulsos.

Este ritmo de crecimiento en tres etapas, que se repiten en forma ascendente hacia un sí mismo más rico en su ser, surge del fondo último de la in-sistencia (ser-en-sí); es una ley general de todo ser; pero, en el hombre, por su alto grado de ser-en-sí, se cumple con una profundidad y autotrasparencia que incluye la participación conciente del ser-en-sí en su propio desarrollo. Es natural que esta participación deba realizarse conforme a la naturaleza misma de la in-sistencia, la cual constituye el marco del desarrollo propio, y sólo en él es ónticamente posible.

El alto grado de unidad óntica, que encontramos en la in-sistencia y que constituye la esencia del hombre, patentiza más explícitamente esta ley ontológica y la hace aparecer, con toda evidencia, en la experiencia humana como tal.

Esto lo hemos tratado de mostrar en nuestro estudio "El dinamismo insistencial de la esencia del hombre como

reflejo triádico del Ser", publicado en el volumen *Actualitas omnium actuum. Festschrift fur Heinrich Beck zum 60. Geburtstag. Herausgegeben von Erwin Schadel*, Ed. Peter Lang, Frankfurt, 1989.

La fórmula "in-ex-in-sistencia" fue acuñada de común acuerdo con el profesor H. Beck. Ambos coincidimos en dar a los términos in-sistencia y ex-sistencia su sentido propio, según nuestra intuición; y también en que la "in-sistencia" se enriquece con sus acciones de comunicación hacia afuera, es decir, por su "ex-sistencia". Pero, con estas bases ontológicas:

1. La in-sistencia es ónticamente la base *previa* a la ex-sistencia. Así, la primera y fundamental experiencia metafísica humana es la in-sistencia.

2. Por la apertura hacia la exterioridad (ex-sistencia), la in-sistencia no deja su interioridad, su ser-en-sí, sino que permanece en-sí firmemente.

3. Por la intercomunicación con la exterioridad, la insistencia *crece ónticamente*, es decir, se enriquece, alcanza un grado mayor de ser sí misma, y, de este modo, se encuentra siendo más sí misma, reforzando su interioridad o, mejor dicho, reencontrándose en ella con nuevo y más fuerte lazo de unión interior y con mayor impulso ascendente hacia nuevas esferas de ser.

Por ello, el ritmo triádico de in-ex-in-sistencia, en su forma ascendente, por el impulso de ser más, resulta propio del sí mismo merced a su estructura originaria de in-sistencia.

II

La in-ex-in-sistencia

Con el profesor Beck coincidimos en el avance triádico de la in-sistencia (y por ello del sí mismo) en el *Segundo*

Coloquio Internacional de Filosofía In-sistencial y Educación (16, 17 y 18 de agosto de 1981, Ed. Depalma, Bs. As., 1983).

Será útil consignar aquí el pensamiento coincidente de ambos, reproduciendo algunos párrafos centrales de nuestras comunicaciones, como fruto de nuestra concordante intuición filosófica sobre el tema.

He aquí cómo el profesor Beck sintetiza con acierto nuestra concepción: "... la «filosofía de la in-sistencia» de Ismael Quiles, se mantiene en la in-sistencia del ente como fundamento de cada existencia: cada autoexpresión, alienación y extrañación del ente supone su subsistencia e insistencia; un ser y movimiento fuera de sí mismo supone un ser dentro de sí mismo; si no, no sería un ser, que pudiera existir fuera de sí mismo. Por eso, cada ente tiene su subsistencia y firmeza fundamentalmente en su ser y centro de sí mismo, según la frase de Santo Tomás: «El ser es algo fijo y estable en el ente» (*Gent.*, I, c. 20). La filosofía de la insistencia, frente al dinamismo del extrañamiento en nuestro tiempo, llama a retornar a la firmeza de la interioridad del ser, en la cual se encuentra orden, sentido y medida, y la que responde a la provocación y necesidad de nuestro tiempo".

"Pero, la filosofía de la «insistencia» no debe ser entendida como un pensamiento, según el cual el ser se comporta como algo estático-rígido; sino que, aceptando sintéticamente la verdad parcial de la filosofía de la existencia, el ser ha de considerarse como un movimiento fijo y estable, radicado en su carácter como acto, y que conduce hacia la perspectiva de una «Analogía de la Trinidad Divina»; el Ser ni es inmóvil y cerrado en sí mismo, ni es un movimiento desarraigado, sino un movimiento circular (o espiral) que va fuera de sí mismo y retorna a sí mismo. En este sentido intentamos formular una «filosofía de la in-ex-in-sistencia»" (ps. 1 y 2).

Por mi parte, expuse el proceso que surge del fondo de la in-sistencia o del sí mismo en estos términos:

— A veces podría parecer que el término mismo "in-sistencia" (al poner de relieve la interioridad, el ser-en-sí, de la esencia del hombre) presenta a éste como un ser cerrado sobre sí mismo, celoso de guardar su individualidad, y se olvidaría el aspecto social de la relación con otras personas y con el mundo material. Más de una vez me han propuesto esta duda en mis conferencias algunos oyentes. Pero ya saben muy bien ustedes, que conocen la filosofía in-sistencial, que la interioridad de la in-sistencia lleva en sí misma, por su esencia, la raíz de la vivencia con el exterior (es por su esencia y se experimenta con-viviente). Los extensos análisis de "in-sistencia y mundo", "in-sistencia y prójimo", "in-sistencia y Dios", en mi obra *Más allá del existencialismo* (Ed. Miracle, Barcelona, 1ª ed., 1958; incluída en "Obras completas", vol. 1, Depalma, Bs. As., 1978), son claros y definitivos al respecto. Allí quedó acuñado el término "inter-in-sistencia", que por sí mismo es elocuente. En el Coloquio citado, el Dr. Caturelli ha hecho una aplicación muy rica en contenido de la "inter-in-sistencia" al diálogo entre el educador y el educando, por serlo entre "personas" o "in-sistencias". La verdad es que a mí mismo me ha recordado la aplicación de muchos de mis textos al caso del diálogo profesor-alumno (ps. 62-67).

Un aporte de gran interés también para aclarar y completar este aspecto de la interioridad-in-sistencial, es el análisis del dinamismo dialéctico del ser-interior hacia el exterior, y viceversa. La concepción de la ex-in-sistencia propuesta por el profesor Beck para aplicarla a la educación, me ha llenado de satisfacción al comprobar la coincidencia del significado que él atribuye a la "in-sistencia" con el mío, incluso en la terminología misma. Nos ha confirmado en la propiedad del término "in-sistencia" para expresar la esencia del hombre como interioridad. Como para nosotros la

in-sistencia no es cerrada sobre sí misma, sino, al revés, precisamente por ser in-sistencia está abierta, y la in-sistencia misma es la posibilidad metafísica de esta apertura (existencia), no pensamos que fuera necesario explicitar el aspecto de "ex-sistencia"; pero, sin duda, es conveniente subrayarlo con más frecuencia.

El mismo proceso de la Trinidad, en el cual Beck, inspirado por San Agustín, encuentra una analogía para el dinamismo del alma, nos muestra que: 1) Todo parte de la "interioridad", "in-sistencia" o "en-sí", que es el Padre. 2) Éste engendra a uno distinto de sí, aunque totalmente igual en la naturaleza divina; sin dejar de estar-en-sí, "sale de sí" en el Otro de Sí al engendrarlo; se da hacia afuera de sí, *ex-sistencia.* 3) La dialéctica in-sistencia-ex-sistencia, la relación entre el Padre y el Hijo, es el Espíritu Santo, Amor entre las dos primeras personas. Éste es un verdadero dinamismo interno y eterno de Dios, que comienza en el Padre (ser-en-sí, in-sistencia), sigue en el Hijo (ser-en-otro, existencia) y retorna al Padre por el Espíritu, Amor (vuelta a la *in-sistencia* que así se realiza en sí misma para seguir el proceso eternamente).

Como es fácil comprobar, por la misma analogía con estas tres fases, si queremos mantenerlas: 1) se parte de la interioridad (in-sistencia); 2) sin dejar de ser sí misma y de estar en-sí-misma, la interioridad se abre a la exterioridad (ex-sistencia); 3) de ésta vuelve necesariamente a la interioridad de sí misma para enriquecerse con más autoconciencia de sí y autoafirmarse más frente a lo otro (in-sistencia), para abrirse mejor de nuevo a la ex-sistencia . . .

Si queremos sintetizar el proceso dinámico debemos comenzar por la in-sistencia, pasar a la ex-sistencia y retornar a la in-sistencia; la fórmula completa debería ser *in-ex-in-sistencia.*

Pero es suficiente mantener el término de la esencia original *in-sistencia*, ya que ésta es el germen y la activa-

ción del proceso de la interioridad, exterioridad y realimentación de la interioridad, para una más conciente exterioridad.

III

El amor como origen del crecimiento y culminación del sí mismo esencial e individual (personalización)

Agrego una cita más de mi exposición en el citado Segundo Coloquio de Filosofía In-sistencial.

"No puedo dejar de referirme a uno de los aspectos evocados en este Coloquio y sobre el cual hay todavía un vacío en mis análisis de la in-sistencia. Aún no le llegó su turno, pues se alcanza ahí la cúspide del ser: *In-sistencia y amor.* Debo agradecer que se hayan mostrado las ricas proyecciones que la in-sistencia incluye en su ontología al demostrar que la estructura de centro interior conlleva una esencial apertura, no teórica ni retórica, sino ontológica, hacia los otros centros interiores, en especial al centro supremo: Dios. Yo he hablado desde un principio de la inter-in-sistencia y varios de los participantes han hecho referencias valiosas de ella para iluminar el proceso de la educación.

"Pero cuando se dice expresa y explícitamente que la in-sistencia, por su gravitación óntica, alcanza su realización suprema en el acto de amor, es cuando se ha puesto en primer plano la meta final de la in-sistencia, la paradoja de la autorrealización óntica suprema, por la entrega suprema del sí al tú, por el amor.

"La educación in-sistencial es educación para la personalización esencial, la plenitud esencial: ser-en-sí, paz del corazón, libertad y amor" (ps. 222-229).

En estas páginas hablamos de in-sistencia, de personalización y del ser sí mismo como sinónimos, es decir, con

el mismo contenido significativo. Además nos referimos, pòr supuesto, al *sí mismo esencial e individual*.

Nuestro interés principal es subrayar que el *punto de partida metafísicamente necesario* es la estructura óntica de la in-sistencia, en la cual está ya contenido el *impulso de ser más sí mismo*, y, por ello, el proceso adecuado al efecto, es decir, el acto de comunicación con la exterioridad por la ex-sistencia, para luego retornar al sí mismo siendo más. Este ritmo continúa con nuevas etapas en proceso ascendente.

Aunque en realidad ni el término "ex-sistencia" ni el "retornar" expresan con propiedad la realidad de nuestra experiencia óntica insistencial.

Porque en su verdadero significado la "existencia" dice "estar afuera", cosa que no sucede con el "centro interior", que siempre está en sí, y por lo mismo es impropio hablar de "retorno", pues de hecho no ha salido de sí.

Lo que sucede en verdad es que el "sí mismo", *por un dinamismo interno propio*, establece una relación o contacto activo con el objeto exterior o con otra in-sistencia, y este contacto (sea por conocimiento o por influencia real mutua) produce una trasformación en su propia interioridad óntica, trasformación que puede ser positiva o negativa según le haga crecer o disminuír en su ser, integrar más su sí mismo o desintegrarlo hacia un nivel inferior en su ser.

De hecho, pues, no hay, propiamente hablando, ni simple "ex-sistencia" del sí mismo, ni simple retorno a sí mismo, sino un proceso óntico en el interior del sí mismo, un movimiento de su ser en "intercomunicación" con "otros" seres, sobre todo con "otras" "in-sistencias".

Por ello, usamos ya el término "inter-in-sistencia" en nuestra obra *Más allá del existencialismo* (E. Miracle, Barcelona, 1ª ed., 1958).

ANEXO "B" DEL CAPÍTULO V DE LA PARTE PRIMERA

"SER SÍ MISMO" Y "NEGARSE A SÍ MISMO"

I

EL PROBLEMA

1. *Ser "sí mismo": mi experiencia y mi pregunta.*

Es un hecho que yo me experimento a mí mismo, mi mismidad, mi ser "sí mismo".

También es un hecho sobre el cual naturalmente me pregunto ¿qué es el "sí mismo"?

Mi respuesta ha sido la descripción de los hechos de mi experiencia, sobre todo de mi experiencia interior. Según éstos, confirmo mi impresión de que mi ser también me presenta y me proyecta un "sí mismo" ideal, que querría ser y por eso me interrogo "cómo ser mí mismo".

En la presente obra hemos tratado de reflexionar cada vez más, gradualmente, sobre nuestra experiencia de buscar en qué consiste ser mí mismo y de contestar a la pregunta cómo ser "sí mismo".

Ésta es mi experiencia, y, de hecho, compruebo que es la de todos los diferentes seres humanos que me rodean.

2. *¿Negarse a sí mismo?*

Pero hay algunos filósofos y maestros espirituales que proclaman el principio de "negarse a sí mismo", como medio para alcanzar el verdadero ser, la paz y el dominio de sí

mismo. Entre estos filósofos y maestros debemos señalar tanto algunos orientales como también occidentales.

Acerca de los primeros, hemos de nombrar principalmente a los budistas. Para ellos el "verdadero yo" es el "no-yo", el cual, a su vez, es la "nada". Para comprender este principio, y así alcanzar la iluminación, es necesario librarse del error de creer en el "sí mismo", en el yo-sujeto, ya que de esta manera se alcanza la verdadera liberación de la ignorancia y, por consiguiente, la realización de la paz y serenidad ideal a que todos aspiramos.

Entre los filósofos occidentales no han faltado también algunos para quienes el "yo" de nuestra experiencia es una ilusión subjetiva, pues en realidad no existe tal "yo" o "sujeto" de mis actos, sino sólo el conjunto de mis actividades que me parece hacer o sufrir. Entre ellos citemos a Hume, Locke y su escuela.

Mi respuesta, a unos y otros, orientales y occidentales, es la misma.

Si un hecho de experiencia tan inmediata como la vivencia del "sí mismo" es ilusorio, debo aceptar un escepticismo universal, ya que se trata del hecho más comprobado y permanentemente comprobable. Entonces nada tendría sentido en la vida, lo cual es rechazado por nuestro ser mismo.

Aunque no se lo quiera llamar así, de hecho estamos ante una actitud lógicamente *nihilista*, que anula todo sentido de la vida. (Sobre el budismo y las posibilidades de una interpretación práctica de su doctrina, se puede ver nuestra obra *Filosofía budista*, Troquel, Bs. As., 1ª ed., 1968, ps. 73-136).

3. *El "sí mismo" como subjetivismo aislante del mundo exterior.*

Hay otros pensadores que consideran peligroso poner el acento en la esencia del "sí mismo" como si éste fuera

la última realidad del hombre, porque, en tal caso, lo encerraría en una interioridad subjetivista, aislada en el vacío, sin posibilidad de comunicarse con el mundo exterior. Esto significaría un aislamiento imposible de soslayar o superar. Quedaríamos como anacoretas separados de todo lo exterior, habitando un mundo interior fabricado por nuestra propia imaginación.

La respuesta a esta acusación de exceso de interioridad, la hemos dado en forma explícita y con amplitud, en nuestra descripción de la experiencia humana propia, en la cual comprobamos que tenemos un "sí mismo esencial", pues en su "centro interior" se halla permanentemente el impulso y la posibilidad de comunicación con las realidades *circundantes* de la vida, del mundo, del prójimo y de la trascendencia absoluta de Dios.

(Remitimos a los lectores a los análisis sintéticos que presentamos en esta obra —capítulo IV, "El «sí mismo» y «su circunstancia»"—, y en especial a nuestra obra *Antropología filosófica in-sistencial*, Depalma, 1978, "Obras completas", vol. 1. Sobre la relación de la in-sistencia con el mundo, el capítulo II, "In-sistencia y mundo").

II

Sentido ambiguo de la expresión "negarse a sí mismo"

Esta expresión tiene un significado que aparece como contradictorio en sí mismo, y más todavía aplicado a la esencia del hombre. En realidad, la experiencia del ser humano nos revela un fuerte impulso a desarrollarse de acuerdo con su naturaleza. Esto significa afirmarse, con la tendencia a crecer, a ser más.

El hombre tiene conciencia de "sí mismo" y siente el impulso óntico de "conocer" la verdad, la belleza y el bien,

así como el de realizar lo bueno para su ser: "Ser sí mismo" en Oriente y en Occidente significa "autorrealización", es decir, cumplir con lo que nuestra realidad nos pide ser para sentirse mejor.

Ser para no ser nada es una contradicción sin significado alguno en su sentido, simple vacío de palabras que resuenan sin decir nada.

Los filósofos nos muestran que en el fondo del hombre aparece su ideal, y éste, en cierto modo, nos exige aspirar a él para lograr en lo posible nuestra autorrealización. Como si nos dijera permanentemente "aquí estoy", "aquí estoy", "aquí estoy"...

Hemos sintetizado así, en otra parte, la filosofía de la vida:

"En realidad, la naturaleza misma del hombre, el dinamismo esencial de ese yo que encontramos en el estar en soledad, ya nos adelanta una solución positiva. Bástale «guardar fidelidad» a las exigencias íntimas de nuestro ser, respetar su dirección ontológica para colocarse en la ruta y llegar hasta el fin.

"Entonces podremos recuperarnos para el ser y para la vida y comprobar que no marchamos en las tinieblas y en las sombras hacia la nada y hacia la muerte;

"que no somos para la muerte, sino para la comunicación;

"que no somos para la muerte, sino para la vida; que no somos para la nada, sino para la plenitud" (*Filosofía y vida*, Depalma, 1983, p. 52).

Frente a este impulso de ser "sí mismo", algunos filósofos y ascetas oponen, aconsejan y aun exigen el "niégate a ti mismo". Se debe tener en cuenta el sentido preciso en que lo dicen, y para ello hay que discriminar las diversas significaciones que puede tener la expresión "ser sí mismo". De lo contrario se entiende mal y se aplica peor la fórmula ambigua "negarse a sí mismo".

Tres son los sentidos de "ser sí mismo" que nos interesan en este caso.

1. *El "sí mismo" esencial: imposibilidad de negarlo.*

"Ser-sí-mismo" tiene todo un sentido de lo que "es en sí", *la realidad más profunda* del hombre, aquella por la cual el hombre es hombre, según aclaramos en su lugar. Es su núcleo real más profundo, que en filosofía se denomina la esencia. Nosotros la hemos llamado el "sí mismo esencial" para distinguirlo y contraponerlo al "sí mismo integral" o a la totalidad de lo que es el hombre, cada hombre.

En este sentido, señalamos la esencia del hombre (filosóficamente hablando a ella nos referimos en el plano metafísico real u óntico del hombre).

Ahora bien, en este plano, el más real y profundo del hombre, no se puede pensar en "negarse a sí mismo", porque el hombre no puede dejar de ser hombre para ser otra cosa que no sea hombre.

Es una contradicción, una utopía. Al nacer recibimos nuestro "sí mismo" para siempre, determinado e inmortal, y nuestro ideal es cumplir lo mejor posible lo que es nuestra esencia.

Así como el rosal es rosal porque tiene su esencia, la "rosidad" y su ideal no es negarse a sí mismo para ser peral u otra cosa cualquiera, sino ser de una vez su esencia de rosal lo más perfecta posible, por siempre "rosal". Ser "sí mismo" es ser siempre y cada vez mejor rosal.

En este sentido decimos que el hombre nace con su esencia de ser humano, y querer negar su esencia humana es un imposible y un sinsentido.

2. *El "sí mismo" individual: imposibilidad de negarlo.*

Pero el "sí mismo" esencial, yo lo he recibido con mis características de "tal individuo determinado"; en ese yo que yo soy por nacimiento, distinto de todos los demás, inconfundible e intrasferible, con mis cualidades características propias, perfecciones y defectos, en mayor o menor grado: inteligencia, voluntad, memoria, sentido estético, buen o mal humor, salud, etc. Cada individuo es su propio yo y no lo puede cambiar con otro individuo. Puede cultivarse, mejorarse, pero no puede ser otro, y en el fondo es siempre "sí mismo".

Tampoco en este plano puede tener sentido alguno la expresión "negarse a sí mismo", por mucho que se quiera; si soy rosal no me puedo cambiar con otra planta, ni siquiera con otro rosal. Por lo mismo, por mucho que quiera negarme a mí mismo no conseguiré cambiarme para ser un ser de otra especie, ni siquiera para ser otro individuo humano diferente.

Puedo, repito, desarrollarme más, mejorarme, pero ser "otro" es un sinsentido, un imposible. Más bien lo que corresponde en la realidad es aceptarme a mí mismo como soy y estudiar mis propias posibilidades para mejorar y perfeccionar mi individualidad, que no la puedo cambiar por la de otro y menos anularla. Es decir, en todo caso es mejor este "sí mismo" mío, que tengo y que puedo perfeccionar, porque otro es imposible, y sólo negarlo es una empresa absurda.

Con su estilo preciso describe San Agustín la imposibilidad de negar el sí mismo, que adondequiera nos acompaña: "¿Adónde podría mi corazón huír de mi corazón? ¿Adónde podría huír de mí mismo? ¿Adónde no me seguiría yo a mí mismo?" (*Conf.*, IV, 7, 23).

Recomendamos el excelente estudio del filósofo Romano Guardini: *La aceptación de sí mismo y las edades de*

la vida, para enriquecer y perfeccionar nuestro "sí mismo" con sus virtudes y defectos reales.

3. *El "sí mismo" moral: sentido de su afirmación y de su negación.*

Llegamos así al "sí mismo" moral, que consiste en el modo de perfeccionar nuestro "sí mismo" esencial e individual.

Precisamente, en la presente obra tratamos de concretar el método de perfeccionar el sí mismo moralmente, y éste es el tercer sentido que debemos tener en cuenta cuando hablemos de la "negación del sí mismo".

La conciencia moral surge en el hombre por su esencia de ser-en-sí, su ensimismamiento, o in-sistencia, que se manifiesta en nuestra experiencia como "centro interior".

Consiste en que nos damos cuenta de que nos damos cuenta —es decir, que tenemos conciencia de la conciencia—; que tenemos un conjunto de impulsos para actuar y que algunos de ellos ayudan a integrar nuestro "sí mismo" esencial, y otros, al revés, llevan a la desintegración. Los primeros los sentimos como buenos, positivos, integrantes, es decir, que nos hacen crecer en nuestro propio ser y nos producen satisfacción, paz y bienestar pleno. Los impulsos desintegrantes los experimentamos tal vez con placer inicial que nos atrae; pero, en el fondo, sentimos que disminuyen nuestro ser, son atomizadores de nuestro "sí mismo esencial e individual", y por eso los consideramos *malos* para nuestro mismo ser. Son causa de insatisfacción, nos hacen sentir mal.

Así aparecen en nuestro interior como dos haces generadores de impulsos antagónicos: uno, de los integrantes que refuerzan mi ser y me dan mayor plenitud de ser mí mismo; y otro, de los desintegrantes que disminuyen la coherencia de mi ser, mi verdadera fuerza, y en el fondo

me atormentan, en vez de darme plenitud, satisfacción de ser mí mismo.

Todos tenemos conciencia de estas dos fuerzas antitéticas, entre las cuales nuestro yo, nuestro "centro interior", debe constantemente discriminar cuáles son en verdad los integrantes del "sí mismo" y cuáles lo anulan en mayor o menor grado. En este acto de discriminación sentimos la responsabilidad, la obligación de comprobar y elegir entre los impulsos que son integrantes (me hacen "ser más", "ser mejor") y de controlar y rechazar los que me desintegran (me hacen peor, ser menos yo mismo).

Esta lucha la polarizan los ascetas entre el cuerpo y el espíritu, entre el hombre carnal y el hombre espiritual. Pero, en realidad, es la totalidad de nuestro ser, compuesto de materia y espíritu, que constituyen una unidad compleja, la que muestra esos dos polos en una tensión interior, tanto en sus estratos materiales o corporales como en los espirituales.

4. *El verdadero "negarse a sí mismo".*

Aquí es donde cobra sentido pleno la fórmula o el consejo de "negarse a sí mismo", es decir, negar o reprimir los impulsos de nuestro ser que tienden a desintegrar, a negar nuestro propio ser, anulándonos, enajenándonos y por ello, en realidad, actuando contra nuestro "verdadero sí mismo".

En fin, es ese polo "negativo del sí mismo" el que se tiene en la mira cuando el filósofo, el maestro espiritual, el asceta, nuestra propia conciencia, nos aconsejan negar cuando nos hablan de negarse a sí mismo: negar, es decir, controlar y reprimir los impulsos negativos que surgen también en el fondo de nuestro ser imperfecto en algunos aspectos, y por ello sentimos la obligación de cercenarlos, orientarlos, corregirlos.

Pero esto, en realidad, *es ser más* nuestro "sí mismo". Es controlar nuestro "sí negativo" para que crezca nuestro "verdadero sí".

Remitimos también a una de nuestras obras, *La persona humana*, en la cual describimos esa doble tendencia que surge en el fondo de nuestro ser, debido a que somos personas imperfectas y, por tanto, participamos de esa doble tendencia hacia el ser y el no-ser, el bien y el mal (*Explicación de la tragedia inmanente a la persona humana*, 4ª ed., Depalma, 1980, ps. 243-270). Es a esa parte negativa del sí-mismo a la cual se apela cuando se nos exhorta a "negarse a sí mismo".

5. *El egoísmo.*

Algunos temen que el precepto de conocerse a sí mismo y nuestra obligación de ser sí mismo caiga en el egoísmo.

El egoísmo no es el centrarse en sí mismo, sino la exageración de esa necesaria interioridad o interiorización en sí, sobre todo cuando llega hasta el daño y el desprecio de los demás, y más aún, al olvido y la negación de Dios. El egoísmo es el amor desordenado de sí mismo. No es, pues, el amarse a sí mismo, sino el hacerlo "desordenadamente". En realidad, tenemos que amar a todas las cosas y a todos los seres, como hemos dicho repetidamente en esta obra, pues el amor debe abrazar a todo lo creado, en especial al prójimo y a Dios. Es la coronación y realización máxima del sí mismo. Pero, después de Dios, debemos comenzar por amarnos a nosotros mismos, según el orden que Dios ha puesto en la creación y la naturaleza que Dios nos ha dado.

6. *La perfecta abnegación de sí mismo.*

He aquí cómo la define un maestro de la perfección cristiana:

"El desprendimiento real o afectivo de todas las cosas creadas es muy importante y absolutamente indispensable para llegar a la perfección cristiana. Pero poco importaría desprenderse de los lazos de las criaturas exteriores si nuestro espíritu no lograra desembarazarse también de nuestro propio yo, que constituye el mayor de los obstáculos para volar libremente a Dios" (*Teología de la perfección cristiana*, A. Royo Marín, B.A.C., Madrid, 1968, p. 388).

Sin embargo, lo que aquí se entiende por el "propio yo" no es el simple amor de sí mismo, sino el "desordenado", que sacrifica el bien de los demás al propio y, sobre todo, olvida el amor a Dios y el amar al prójimo por Dios.

Por eso, el mismo autor citado continúa diciendo:

"Santo Tomás afirma que el egoísmo o amor desordenado de sí mismo es el origen de todos los pecados. Y lo razona diciendo que todo pecado procede del apetito desordenado de algún bien temporal; pero esto no sería posible si no amáramos desordenadamente nuestro propio yo, que es para quien buscamos ese bien; de donde es manifiesto que el desordenado amor de sí mismo es la causa de todo pecado (*S. th.*, I-II, 77, 5). De él proceden las tres concupiscencias de que habla el apóstol San Juan (I, Io, 2, 16): la de la carne, la de los ojos y la soberbia de la vida, que son el resumen y compendio de todos los desórdenes" (o.c., p. 388).

Pero, obsérvese cómo lo que se desaconseja —o, mejor, se aconseja negar— es el amor desordenado, no simplemente el amor de sí mismo.

Lo mismo digamos de la célebre enseñanza de San Agustín:

"Dos amores han levantado dos ciudades: el amor propio, llevado hasta el desprecio de Dios, la ciudad del mundo; el amor de Dios, llevado hasta el desprecio de sí mismo, la ciudad de Dios. La una se gloría en sí misma; la otra en el Señor" (o.c., ps. 388-9).

7. *Autocontrol y abnegación de sí mismo.*

Ahora bien, este orden del ser, de las cosas, de Dios y de mi mismo ser, me exige que ante todo controle los impulsos desordenados que me atraen a las cosas, todas impidiéndome incluso amar a Dios sobre todas las cosas y a todos en Dios.

Así, pues, la verdadera abnegación de sí mismo consiste, de hecho, en este autocontrol de todo lo que en mí me hace esclavo y dependiente de una atracción "desordenada", es decir, desintegrante, cuales son aquellas cosas que me apartan de mi centro último, que es Dios.

En realidad, toda atracción desmedida, o todo impulso desintegrante, aunque se llame amor desordenado, en realidad no es amor sino la negación del amor, y por eso es en realidad la negación y el olvido del verdadero "sí mismo".

Este amor ordenado universal a todos los seres y a mí mismo, centrado en Dios, es justamente *el precepto del amor que Cristo nos ha enseñado en el Evangelio*, cuando contestó a la pregunta del maestro de la ley sobre el "primer precepto": "Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente.

"El segundo es semejante a éste: amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Mt., 22, 18-19).

Aquí Cristo nos enseña, en especial, cómo llegar a la autorrealización del hombre:

1) el amor a Dios;
2) el amor a sí mismo, como medida del
3) amor al prójimo.

8. *El amor y la cruz cristiana.*

Pero esta autorrealización del hombre por el *amor ordenado*, requiere siempre el debido *autocontrol* para recha-

zar todas las atracciones desordenadas y cortar todas las ataduras desordenadas, dominándose a sí mismo para ser más dueño de sí mismo. Ello exige renunciamiento, es decir, negación de muchas cosas y acciones que a veces nos gustan, pero de hecho nos desintegran. Ello es difícil, y, por eso, es necesario el entrenamiento en el autocontrol, exigido por el auténtico "sí mismo". Renunciamiento es abnegación de lo que a veces me gusta desordenadamente. Eso es cruz y mortificación, como quien dice "morir en la cruz". Y éste es el profundo sentido de las palabras de Cristo, que algunos interpretan en sentido negativo o de simple renunciamiento: "si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome cada día su cruz y sígame" (San Lucas, IX, 23).

En realidad, esta *abnegación de sí mismo*, renunciando a los afectos desordenados, es una verdadera cruz permanente de cada día. Pero es el camino para la gran alegría y resurrección del auténtico "sí mismo" de cada día, para que nuestra vida sea una gloria y una resurrección, con paz y libertad interior.

Renunciar a lo desordenado es cruz, pero, a la vez, es el medio de poseer con libertad todo lo que ha sido creado para nuestro bien, es decir, para nuestra autorrealización, para nuestra salvación, o "sí mismo".

Siguiendo el mismo pasaje citado (Luc., 9, 23), Cristo vuelve a poner el acento en la salvación del "sí mismo" con la célebre advertencia: "¿De qué le sirve al hombre haber ganado el mundo entero, si él mismo pierde o se arruina?" (Luc., 9, 25). Es de notar que el texto griego de Lucas usa el mismo término griego (*eautón*) empleado por los filósofos griegos para significar el "sí mismo", lo más esencial del hombre, repitiendo el término del precepto escrito en el templo de Delfos: "Conócete a ti mismo". Los evangelistas Mateo (16, 26) y Marcos (36, 37) usan el término "alma" (*psyché*).

No es otro el sentido de la experiencia mística, de la felicidad inefable de los grandes místicos, quienes nos enseñan, de hecho, a ser verdaderos dueños de nosotros y de todas las cosas. Trascribimos el canto de San Juan de la Cruz, quien aunque usa un estilo paradójico, no intenta, como dice el autor de la *Teología de la perfección cristiana*, "aniquilar las tendencias naturales de nuestra voluntad sustituyéndolas a su objeto y dejándolas suspendidas en la nada (lo que sería *contra* el verdadero "sí mismo"), sino orientarlas hacia Dios, hacer de Dios el objeto único de ellas, reduciendo así sus fuerzas a la unidad" (o.c., ps. 387-88).

Modo de tener al Todo.

Para venir a saberlo todo
no quieras saber algo en nada.
Para venir a gustarlo todo
no quieras gustar algo en nada.
Para venir a poseerlo todo
no quieras poseer algo en nada.
Para venir a serlo todo
no quieras ser algo en nada.

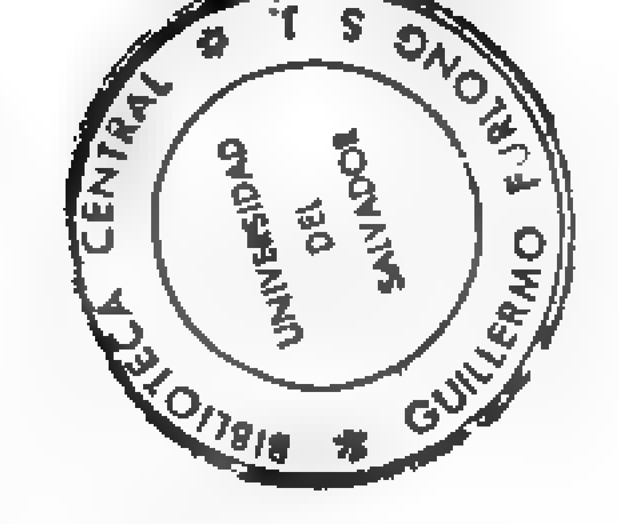
Modo para no impedir al Todo.

Cuando reparas en algo
dejas de arrojarte al todo.
Porque para venir de todo al todo
has de dejar del todo al todo.
Y cuando lo vengas todo a tener
has de tenerlo sin nada querer.
Porque si quieres tener algo en todo
no tienes puro en Dios tu tesoro.

(Obras de San Juan de la Cruz, tomo I, p. 2, Editorial Poblet, Bs. As., 1944).

Entonces somos "*verdaderamente sí mismos*", estamos en verdad libres en nuestro corazón, vemos a Dios en todo, el brillo de su luz, su bondad y su belleza y tenemos la paz y señorío interior, un "sí mismo" libre, que podrá estar más allá de todo y sobre todo, porque está verdaderamente en-sí-mismo y en Dios.

Es una aparente paradoja, porque sólo hay contradicción en las "fórmulas", pero en realidad de la negación de lo que "desintegra" al sí mismo y de la afirmación de lo que lo "integra"; en esto consiste la auténtica autorrealización, perfección y felicidad: el verdadero "ser sí mismo".



ANEXO "C" DEL CAPÍTULO V DE LA PARTE PRIMERA

EL HOMBRE Y EL HUMANO *

Lo incluímos en este volumen porque precisa, de manera especial, la esencia del sí mismo "humano".

La pregunta a la cual intentamos dar una respuesta, sobre la diferencia entre el "hombre" y el "humano", la "hominización" y la "humanización", ha sido formulada por el ing. Osvaldo Martínez, dentro del esquema de la evolución de la vida, en su trabajo *Hominización, humanización*, presentado en el II Simposio Europeo-Latinoamericano de Antropología Filosófica, realizado en Tübingen (Alemania) en octubre de 1984 y publicado en "Universitas" (Revista Trimestral Alemana de Letras, Ciencias y Arte), vol. XXII, nº 1, setiembre de 1984, ps. 29-36.

Bien sentimos todos que la situación espiritual de la humanidad es paradójica y angustiante en nuestros días. Por un lado el milagroso progreso racional, científico y tecnológico, y por otro grandes ataques perpetrados contra la vida, la salud, la libertad y el bienestar integral de los seres humanos. Hecho que preocupa y angustia a toda la humanidad, hasta el temor de una hecatombe total. La situación nos interpela a todos para la búsqueda de interpretaciones, comprensiones y soluciones.

Vamos a tratar de contribuír al tema de nuestro Coloquio ensayando respuestas a estos graves interrogantes:

* Presentado en el IV Coloquio Internacional de Filosofía In-sistencial, realizado en la Universidad de Bamberg, Alemania, del 1 al 6 de setiembre de 1986, con el título *In-ec-in-sistencia, el hombre y el humano* (ver la bibliografía final).

¿Por qué el hombre es con frecuencia inhumano, tan inhumano? ¿Cuál es la diferencia entre el hombre y el humano? ¿Cómo acercarse a la etapa del humano?

Con este objetivo recordaremos primero la aparición del hombre en las etapas de la evolución cósmica, luego analizaremos la esencia del hombre en su estado actual y finalmente trataremos de vislumbrar el ideal del humano.

I. *Aparición del hombre en el proceso de la evolución cósmica.*

Se trata de la primera base de reflexión sobre el hombre y su evolución. Vamos a resumir la reconstrucción que nos ofrece un científico y filósofo, Teilhard de Chardin. La consideramos particularmente instructiva a nuestro propósito [1].

Creemos que lo mejor es reproducir la página palpitante en la cual describe Teilhard la aparición del hombre, la "hominización": "À la fin du Tertiaire, depuis plus de 500 millions d'années, la température psychique s'élevait dans le monde cellulaire. De Branche en Branche, de Nappe en Nappe, avons-nous vu, les systèmes nerveux allaient, *pari passu*, se compliquant et se concentrant. Finalment s'était construit, du côte des Primates, un instrument si remarquablement souple et riche que le pas immédiatement suivant ne pouvait se faire sans que le psychisme animal tout entier ne se trouvât comme refondu, et consolidé sur lui même. Or le mouvement ne s'est pas arrêté: car rien, dans la structure de l'organisme ne l'empêchait d'avancer. A l'Anthropoide, porté «mentalement» à 100 degrés, quelques calories encore

[1] Las dos obras básicas al respecto son: *Le phénomène humain*, Seuil, Paris, 1955, y *La place de l'homme dans la nature*, publicada por primera vez con el título *Le groupe zoologique humain*, Albin Michel, Paris (1923 y 1955). El estudio científico de la paleontología humana se halla en *L'apparition de l'homme*, Seuil, Paris, 1956.

Hay traducciones al castellano por Ed. Taurus, Madrid, 1962, 1963 y 1967, respectivamente.

ont donc été ajoutées. Chez l'Anthropoide, presque parvenu au sommet du cône, un dernier effort s'est exercé suivant l'axe. Et il n'en a pas fallu davantage pour que tout l'équilibre intérieur se trouvât renversé. Ce qui n'était encore que surface centrée est devenu centre. Pour un accroissement «tangentiel» infime, le «radial» s'est retourné, et a pour ainsi dire sauté à l'infini en avant. En apparence, presque rien de changé dans les organes. Mais, en profondeur, une grande révolution: la conscience jaillissant, bouillonnante, dans un space de relations et de représentations supersensibles: et, simultanément, la conscience capable de s'apercevoir elle-même dans la simplicité remassée de ses facultés, tout cela pour la première fois" [2].

Ha aparecido el hombre. Se ha realizado la "hominización". La evolución ha dado un salto de cero al infinito: la reflexión, "la conscience capable de s'apercevoir elle-même dans la simplicité ramassée de ses facultés" [3].

Es interesante resumir los rasgos esenciales, la diferencia específica del hombre: ante todo la reflexión, el conocerse a sí mismo, "la conscience capable de s'apercevoir elle-même", la interioridad ("la vie intérieure"); centro psíquico de reflexión una vez replegado sobre sí mismo ("centre psychique refléchi une foi ramassée sur lui-même"); y que tiende a centrarse más en sí mismo ("se centrer plus outre sur soi"). "Le 'je' dans et par la Personnalisation" [4].

"La naissance de l'intelligence corresponde à un retournement sur lui-même... de l'être tout entier" [5].

He aquí cómo Teilhard, al señalar los rasgos específicos del hombre, vuelve sobre su carácter exclusivo frente al

[2] *Le phénomène humain*, ps. 185-186. Teilhard señala en nota a este pasaje: aquí se puede insertar la "intervención especial" "creadora" de Dios. Ver nuestra *Introducción a Teilhard de Chardin*, p. 46.

[3] Ibíd., p. 186.

[4] Ibíd., p. 190.

[5] Ibíd., p. 188.

animal de "reflexión", "conciencia", "interioridad", "vuelta consciente sobre sí mismo", "centro", etc., coincidentes, como es fácil de comprobar, con nuestra concepción de la esencia del hombre como in-sistencia, estar-en-sí, la "*reditio completa*".

II. *Exigencia óntica de autorrealización en el hombre.*

Teilhard ha señalado bien el núcleo central de la esencia del hombre: la reflexión o la conciencia de sí. Ha tenido buen cuidado de observar que todas las múltiples actividades que brotan, como de una surgente que explota desde dentro y todas las múltiples experiencias de que se ve rodeado en el Cosmos las centra a su vez en ese núcleo esencial de su interioridad.

Queremos agregar sólo cuatro observaciones.

1. In-sistencia. Primero que el hombre *nace* como "persona humana", es decir, como individuo humano. Por lo mismo, con la tendencia a realizar en sí la ley de "ser más" que lleva todo centro de energía en el Cosmos. El hombre es un "ser privilegiado", es "más ser" y por lo mismo más centrado en sí mismo, más ónticamente uno consigo mismo, más en-sí o in-sistencia, y por eso con autoconciencia de sí y de su impulso a ser más. Todo el dinamismo humano nace desde su origen, como del *natura prius* necesario o presupuesto metafísico de posibilidad, de este óntico ser-en-sí y de la consiguiente reflexión o conciencia del sí como del *proton on* y del *protos logos*. Esto nos muestra fenomenológicamente que la in-sistencia es el *arché* de todo ser y dinamismo de la persona, el primer *arché*, si vale la redundancia, que da su carácter específico "humano" a toda la actividad propia del hombre en cuanto tal.

2. Ec-sistencia. Además de esta originalidad esencial del ser-en-sí con que el hombre aparece, es y actúa por ser

in-sistente, experimenta el impulso óntico para autoafirmarse frente a lo otro, como distinto de sí. Con ello reafirma a la vez su propia unidad y siente la natural reacción de autosituarse frente a lo otro. Es la ley de la atracción óntica de los seres, que en el in-sistente se hace consciente y por ello es asumida desde el centro interior. Por eso el in-sistente, por su misma estructura óntica autoconsciente, posee el impulso de trascendencia, al tomar conciencia de su propio ser y del horizonte de otros seres. Por este impulso de trascendencia podemos decir que la in-sistencia tiene en sí una raíz traspersonal, es decir, sale de la subjetividad propia de la interioridad como tal, trascendiéndose a sí misma, pero sin perder su autoconciencia y mucho menos su interioridad o in-sistencia óntica. Así la in-sistencia se autotrasciende sin dejar de ser sí misma o ser-en-sí. Un impulso óntico de autorrealización en y con el otro ser fuera de sí, o existencia. Un ulterior modo de ser sí misma porque la trascendencia es la expansión ontológica de su propio ser-en-sí.

Más todavía, no sería concebible la vivencia ec-sistencial sin el previo ser-en-sí, sin esa interioridad óntica y dinámica que es la estructura originaria del hombre. No hay existencia sin previa in-sistencia. Pero debemos decir más todavía: no hay insistencia sin ec-sistencia. Porque la interioridad consciente lleva consigo la raíz de apertura, de trascendencia, de ec-sistencia.

Por lo mismo, la persona, cuya esencia primera es la interioridad óntica dinámica (in-sistencia) entraña a la vez una vertiente traspersonal cuando llega al fondo de sí misma, y nunca puede ser cerrada sobre sí, antes bien siempre metafísicamente abierta desde la subjetividad misma.

Hemos querido subrayar este aspecto, porque con frecuencia en el diálogo sobre lo personal e impersonal entre Oriente y Occidente se señala el peligro de subjetivismo o egoísmo que conlleva la esencial interioridad de la persona.

Al contrario, creemos que precisamente la persona del hombre (lo personaliza más todavía) es, por su estructura óntica misma, necesariamente abierta a la trascendencia. Esta raíz de trascendencia, propia de la persona, puede llamarse su vertiente traspersonal o impersonal o apersonal, siempre que se deje en pie la condición metafísica de la interioridad para la vivencia externa de la persona[6].

3. *In-sistencia.* Pero la realización ec-sistencial no sólo se cumple desde la in-sistencia, sino que retorna a la interioridad reforzando la in-sistencia. La auténtica existencia enriquece el ser interior.

4. *La contingencia.* Pero el impulso óntico de autorrealización no alcanza nunca la meta ideal de hombre. La *contingencia metafísica* es el signo de todos los seres creados, aunque estén dotados de interioridad consciente o in-sistencia. Por ello las facultades de que por su naturaleza está dotada toda in-sistencia humana, en especial las superiores de inteligencia y libertad, adolecen de límites y fallas en su desarrollo, y por eso en sus logros. Esta imperfección metafísica explica que la aspiración a la autorrealización del hombre adolezca de fallas y frustraciones que van contra el hombre mismo.

La autorrealización se va cumpliendo por las acciones que desarrollan e integran la esencia del hombre, su in-ec-in-sistencia. Pero, paradójicamente, debido a su contingencia, el hombre usa de su inteligencia y voluntad de modo que su dinamismo in-ec-in-sistencial no resulte en "ser más" sino en "ser menos", en desintegrarse lastimosamente, en vez de realizarse. El hombre actúa contra el hombre, el "hom-

[6] El más significativo estudio sobre el tema es la obra de K. Nishitani, *Religion and not highness*, University of California Press, Berkeley y Los Angeles, 1962. En las páginas 69-71 hace las observaciones sobre el peligro de subjetivismo que entraña el término "persona", que, por otra parte, acepta como el más apropiado y el que mejor refleja la realidad, tanto aplicado al hombre como a Dios.

bre" viene a ser "in-humano". ¿Cuándo y por qué sucede tal inversión del orden ontológico en el hombre? Vamos a ensayar una aclaración del problema a la luz de lo anteriormente expuesto.

III. *El ideal del "humano".*

1. *Acto del hombre y acto humano.*

Ante todo tratemos de aproximarnos a la diferencia específica entre el hombre y el humano.

Nos servirá de punto de partida la distinción usada en la ética entre "acto del hombre" y "acto humano" (*actus hominis, actus humanus*). El primero es aquel que es realizado efectivamente por el hombre, pero sin la debida conciencia y libertad, es decir, no ha surgido de su centro interior con las condiciones requeridas para un acto responsable, por falta involuntaria de autoconciencia, autocontrol y autodecisión. Efectivamente, ha sido realizado por el hombre, pero sin la correspondiente "intención" del mal causado. Se comprueba que en realidad no es acto del yo porque no está conectado con la "in-sistencia". En nuestra terminología diremos que es un acto existencial del hombre sin raíz in-sistencial.

Tal la muerte causada a otra persona involuntariamente sin intención ni siquiera previsión de su posible ocurrencia.

El "acto humano" (*actus humanus*) se realiza con la suficiente conciencia y atención del sujeto a su acción y sus efectos con libre "intención" de producirlos. Tal un acto de amor al prójimo o el asesinato previsto, deseado, por ser ejecutado con autoconciencia, autocontrol y autodecisión. A este acto se le asigna con razón un valor moral, bueno o malo, según sea conforme o disconforme con la ley natural.

Dentro de los "actos humanos" se discute si algunos de ellos son "indiferentes", es decir, ni buenos ni malos desde el aspecto moral. Esta distinción no afecta al fondo de la cuestión para nuestro intento.

Para nosotros lo que importa es el aspecto subjetivo del "acto humano", es decir, realizado consciente y libremente.

Ahora bien, el citado caso de un asesinato previsto y deseado, entra en la categoría de "acto humano" y por ello se le atribuye la debida responsabilidad y sanción.

Sin embargo, de suyo es un acto "in-humano", porque es de hecho contra la humanidad del agredido y estrictamente hablando también contra la del mismo agresor.

Esto parece indicarnos que para que un acto sea verdaderamente "humano", además de su realización consciente y libre se requiere una condición más, que sea "integrador" del ser del sujeto, es decir, que contribuya a que éste sea más en-sí, que crezca en su ser, que sea más "su ser", o simplemente "más ser". El crecimiento óntico del sujeto es condición esencial del "acto humano".

No basta, por tanto, que sea consciente y libre, para que sea plena y simplemente humano. Se requiere que conlleve, además, la ulterior perfección del sujeto, que sea en efecto "autorrealización", y no "autodesintegración" tanto del mismo sujeto como de los demás. Entonces es verdaderamente "humano".

Nuestra conclusión primera sería que sólo "el hombre" que actúa promoviendo su autointegración y de los demás es verdaderamente "humano".

Debajo de ese nivel puede "el hombre" desarrollar otras capacidades lógicas, técnicas, informativas y organizativas; pero no alcanza el pleno nivel de "humano", sino cuando su acción es integradora.

Si analizamos el sentido profundo de lo que se entiende por "derechos humanos", comprobaremos que hay siem-

pre una referencia a aquello que integra más al ser humano, como humano.

Si todavía queremos precisar la esencia radical de lo humano, veremos que se centra en su ser de "persona" que encierra la dignidad o valor óntico, ser-sí-mismo, o "en-sí-mismo", con lo que tocamos el centro óntico-dinámico del hombre que llamamos in-sistencia.

2. *Meta permanente del hombre.*

Pero ahora surge la interrogación frente al contraste de este ideal del humano y de la profunda crisis de los valores y derechos humanos en el desquiciado mundo actual. Dentro de la perspectiva de la evolución humana y en el horizonte de la evolución cósmica ¿aparece el advenimiento de una nueva era, la era del humano?

La primera respuesta nos la da el hecho de que vislumbramos ese ideal como el estado más deseable de la humanidad.

Insignes filósofos y antropólogos no sólo tienen esa era ideal humana por deseable, sino por posible y aun necesaria, por la presión de las energías cósmicas que cristalizaron en la aparición del hombre y deben continuar hasta la ontogénesis ideal alcanzada por toda la humanidad.

Sin duda que la figura de Teilhard de Chardin aparece ante este ideal. Después de la etapa de la "hominización", la evolución avanza hacia otra superior, que denomina noosfera, etapa de trasformaciones mentales y sociales en que las conciencias individuales se van a unir en un "bloque de conciencia" planetaria, de "totalización psíquica". Según Teilhard, las mismas experiencias de Oriente y Occidente muestran esa tendencia de mayor unidad de conciencia. Escuchemos sus propias palabras: "Et maintenant qu'à l'Homme devenu adulte s'est ouvert le champ des transformations mentales et sociales, les corps ne changent plus appréciablement, - ils n'ont plus à changer, dans la branche

humaine; ou s'ils changent encore, ce ne sera plus que sous notre industrieux contrôle. Il se peut que, dans ses capacités et sa pénétration individuelles notre cerveau ait atteint ses limites organiques. Mais le mouvement ne s'arrête pas pour autant. De l'Occident à l'Orient, l'Évolution est désormais occupée ailleurs, dans un domaine plus riche et plus complexe, à construire, avec tous les esprits mis ensemble, l'Esprit"[7].

Una visión parecida desplegó el filósofo de la India Aurobindo en repetidos pasajes de sus obras, especialmente en la titulada *El superhombre*[8].

También el término "superhombre" (sur-homme, ultra-humain) son asumidos con entusiasmo por Teilhard. Mira hacia un futuro de la humanidad en que el mal físico y sobre todo el mal moral estarán excluídos de la Tierra: "Vaincues par la Science, nous n'aurons plus à redouter, sous leurs formes aiguës, ni la maladie ni la faim. Et vaincues par le sens de la Terre et le Sens humain, la Haine et les Luttes intestines auront desparu aux rayons toujours plus chauds d'Oméga. Quelque unanimité régnant sur la masse entière de la Noosphère"[9].

Sin embargo, esta etapa de la exclusión de lo "inhumano" en lo moral no parece superar las perspectivas de una utopía, estado ideal inalcanzable para el hombre, tal cual es.

El mismo Teilhard reconoce que en el individuo humano ha culminado como en su etapa final la evolución biológica. "Depuis que l'Homme est apparu, la presion évolutive semble être tombée dans toutes les branches non humaines de l'Arbre de la Vie"[10].

[7] *Le phénomène humain*, p. 309.

[8] Sri Aurobindo, *The Superman*, B.C.L., vol. 16, Birth Centennial Library Edition, 1972. Ver nuestra obra *El hombre y la evolución según Aurobindo y Teilhard*, Colección "Oriente-Occidente", Ed. Depalma, Bs. As., 1976.

[9] *Le phénomène humain*, p. 321.

[10] Ibíd., p. 309.

Todo nos indica que el ideal de "el humano" es una aspiración nunca realizada.

Sin embargo, los que apuntan al ideal de "el humano" están indicando una meta que se nos ofrece como permanente trabajo de reconstrucción para el hombre, para cada hombre y para cada época de la humanidad y para cada día, para cada individuo humano y para la sociedad.

Aquí retornan todas las filosofías y las religiones. La esencia del hombre la recibimos con nuestra naturaleza, como un ser con una estructura óntica determinada que apunta a la autorrealización de sí mismo.

Nacemos con un ser que tiene conciencia de sí y del programa de realización de sí mismo.

Ese programa lo sintetizamos en el dinamismo de la in-ec-insistencia. Pero ese dinamismo surge del que ónticamente es insistente.

Nuestra misión humana es el esfuerzo constante para mantener nuestra fidelidad al ideal de "el humano", cada vez más perfecto.

Anexo del capítulo III de la parte segunda

"SER MÁS SÍ MISMO" SEGÚN SAN IGNACIO DE LOYOLA

Ejercicios espirituales, el libro de San Ignacio de Loyola, tiene como portada de todo su contenido una página que el autor titula *Principio y fundamento*.

En ella expone lo que él considera el *principio y fundamento*, la *base indispensable* que sustenta todo el edificio de la santidad cristiana, en una formulación sintética, pero con una lógica y psicología humanas, admirables y precisas. Expresa, como punto de partida, la esencia del hombre, lo que nosotros llamamos el "sí mismo esencial", su fin, que es "salvar su alma", y el camino para llegar a tal fin.

En otras palabras, nos habla del "hombre", su sí mismo, su destino y el método de autocontrol y autodecisión dentro de su situación en el mundo y en su historia, para terminar con la norma para ser más sí mismo.

Vamos a trascribir primero el texto y luego agregaremos algunas reflexiones:

1) Comentario del texto.

2) Los tres pilares centrales de los *Ejercicios espirituales*.

3) La ascética y la mística de ellos.

TEXTO

[22] EXERCICIOS ESPIRITUALES PARA VENCER A SÍ MISMO Y ORDENAR SU VIDA, SIN DETERMINARSE POR AFFECCIÓN ALGUNA QUE DESORDENADA SEA.

[23] *Principio y fundamento.*

"El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor, y mediante esto salvar su ánima; y las otras cosas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es criado. De donde se sigue que el hombre tanto ha de usar dellas, quanto le ayudan para su fin, y tanto debe quitarse dellas, quanto para ello le impiden. Por lo qual es menester hacernos indiferentes a todas las cosas criadas, en todo lo que es concedido a la libertad de nuestro libre albedrío y no le está prohibido; en tal manera que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta, y por consiguiente en todo lo demás; solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin que somos criados" (*Obras completas* de San Ignacio de Loyola, Edición B.A.C., Madrid, 1963, 2ª ed.).

1) *Comentario.*

1. *"El hombre"*.

La primera palabra del texto nos indica el sujeto de interés de los *Ejercicios espirituales,* es decir, el hombre mismo. El hombre en general; pero es para que cada uno se sienta el destinatario de ese texto. Los *Ejercicios espirituales* están escritos con el fin de que se practiquen individualmente. Se refieren al hombre, tal como lo experi-

mentamos y vivimos, al hombre en sí y en las circunstancias de su vida, es decir, creado y ubicado por Dios en el mundo.

2. "*es criado*".

San Ignacio nos da con esta palabra la estructura óntica del hombre como creado por Dios, es decir, como "creatura", y, por tanto, dependiente del Creador. Tal es esta dependencia como esencial al hombre, como su sí mismo que depende de Dios en relación con el Absoluto. En nuestro análisis de la experiencia humana hemos notado su "limitación", es decir, precariedad que le hace sentir la necesidad y dependencia de Dios, del Absoluto. Esta limitación es propia de mi esencia, de mi modo propio de ser, de mi "sí mismo".

3. "*para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor*".

Tal es la misión práctica, que recibe junto con la conciencia de sí mismo y que por ser criatura le corresponde. Es lógico que yo reconozca mi carácter de "creatura de Dios" y mi "situación real" ante el Ser Absoluto. Ese reconocimiento consiste en "alabar, hacer reverencia y servir a Dios". Ésta es la auténtica o propia autorrealización de mi sí mismo.

4. "*y mediante esto salvar su ánima*".

El alma es lo más superior de mi sí mismo, lo más alto de mi yo, lo que hemos llamado el "sí mismo esencial". Nótese que Ignacio señala como fin del hombre justamente la realización del sí mismo. En el Evangelio, Cristo nos dice: ¿de qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma? En este texto utiliza San Marcos el término "sí mismo". En cambio, San Mateo y San Lucas usan el término "alma".

Aquí nos señala con claridad que el sí mismo es lo más importante que el hombre tiene, y por ello la necesidad de "salvarlo", es decir, de realizarlo, conforme a su esencia que le enseña su fin.

5. *"y las otras cosas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es criado".*

A continuación nos indica San Ignacio *cómo* actuar con las cosas del mundo en el cual nos hallamos, siendo las mismas, en último término, para ayudar al hombre a realizar su sí mismo, "su salvación".

Esta visión es cristiana, pero corresponde a la naturaleza misma del hombre y del mundo que le rodea. Es decir, el hombre es el único que tiene un "sí mismo" y que "tiene conciencia" de sí y del universo, para referirlo todo a Dios. Por ello, "todas las cosas sobre la haz de la tierra", dice San Ignacio con cierta solemnidad, "son criadas para el hombre", y, por cierto, "para que le ayuden a realizar el fin para que es criado", es decir, realizar su sí mismo, salvar su alma.

Aquí San Ignacio tiene presente que el sí mismo ha sido creado para la autorrealización del hombre. De esta manera mi sí mismo se me ha dado como don y responsabilidad, como un bien que debo cultivar, cuidar y llevar a su máxima realización.

En este sentido *no* soy dueño de mi sí mismo, sino que tengo que administrarlo y la obligación de realizarlo. Y en eso está mi autorrealización y mi felicidad. En términos cristianos, la "salvación de mi alma".

6. *"De donde se sigue que el hombre tanto ha de usar dellas cuanto le ayudan para su fin y tanto debe quitarse dellas quanto para ello le impiden".*

Ésta es la lógica consecuencia del principio anterior. Es el principio llamado del "*tanto cuanto*".

Nosotros hemos hablado de la necesidad del "autocontrol" de nuestros impulsos internos y externos en relación con todo lo que hay en el mundo, incluyendo las personas; y de la "autodecisión" desde nuestro centro interior. Pero ¿cuál es el criterio por el que decidimos usar o no usar, concretar o reprimir tales impulsos?

Hemos respondido que debemos rechazar los impulsos desintegrantes de nuestro sí mismo y aceptar los impulsos integradores.

Son desintegrantes los que disminuyen o destruyen en algún aspecto nuestro ser. Son integradores los que lo construyen, lo hacen crecer, lo hacen "ser más".

San Ignacio nos da aquí una norma precisa. Usar las cosas creadas tanto cuanto me ayudan para mi fin y dejarlas cuando lo impiden. El "tanto cuanto" es la norma fundamental en relación con la ayuda o desayuda para la integración de nuestro sí mismo, es decir, salvar mi alma.

7. *"Por lo cual es menester hacernos indiferentes a todas las cosas criadas, en todo lo que es concedido a la libertad de nuestro libre albedrío y no le está prohibido; en tal manera que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta, y por consiguiente en todo lo demás".*

Éste es el llamado principio de la "indiferencia" ignaciana. Quiere decir que debemos tratar de mantener en principio, frente a todas las cosas, una actitud "indiferente", "neutra", "que no nos mueva", es decir, "controlada", mien-

tras no comprobemos hasta qué grado nos ayudan o nos impiden nuestro fin, es decir, nuestra salvación del alma o integración del sí mismo.

Este estado de "indiferencia" se hace necesario para evitar que con anticipación nos inclinemos, emotivamente o por razones infundadas, hacia un lado u otro de la balanza, incluso en cosas que de suyo no son buenas ni malas en sí, hasta ver, en cada caso, y en qué grado, nos ayudan o nos impiden nuestro fin.

Ese estado "previo" es una garantía de que la autodecisión la realizaremos con mayor acierto para alcanzar nuestro fin.

8. *"solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin que somos criados"*.

San Ignacio aquí saca, como última consecuencia, su principio característico del "*más*": es decir, que nuestro ideal es en cada momento ir no sólo acercándonos al fin para que somos criados (nuestra realización, ser sí mismos, y salvar el alma), sino que tratemos *de desear y elegir tan sólo "lo que más" nos conduce a ello.* No meramente realizarnos, lograr nuestro fin, ser sí mismos, *sino lo mayor, lo mejor, lo más posible.* Es un principio de generosidad para servir a Dios, que al mismo tiempo es generosidad para ser más sí mismo, y salvar el alma con la mayor y mejor perfección posible.

Aquí está la semilla de la cual brota la generosa consigna de San Ignacio "AD MAJOREM DEI GLORIAM" (A MAYOR GLORIA DE DIOS) que él repite *miles de veces* en todos sus escritos.

Ésta es la magnificencia de Ignacio de Loyola en su concepción del hombre y de su ideal, en el cual servir a Dios y salvar su alma coinciden, es decir, servir a Dios y realizarse a sí mismo van indisolublemente unidos.

Este Principio y Fundamento lo pone San Ignacio como portada de toda su empresa de *Ejercicios espirituales* para el cristiano que quiera cumplir con su ideal de santidad en el grado más alto y heroico. Pero está formulándolo en realidad para todo hombre que quiera y aspire a realizarse a sí mismo, ya que lo reclama su misma esencia humana.

El cristiano tiene el camino concreto de la redención, imitación y salvación por Cristo. A ello se dirige directamente el cuerpo de los ejercicios ignacianos que consideramos como la mejor realización de lo humano, sublimado por la gracia de Cristo.

2) *Los tres pilares de los Ejercicios espirituales.*

1. *El principio y fundamento.*

Como hemos visto, se trata de una afirmación de la esencia del hombre como tal, de su relación con Dios, su creador, y de su destino o realización de su esencia, "salvar su alma".

De estos principios surgen las consecuencias prácticas para la acción del hombre en su vida, y así realizarse conforme a su fin. Cumple con la voluntad de Dios, su creador, y ello coincide con lo que su propia humanidad le exige. En ello consiste su felicidad.

2. *Seguir a Cristo.*

El cuerpo de los *Ejercicios espirituales* presenta la "visión cristiana integral" del hombre, que tiene a Cristo como centro, tanto para redimirlo del pecado como para revelarle el plan de salvación del hombre por la imitación de Cristo, que es maestro y modelo ("Camino, Verdad y Vida").

Después de las meditaciones sobre el pecado, siguen las del llamamiento de Cristo para seguirlo y las de la vida y pasión de Cristo al cual debemos imitar.

3. *Contemplación para alcanzar amor.*

Esta contemplación es la culminación del ideal del cristiano, así como del ideal de todo hombre. Es decir, que todo el ejercicio de la vida humana ha de estar inspirado por el ideal supremo a que aspira el ser del hombre y del cristiano: *el amor.*

San Ignacio tuvo muy presente, no sólo en su teoría sino también en su vivencia personal (vivencia que quiere despertar en el ejercitante), que toda su vida ha de ser una aspiración a amar a Dios, a amarse a sí mismo y al prójimo y a todas las cosas por Dios.

Esta contemplación es un ejercicio de mirar y sentir lo divino en el interior del hombre, en su alma y en su cuerpo, así como en todas las cosas, admirando su presencia y actuación amorosa, dando ser, vida y gracia al hombre y al mundo por el hombre. Es la culminación normal de la santidad.

En todos los Ejercicios, pero sobre todo en esta etapa, debe aplicarse el gran principio ignaciano: "porque no el mucho saber harta y satisface al ánima, mas el sentir y gustar de las cosas internamente" (*Ejercicios*, anot. 2ª, [2]).

3) *La ascética y la mística de los Ejercicios espirituales.*

Con frecuencia se ha presentado al libro de San Ignacio como un modelo del método ascético fundamentado en el razonamiento, más bien que en la devoción y en la unión mística.

Así se lo considera en relación con otras escuelas de la perfección cristiana, como basado en una reflexión o meditación racional, para hacer entender al hombre los motivos de su búsqueda y seguimiento de la voluntad de Dios, y cumplir de esta manera su deber de "alabar, hacer reverencia y servir" a Dios Nuestro Señor.

Así se lo presenta en comparación con otras escuelas, como la franciscana, representada ante todo por San Francisco de Asís, o la carmelita, representada a su vez por Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz.

Sin embargo, es indispensable tener la visión global del libro de los *Ejercicios* y señalar que el elemento místico es esencial en su metodología.

Conforme a lo que normalmente exige el libro, se realizan cinco ejercicios diarios de meditación. Dos de meditación predominantemente reflexiva y sistemática y otros dos que son "repetición" de los anteriores, con un intento de encontrar los puntos más luminosos y que más han movido el ánimo del ejercitante. Aquí está el factor de vivencia, de "sentir profundamente" que San Ignacio aconseja al ejercitante. Todavía más, la última meditación diaria se suele dedicar a lo que San Ignacio llama "aplicación de sentidos"; comúnmente trata de los misterios de la vida de Cristo. Esta aplicación de sentidos es en realidad un método contemplativo y afectivo.

Y como hemos notado ya, el libro de los *Ejercicios* culmina con la contemplación para alcanzar amor, que es la cumbre mística del proceso de perfección y santificación del alma, la cual se realiza por la unión con Dios por el amor.

Trascribimos tres de los párrafos centrales de dicha *contemplación*:

"(230) *Nota.* Primero conviene advertir en dos cosas:

"La primera es que el amor se debe poner más en las obras que en las palabras".

"(231) La segunda, el amor consiste en comunicación de las dos partes, es a saber, en dar y comunicar el amante al amado lo que tiene o de lo que tiene o puede, y así, por el contrario, el amado al amante; de manera que si el uno tiene sciencia, dar al que no la tiene, si honores, si riquezas, y así el otro al otro".

"(234) *Primer puncto.* El primer puncto es traer a la memoria los beneficios recibidos de creación, redempción y dones particulares, ponderando con mucho afecto quánto ha hecho Dios nuestro Señor por mí y quánto me ha dado de lo que tiene, y consequenter el mismo Señor desea dárseme en quanto puede, según su ordenación divina. Y con esto reflectir en mí mismo, considerando con mucha razón y justicia lo que yo debo de mi parte offrescer y dar a la su divina majestad, es a saber, todas mis cosas y a mí mismo con ellas, así como quien offresce affectándose mucho: Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer; vos me lo distes, a vos, Señor, lo torno; todo es vuestro, disponed a toda vuestra voluntad; dadme vuestro amor y gracia, que ésta me basta".

"(235) El segundo, mirar cómo Dios habita en las criaturas, en los elementos dando ser, en las plantas vejetando, en los animales sensando, en los hombres dando entender; así en mi dándome ser, animando, sensando, y haciéndome entender; asimismo haciendo templo de mí seyendo criado a la similitud y imagen de su divina majestad; otro tanto reflitiendo en mí mismo por el modo que está dicho en el primer puncto o por otro que sintiere mejor. De la misma manera se hará sobre cada puncto que sigue" (*Obras completas,* edición citada, ps. 243-244).

4) *El principio de indiferencia.*

Es necesario distinguir la "indiferencia ignaciana" de otros tipos de indiferencia ascética, sea ésta con sentido religioso o filosófico.

Por de pronto, no se trata de una indiferencia del tipo de los filósofos estoicos griegos, los cuales trataban de mantener el espíritu en una indiferencia o impasibilidad

(*apatheia*) respecto de todos los acontecimientos y de todas las urgencias de acción, que puedan provocar la perturbación espiritual del sabio. Esta indiferencia, que supone estar en un plano superior a todo lo que rodea al sabio, es un fin en sí misma para los estoicos, así como un ideal de paz, de imperturbabilidad y de serena felicidad. Sin embargo, tiene el matiz de una actitud más bien negativa que positiva; de retracción metódica, más bien que de propulsión ordenada del impulso vital.

En Ignacio de Loyola la "indiferencia" es un estado que intenta contemplar equilibradamente las cosas, los acontecimientos y los impulsos para poder en cada caso elegir el que sea más conducente para el fin del hombre, es decir, el que sea integrante de su sí mismo, y, por cierto, para llegar más lejos en la elección y ejecución.

La felicidad, la salvación, es un resultado positivo y es el verdadero fin de la actitud humana ante la vida.

También se debe distinguir la indiferencia ignaciana de la que proponen algunos textos orientales. Tal es el caso del clásico tratado del yoga conocido como *Aforismos de Patáñjali*, compilador de las experiencias de los yogas, probablemente del siglo II antes de Cristo.

Así nos dice en la introducción de la *Primera parte*: "el yoga es la supresión de las modificaciones de la mente" (I, 2); de esta supresión resulta que "el Vidente permanece en su propia naturaleza" (I, 3).

Aquí aparece, según la letra del texto, un acento en lo negativo: "supresión".

Es fácil reconocer la diversidad con la "indiferencia" ignaciana, la cual es un *estado abierto* y siempre en *búsqueda* de una mayor integración del ser, es decir, de la propia naturaleza del hombre.

Más adelante, Patáñjali nos da el *medio* para alcanzar la supresión. Se trata del "desapego" (I, 12-18). La supre-

sión (se consigue) mediante el ejercicio y el desapego (I, 12).

"El desapego es la conciencia de autocontrol que tiene quien elimina el deseo de objetos vistos y oídos".

Aquí parece que el desapego tiene un matiz positivo, en cuanto tiende a alcanzar "la forma suprema (de la conciencia) en virtud del discernimiento del espíritu" (I, 16). Sin embargo, vuelve otra vez el acento negativo del desapego porque, como estado final, se logra la extinción de todo deseo: Si hay "la cesación del mínimo deseo respecto de los elementos constitutivos (de la materia)" (I, 16).

En esta forma se acerca al principio budista que propone la "extinción de todo deseo" para la extinción del dolor y de la existencia misma.

Patáñjali parece poner como ideal también la cesación de todos los procesos mentales: "la otra (concentración) es aquella que... provoca la cesación (de los procesos mentales)" (I, 18).

En todo caso, tanto Patáñjali como el budismo parecen hacer de la "cesación total" el estado ideal de indiferencia, un fin más que un medio. En el último estadio de la concentración (*samādhi*) se llega a la perfecta identificación consigo mismo "en razón de la cesación de todo" (I, 51).

En cambio, en San Ignacio la indiferencia es una actitud positiva en cuanto está dirigida a la mejor elección de aquello que integra nuestro ser, que más conduce al fin del hombre, en el cual se cumple la felicidad positiva, la autorrealización.

A la luz de estos principios ignacianos el *autocontrol* y la *autodecisión* tienen un sentido de autorrealización vivida, de integración del sí mismo de cada hombre, la salvación de su alma.

(Los textos de Patáñjali han sido tomados de la traducción realizada por el prof. Walter Gardini: *Yoga clá-*

sico. Aforismos sobre el yoga de Patáñjali. Traducción y comentario, Ed. Hastinapura, Bs. As., 1984. El traductor y comentarista señala matices que suavizarían la interpretación: ver, por ejemplo, p. 53).

BIBLIOGRAFÍA

1. OBRAS DE ISMAEL QUILES, S.J.

A) *COLECCIÓN "OBRAS COMPLETAS".*

Vol. 1. *ANTROPOLOGÍA FILOSÓFICA IN-SISTENCIAL*, Depalma, Bs. As., 1978; reimpresión, 1983.

1. *Más allá del existencialismo. Filosofía in-sistencial*, Luis Miracle, Barcelona, 1958.
2. *Tres lecciones de metafísica in-sistencial*, Balmes, Barcelona, 1961.
3. *La esencia del hombre*, Scholastik, 1961.

Vol. 2. *LA PERSONA HUMANA*, Espasa-Calpe, Bs. As., 1942; 2ª ed., Espasa-Calpe, 1952; 3ª ed., Kraft, 1967; 4ª ed., Depalma, Bs. As., 1980.

Vol. 3. *INTRODUCCIÓN A LA FILOSOFÍA*, Estrada, Bs. As., 1954; 2ª ed., 1963; 3ª ed., Depalma, Bs. As., 1983.

Vol. 4. *FILOSOFÍA Y RELIGIÓN*, Depalma, Bs. As., 1985.

1. *Filosofía de la religión*, Espasa-Calpe, 1949; 2ª ed., Espasa-Calpe, 1949; 3ª ed., Depalma, Bs. As., 1985.
2. *Filosofía del cristianismo*, Editora Cultural, Bs. As., 1944.

Vol. 5. *FILOSOFÍA DE LA EDUCACIÓN PERSONALISTA*, Depalma, Bs. As., 1981.

Vol. 6. *FILOSOFÍA Y VIDA*, Depalma, Bs. As., 1983.

1. *Filosofar y vivir (Esencia de la filosofía)*, Espasa-Calpe, Bs. As., 1948.
2. *¿Qué es la filosofía?*, Ed. C.P., Barcelona, [redacted]
3. *Ciencia, filosofía y religión*, Ed. Universidad del Salvador, Bs. As., 1980.

Vol. 7. *PERSONA, LIBERTAD Y CULTURA*, Depalma, Bs. As., 1984.

I. *Libertad y cultura, ciudad y espíritu*, Bs. As., 1958; 2ª ed., Club de Lectores, Bs. As., 1964.

II. *Persona y sociedad hoy*, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1970.

III. *Libertad de enseñanza y enseñanza religiosa*, Ed. San Miguel, 1946.

Vol. 8. *QUÉ ES EL CATOLICISMO*, Columba, Bs. As., 1954; 2ª ed., 1955; 3ª ed., 1963; 4ª ed., Depalma, Bs. As., 1985.

Vol. 9. *ARISTÓTELES*, Espasa-Calpe, Bs. As., 1944; 2ª ed., 1947; 3ª ed., Depalma, Bs. As., 1986.

Vol. 10. *PLOTINO. EL ALMA, LA BELLEZA Y LA CONTEMPLACIÓN*, Espasa-Calpe, Bs. As., 1950; 2ª ed., 1950; 3ª ed., Depalma, Bs. As., 1987.

Vol. 11. *QUÉ ES EL YOGA*, Columba, Bs. As., 1971; 2ª ed., 1974; 3ª ed., Depalma, Bs. As., 1987.

Vol. 12. *EL ALMA DE COREA*, Depalma, Bs. As., 1987.

Vol. 13. *FILOSOFÍA DE LA PERSONA SEGÚN KAROL WOJTYLA*, Depalma, Bs. As., 1987.

Vol. 14. *ESCRITOS ESPIRITUALES*, Ed. Depalma, Bs. As., 1987.

– *Mi ideal de santidad*, Editora Cultural, Bs. As., 1943; 2ª ed., 1946; 3ª ed., Poblet, Bs. As., 1955.

– *Marietta, flor de santidad*, Editora Cultural, Bs. As., 1942.

Vol. 15. *EL EXISTENCIALISMO*, Depalma, Bs. As., 1988.

Vol. 16. *FRANCISCO SUÁREZ, S.J. SU METAFÍSICA*, Depalma, Bs. As., 1989.

Vol. 17. *LA INTERIORIDAD AGUSTINIANA*, Depalma, Bs. As., 1989.

Vol. 18. *FILOSOFÍA LATINOAMERICANA EN LOS SIGLOS XVI A XVIII*, Depalma, Bs. As., 1989.

Vol. 19. *LA ESENCIA DE LA FILOSOFÍA TOMISTA*, Depalma, Bs. As., 1990.

Vol. 20. *CÓMO SER SÍ MISMO*, Depalma, Bs. As., 1990.

B) *OTRAS OBRAS.*

GRÁFICOS DE HISTORIA DE LA FILOSOFÍA, Espasa-Calpe Argentina, Bs. As., 1940; 2ª ed., 1951; 3ª ed., 1952.

SUMA TEOLÓGICA DE SANTO TOMÁS DE AQUINO (selección), Espasa-Calpe Argentina, Bs. As., 1942; 2ª ed., 1943; 3ª ed., 1944.

METAPHYSICA GENERALIS SIVE ONTOLOGIA, Biblioteca Iberoamericana de Filosofía, vol. III de la Summa Philosophica Argentinensis Collegii Maximi Snti. Ioseph., Bs. As., 1943.

SAN ISIDORO DE SEVILLA. VIDA, ESCRITOS, DOCTRINA FILOSÓFICA, Espasa-Calpe Argentina, Bs. As., 1945.

TRATADO DE LA UNIDAD DEL ENTENDIMIENTO (CONTRA LOS AVERROISTAS) DE SANTO TOMÁS DE AQUINO, Espasa-Calpe Arg., Bs. As., 1946.

LIBERTAD DE ENSEÑANZA Y ENSEÑANZA RELIGIOSA, Ed. San Miguel, Bs. As., 1946.

Edición completa de la *SUMA TEOLÓGICA* de Santo Tomás de Aquino, iniciada por L. Castellani y continuada a partir del tomo VI por I. Quiles, Club de Lectores, Bs. As., 1944-51 (con excepción de los tomos XII y XIV, preparados por A. Ennis), 2ª ed., 1990.

SUMA CONTRA LOS GENTILES de Santo Tomás de Aquino. 1ª traducción castellana por M. M. Bergadá. Introducción y notas por I. Quiles, Club de Lectores, Bs. As., 1951.

DICCIONARIO FILOSÓFICO, dirigido por Julio Rey Pastor e Ismael Quiles. Espasa-Calpe Argentina; Bs. As., 1952.

INTRODUCCIÓN A TEILHARD DE CHARDIN. El cosmos, el hombre y Dios, Tea, Bs. As., 1975.

FILOSOFÍA BUDISTA, Troquel, Bs. As., 1968; 2ª ed., 1973.

EL HOMBRE Y LA EVOLUCIÓN SEGÚN AUROBINDO Y TEILHARD, Depalma, Bs. As., 1976.

FILOSOFÍA DE LO FEMENINO, Depalma, Bs. As., 1978.

AUTORRETRATO FILOSÓFICO, Ediciones Universidad del Salvador, Bs. As., 1981.

MI VISIÓN DE EUROPA, Fus, Bs. As., 1956.

VIDA Y EDUCACIÓN EN LOS PAÍSES COMUNISTAS, Columba, Bs. As., 1964.

2. OBRAS DE OTROS AUTORES.

ARISTÓTELES: *Metafísica*, Ed. trilingüe por Valentín García Yebra, Ed. Gredos, Madrid, 1970, vols. I y II.

AUROBINDO, Goshe: *The Superman*, Birth Centennial Library Edition, 1972, vol. 16.

BECK, Heinrich: *Festschrift fur H.B. Zum 60. Geburtstag*. Herausgegeben von Erwin Schadel, Ed. Peter Lang, Frankfurt, 1989.

BECK, Heinrich: *El movimiento in-ex-sistencial del ser como fundamento de los medios educativos*, Segundo Coloquio Internacional de Filosofía In-sistencial y Educación (1961), Ed. Depalma, Bs. As., 1963, ps. 1/23.

BECK, Heinrich: *Ex-in-sistencia. Posiciones y trasformaciones de la filosofía de la existencia. Introducción a la dinámica del pensamiento existencial*, Fundación Ser y Saber, Bs. As., 1990.

BECK, Heinrich, y QUILES, I.: *Varios: IV Coloquio Internacional de Filosofía In-sistencial*, Universidad de Bamberg, Alemania, 1986.

Biblia de Jerusalén, Desclée de Brouwer, Bilbao, 1975.

CATURELLI, Alberto: *Persona humana y comunicación docente*, ps. 55/67, Segundo Coloquio Internacional de Filosofía In-sistencial y Educación, Ed. Depalma, Bs. As., 1963.

COURCELLE, Pierre: *Connais-toi toi-même. De Socrate à Saint Bernard*, 2 tomos, Études Augustiniennes, Paris, 1975.

FUNDACIÓN SER Y SABER: *Coloquios Internacionales de Filosofía In-sistencial.*

I. *Antropología filosófica in-sistencial*, Bs. As., 14, 15 y 16 de agosto de 1979, Ed. Depalma.

II. *Filosofía in-sistencial y educación*, Bs. As., 16, 17 y 18 de agosto de 1961, Ed. Depalma.

III. *Filosofía in-sistencial y cultura*, Bs. As., 10, 11 y 12 de agosto de 1963, Fundación Ser y Saber.

IV. *Entwicklung zur Menschlichkeit durch Begegnung Westlicher und östlicher Kultur*, 1 al 6 de setiembre de 1986, Bamberg, Peter Lang (dirección: H. Beck e I. Quiles).

GUARDINI, Romano: *La aceptación de sí mismo y las edades de la vida*, Ed. Cristiandad, Madrid, 1977.

MARTÍNEZ, Osvaldo: *Hominización, humanización*. II Simposio Europeo-Latinoamericano de Antropología Filosófica, Tübingen, Alemania, 1984, "Revista Universitas", vol. XXII, nº 1, set. 1984, ps. 29-36.

MONDÍN, Battista: *La antropologia in-sistenziale di P. I. Quiles,* III Coloquio Internacional de Filosofía In-sistencial y Cultura (agosto 1983), Ed. Fundación Ser y Saber, Bs. As., 1988, ps. 111/128. Cf. también "L'Osservatore Romano", 5/10/83.

ORTEGA Y GASSET, José: *Ensimismamiento y alteración. Meditación de la técnica,* 2ª ed., Espasa-Calpe Argentina, Bs. As., 1945.

ORTEGA Y GASSET, José: *Meditación de la técnica,* Ed. Revista de Occidente, en Alianza Ed., Bs. As., 1982.

PLATÓN: *Alcibíades,* I, 130 c.

ROYO MARÍN, A.: *Teología de la perfección cristiana,* B.A.C., Madrid, 1968.

SAN AGUSTÍN: *Confesiones,* Obras completas, t. II, B.A.C., Madrid, 1946.

SAN AGUSTÍN: *Del orden,* Obras completas, t. I, B.A.C., Madrid, 1946.

SAN IGNACIO DE LOYOLA: *Ejercicios espirituales,* Obras completas, Ed. B.A.C., Madrid, 1963.

SAN JUAN DE LA CRUZ: *Obras,* Ed. Poblet, Bs. As., 1944.

TEILHARD DE CHARDIN, Pierre: *El fenómeno humano,* Ed. Taurus, Madrid, 1963.

TEILHARD DE CHARDIN, Pierre: *El medio divino,* Ed. Taurus, Madrid, 1964.

TEILHARD DE CHARDIN, Pierre: *Ser más* (Directivas sacadas de los escritos publicados o inéditos del Padre, de su correspondencia y de sus notas), Ed. Taurus, Madrid, 1970.

ÍNDICE

Capítulo III

ESTRUCTURA DE MI "CENTRO INTERIOR"

Capítulo IV

EL "SÍ MISMO" Y SU "CIRCUNSTANCIA"

(La "interioridad" como centro de apertura e interacción con la "exterioridad")

CAPÍTULO V

¿SE PUEDE "SER MÁS SÍ MISMO"?

(Etapas del crecimiento del sí mismo)

PARTE SEGUNDA

EJERCICIO DE SER MÁS SÍ MISMO

CAPÍTULO I

RECAPITULACIÓN

CAPÍTULO II

EJERCICIO PREVIO PSICOFÍSICO Y ESPIRITUAL

CAPÍTULO III

EJERCICIO DEL SER "SÍ MISMO ESENCIAL"

PARTE TERCERA

ANEXOS

Temas complementarios

BIBLIOGRAFÍA:

Se terminó de imprimir
en el mes de abril de 1991,
en los Talleres Gráficos Edigraf S. A.,
calle Delgado 834, Buenos Aires, Arg.



¿Soy yo mí mismo? ¿Cuál es el sentido de mi vida? ¿Cuál es el ideal de mí mismo? ¿Cómo realizarlo?

Tal vez es usted un brillante profesional, hombre de negocios, profesor, investigador científico, ejecutivo, político, industrial, religioso, joven estudiante . . .

Pero, a pesar de ello, se siente inquieto, insatisfecho de sí mismo, desbordado por su actividad, asediado por los problemas que lo acosan sin dejarle un espacio a su paz interior.

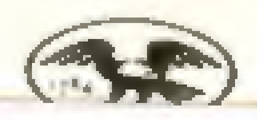
Los estados de frustración en la vida, las neurosis, esquizofrenias, depresiones y todas las consecuentes angustias y sentimientos de infelicidad por no sentirse realizado, más bien extraño a sí mismo, lo obligan a preguntarse día y noche: ¿por qué no he de poder realizar ese ideal de mí mismo al cual aspiro?

El filósofo italiano Batista Mondín ha sintetizado la importancia de la filosofía in-sistencial para el hombre moderno: "El Padre Quiles ha madurado su antropología in-sistencial, como un correctivo, como un tratamiento, como un remedio a las gravísimas y múltiples alienaciones en que vive –disgregado, trastornado, disperso y tal vez hastiado y desesperado– el hombre de nuestro tiempo" (Pontificia Università Urbaniana, Roma, 1984).

Este libro ofrece:

- un profundo análisis filosófico del sí mismo;
- un ejercicio práctico para ser "más sí mismo";
- reflexiones para meditar, consultar, practicar.

Auspicia:



FUNDACI

